

CAMILA FABBRI

El año de la serpiente



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

[Portada](#)
[Peligros ambientales](#)
[Estamos solos](#)
[Revistas de farándula](#)
[Que sea muy feliz](#)
[Bloody Mary](#)
[Corazón tropical](#)
[Museo nacional de ciencias naturales \(antes\)](#)
[Sarita](#)
[El cuerpo](#)
[Vitamina D](#)
[Celeste blum \(antes\)](#)
[Directo al corazón](#)
[Un mundo lleno de mujeres](#)
[Sabias decisiones \(antes\)](#)
[Lugares vacíos](#)
[Copacabana](#)
[Cuadros minimalistas \(antes\)](#)
[La teoría de la serpiente](#)
[Caras maquilladas](#)
[Animalitos rescatados](#)
[Grandes descuentos](#)
[X](#)
[Agradecimientos](#)
[Créditos](#)

En algún lado, alguien viene hacia vos con
furia,
a una velocidad extraordinaria, viajando día y
noche,
por tormentas de nieve, al calor del desierto,
dejando atrás torrentes
y atravesando estrechos pasadizos.
Sin embargo, ¿él sabrá dónde encontrarte,
te reconocerá cuando te vea,
te entregará lo que tenía para vos?

JOHN ASHBERY

Mi sobrino (5) se cayó al piso.
Lo ayudé a levantarse y le pregunté si estaba
bien.
Se tocó la cabeza, me miró y me dijo:
Me pasaron cosas peores.

USUARIA DE TWITTER

PELIGROS AMBIENTALES

Dicen que empezó como un olor. Una presencia en la nariz. No era necesariamente a bizcochuelo quemado, naftalina o putrefacción. Era un olor con muchas capas de sentido. Civilizaciones de aroma. La primera que lo percibió fue Aldana. Lo recuerda bien: estaba acariciando las orejas de su perra enferma cuando el olor le impulsó el cuerpo hacia atrás, como haciéndola caer. Aldana propietaria, la vecina del 5.º B, ventana contrafrente. Una mujer de cincuenta y dos años con olfato sensible y poco acostumbrado, con cierta resistencia a todo lo referido a objetos desacomodados y a cualquier tipo de entramado bacterial, sobre todo visible, en las superficies de su casa.

Eran las ocho de la mañana de un lunes y Aldana llevaba puesta ropa de ejercitación aunque aún no hubiera ejercitado. Calzas largas Le Coq color gris, camiseta de microfibra New Balance de cuello bote: marcas deportivas que podrían denotar buen pasar, pero no era necesariamente el caso. Aldana salió de su departamento de tres ambientes y se quedó parada en el pasillo, abriendo las fosas nasales como una musaraña o un tapir. Sintió un frío leve cuando abrió la puerta, esa falsa temperatura que se genera en los espacios largos y oscuros. Y sí. El olor estaba ahí. Más ahí que dentro de su casa. Cada vez más preciso. Sin duda venía del departamento C, porque el A estaba vacío hacía meses, desde que el dueño había muerto de una manera sencilla. Aldana estaba segura de que el olor venía del 5.º C porque, si bajaba la escalera hacia el cuarto piso, la intensidad decrecía. Pasados unos minutos, delante de la puerta del departamento C, el olor era una institución. Algo que no se parecía a nada que ella hubiera olido antes. Y ahí vivía Celeste Blum, la chica que estudiaba Arquitectura, Diseño y Urbanismo en la Universidad

del Estado. Celeste no tendría más de veinticinco años, creía Aldana, por todas las veces que la había visto pasar con capas de gloss en el pelo, ropa ceñida al cuerpo y una forma liviana de caminar, como vaciada de problemas. También sospechaba lo de la arquitectura por todas esas maquetas de espacios verdes y públicos, pero sobre todo verdes. Dadas esas condiciones juntas, no había forma de que Celeste Blum tuviera más de veinticinco años.

Aldana se agachó lo que le permitió el cuerpo. Poco. Intentó ver a través de la cerradura de la puerta de su vecina, pero no hubo caso. La llave estaba puesta; Celeste tenía que estar adentro sí o sí. Pero no pudo divisar nada de nada. Mientras se tapaba la nariz con la manga de su camiseta térmica, decidió tocar el timbre y despertar a la chica, aunque después le valiera un diminuto estado de culpa. Intentó quedarse quieta para no ahuyentar ningún sonido que pudiera venir de adentro del departamento. Alguna pista. Pensó en qué le diría a la chica joven de poco interés por el mundo ordinario. *Hola, soy tu vecina de enfrente. Nosotras nunca hablamos. Nos habremos cruzado en algún ascensor, pero vos no me saludaste. Pasaron unos segundos y no oyó nada, entonces volvió a tocar. Tampoco viniste nunca a una reunión del consorcio. Y tendrías que haber venido. Me consta que sos dueña, lo vi en la liquidación de las expensas. Esto te lo habrá regalado tu padre, tu madre, algún allegado. Pero aun así no viniste. Seguro pensás que es prescindible saber qué le pasa a la gente que vive arriba o abajo tuyo. Que podés vivir sin saber. Pero con el tiempo vas a ir viendo que no. Que esa, quizás, es una información muy pero muy necesaria. Vital, diría yo.* Pero no. Nadie respondió al segundo timbre y nada parecía moverse ahí dentro. Entonces Aldana intentó golpear la puerta de madera. Sus huesos no tenían el calcio suficiente para hacerse oír, pero igual lo intentó. Golpeó una. Dos. Incluso tres veces. Tampoco. Solamente olor sin movimiento en un pasillo odioso y oscuro, ahora más preciso que unos minutos atrás. Ahora sí podía ofrecer más especificaciones respecto del olor: a pantano, sí, a agua verde o negra de una pileta al aire libre; o no tanto, a campo nocturno después de una lluvia de muchos días seguidos, sobre restos de ovejas o vacas que pastan. ¿Demasiado?

Aldana se cansó. La falta de luz y de oxígeno la empezó a marear, entonces bajó al cuartito de Gina. Decidió ir por la escalera porque temía que dentro del ascensor el olor la atrapara, le quitara el habla, la destinara a una vida de silencio e inmovilidad. Gina era la portera del edificio de ocho pisos en el que vivía, construido en la década de los sesenta, refaccionado tres veces desde entonces por distintas firmas arquitectónicas, pero, aun así, conservando siempre ese estilo epocal característico. Ascensor de reja, escalera de mármol y un olor permanente a limpiador multiuso, rejuvenecedor de superficies, sobre todo de maderas y aceros inoxidable. Gina pasaba las tardes en un cuarto diminuto de la planta baja. Se la podía encontrar casi siempre sentada allí, a unos metros de la puerta de entrada al edificio, junto a una radio analógica, mientras esperaba que alguien le confirmara lo que tanto temía. Pero esa mañana Gina no estaba ahí. Estaría barnizando los barrotes de bronce de las escaleras en los pisos más altos, o tal vez pensando a futuro en el sótano de las calderas. Aldana salió a buscarla a donde fuera. Subió algunos pisos por la escalera. A esta altura, el olor que venía del 5.º C era algo que había que resolver. Gritó su nombre sin efecto: Gina, Gina. La poca curiosidad del vecindario la alarmó por unos segundos. Parecía que ya no había nadie más que ella en todo el edificio y que le tocaría ser la que contara la anécdota durante toda su vida después, en canales de noticias o en emisiones especiales de hechos truculentos. Después bajó apenas los escalones que conducían a la baulera y ahí la vio. Gina estaba arrodillada en el suelo, colocando cápsulas de veneno para ratas dentro de recipientes de plástico. Estructuras mínimas y bastante cosméticas, de varios colores y forma cilíndrica, diseñadas para el desconcierto y el horror. Aldana encontró a la portera, de más de sesenta años, casi acostada en el piso. Era evidente que la mujer buscaba cierta perfección en el discurrir de los venenos. Aldana habló con urgencia. Le contó del olor a agua podrida mezclado con basura o con alimentos en mal estado, o incluso con carne putrefacta. Algo parecido al olor a gas, también, del que sale de las hornallas después de un largo tiempo de exposición. Aldana se puso más precisa que nunca, la descripción hacia el afuera le había ganado a la elaborada para sí. Que hacía

una hora que ese aroma no paraba de crecer en el quinto piso. Gina se levantó del suelo como pudo, con la cintura comprimida que tienen algunas mujeres cuando pasaron por el gran suceso hormonal. Se limpió la tierra que le había quedado en el suéter y trató de entender. Aldana extendió el relato como una alfombra grácil sobre el pasto, a punto de arrancar un pícnic entre dos extrañas. Aldana y Gina, entonces, subieron rápidamente en el ascensor hasta el quinto piso. Gina reconoció inmediatamente el olor. Se tapó la nariz como pudo, con lo que tenía a mano: el teléfono celular y un llavero inmenso, repleto de piezas de acero. Se llenó la cara de objetos. Se miraron apenas a los ojos las dos, con gesto de asco y también de dolor. Dos muecas que se parecen mucho entre sí, casi indistinguibles, como un insecto puesto al lado de otro.

ESTAMOS SOLOS

Me informé: un avión de pasajeros tiene casi el tamaño de un campo de fútbol y el peso de treinta y cinco elefantes africanos. Las trescientas treinta y ocho pantallas que hay detrás de cada asiento están encendidas. Tal vez no todas, pero la mayoría. Casi nadie las mira atentamente. Deben ser más de las doce de la noche. Lo que le gusta al pasajero es tener imágenes de actores o personas en tierra y no volando; gente que se mueva ahí, a título personal. En horarios diurnos, con maquillaje para aplacar el brillo de las mejillas, peinados con spray y bombillas incandescentes de tungsteno pegándoles en la cara. No tengo problema en decir que prefiero ver las películas que eligieron otros. Aunque no les oiga el sonido, algo en mí decide que las suyas son mejores. Siempre pienso que los demás eligen mejor. Pobre de mí.

Lo que miro: una *familia tipo* desayuna en una mesa con manteles blancos al rayo de un sol mediterráneo, por ejemplo. Las niñas toman vasos de leche y los padres bendicen la mesa antes de empezar a comer. Parecen nórdicos, por cómo se les distribuye la cara, sobre todo las mandíbulas, un poco rectas. Mientras desayunan y hablan de cualquier cosa, debajo de todos ellos, a sus pies, hay una mujer que ha sido secuestrada y enterrada viva. Probablemente a esta altura de los hechos ya no esté con vida. El padre de la familia nórdica tiene una extraña afición por secuestrar, enloquecer y enterrar. Pero también puede desayunar con sus hijas y con su mujer al son de *qué lindo día, válgame Dios*. Esta película ya la vi más de dos veces, así que prefiero espiarla de lejos en la pantalla de la vecina, que hace rato se quedó dormida con los auriculares puestos. La verdad es que eligió bien. La gente es gente cuando elige. Si no, no es gente.

La aeronave despegó hace más de una hora y ya nos dieron la cena y el café. Estoy seguro de que la calidad de la materia prima disminuyó los últimos años en esta aerolínea. No sé por qué no le insistí a mamá para que me sacara los pasajes en Way Airlines. Esa sí que funciona como tiene que funcionar. Verdadera SkyPriority. Con todos esos asientos extra *en caso de* y todo ese rollo infinito de toallas higienizadas en el baño. El pollo de AeroMaldiva ni siquiera es pollo, es una partícula sólida y símil, pero no es pollo. Y para acompañar el café nos dieron un chocolatín envuelto en plástico de maxikiosco: hasta donde yo sé, souvenirs que dan en micros de larga distancia, no en aviones. ¡Chocolatín! Si acaso pudiera separar las piernas un poco más. Si pudiera pedirle permiso a esta mujer que está sentada al lado mío. Pero no. Apenas puedo verle la cara, enmarañada debajo de una mata de pelo rojo que no es suyo, sino adquirido. Sé perfectamente cuándo un tinte es propio y cuándo no. A mí no pueden engañarme, aunque lo intenten, no podrán. Alicia sabe perfectamente eso. Debe estar durmiendo. Allá abajo todo duerme.

Ese pequeñísimo vaivén es el avión que empezó a moverse. No me preocupa. Cuando eso pasa, solo tengo que fijar el pensamiento en que en realidad estamos a bordo de un transporte terrestre, atravesando una ruta mal asfaltada, al descuido de un Estado ausente. Nada que nos ponga realmente en peligro. Podemos detener cuando queramos este micro de larga distancia con asientos reclinables y sentarnos a pensar, mientras miramos las estrellas y unos grillos tuertos se chocan entre sí.

El vaivén, otra vez. Esto no debería estar pasando, pero está bien. No me preocupa. En otro orden de cosas, podríamos estar entrando en la fase gelatina del cielo. Algo completamente normal que no oscurece los hechos. Ay, mi cielo, que no es *mío*, sino una histeria que no le pertenece a nadie. ¿Qué hacemos nosotros acá? Somos demasiada gente. Trescientas treinta y ocho personas envueltas en frazadas de no tan buena calidad, con antifaces, almohadones cervicales y salivas. En fin.

Ahora el avión tiembla como una licuadora de tecnología primitiva. Entonces claro, pasará lo de siempre: se encenderán las luces del

cinturón de seguridad. Ahí están. Hola otra vez. Dos manos que sostienen un cinto en la acción prematura de enlazar. Los que duermen no se enteran, entonces no se atan, pero yo sí. Ya estoy atado. Siempre estaré despierto en pleno vuelo. Siempre me voy a quedar con los restos de lo que no quisieron concientizar los demás. Dénmelo a mí, yo lo guardo, tengo espacio de sobra. Soy el acumulador de ideas ingratas. Podría tenerlas todas juntas en un desván, si fueran muebles. Realmente quisiera mover las piernas, pero la mujer que tengo al lado no es capaz de despertarse. A juzgar por su postura, diría que está muerta. No debería sentarse en el medio de tres, si sabe que tiene esta disposición a morir. Tendría que haber elegido la ventanilla. Que sea mujer empeora bastante las cosas. Hay algo en su liviandad o en su fragilidad que solo puede empeorar las cosas.

Me gustaría decírselo, pero ahora no es el momento, y tampoco es tan sencillo explicar el hastío cuando está en una etapa tan difusa. Ahí se oye el desagradable ding dong de abrocharse los cinturones. Bendito protocolo. Tan odioso como un despertador que suena igual hace años.

La señal lumínica se mantiene prendida y ahí viene, el turún, otra vez. Lo sabía. Es como el instante previo a la fiebre alta. Ahí viene, lo puedo sentir, acá está otra vez: señores pasajeros, estamos atravesando un área de turbulencias. Por este motivo (...).

Nadie habla del verdadero significado de un temblor. Ahí es donde todo empieza. El movimiento, el dolor, el estribillo de una canción. El acuerdo tácito es hacer silencio, sobre todo en el aire. Miro a mi alrededor y solo veo gente dormida, bocas semiabiertas, luces led encendidas sobre sus cabezas, arrugas de expresión. Miro sus zapatillas de marca y cámara de aire. Sus pares de soquetes en combinación. Dentro de este avión nadie debe comprar en muchas cuotas. Estoy viajando con gente *de bien*. Les miro las manos, relajadas, ahí donde la articulación les une los huesos. ¿Se puede ser tan desgraciado? Cierro los ojos, por supuesto que los cierro, ¿qué otra cosa podría hacer? Entonces el avión cede, por un instante, en caída libre. No somos nada, solo un cuerpo humano al que alguien le puso un nombre. Nadie sabe el verdadero significado

de la palabra *desesperación*. Si quieren saberlo, pregúntenmelo a mí. Oigo algunos gritos, ahora sí. Menos mal. No estoy solo. No sé si es mejor o peor, no sé si preferiría que siguieran sintonizados con su inconsciente. Manga de primermundistas. Me imagino un diálogo entre la azafata y el piloto. Algo que por ejemplo podría sonar así:

–¿Susi? ¿Está ahí?

–Sí, capitán, dígame.

–Susi, por favor, pídales a los pasajeros que guarden la calma. Recuérdeles que estamos atravesando una zona de turbulencia que durará aproximadamente unos quince minutos. Daremos un giro para evitar un tornado en el norte, pero mantendremos el rumbo del vuelo.

–¿Les digo todo eso, capitán?

–No, lo último no se lo diga. Suficiente con que evitemos que caigan las máscaras de oxígeno. Dígame, ¿usted es feliz, Susi?

–A veces. ¿Usted, capitán?

–No, yo no.

Turún. Está prohibido entrar al baño. Ahí va de nuevo esa legislación. ¿Qué hace una aerolínea con trescientas treinta y ocho personas divididas en cuatro grupos y en tres estamentos, imposibilitadas de ingresar al baño? ¿Qué pasa si alguien tiene problemas en algún órgano vital? ¿Alguna enfermedad de base, una patología que precise encerrarse ahí dentro? En medio de una turbulencia nadie piensa en los serios problemas. Todo lo que indique movimiento en este instante está prohibido. Lo único que puede moverse acá es la aeronave, y el viento, esos coletazos que algún tornado nos hace llegar. Es extraña la noción de que allá afuera haya un mapa, una arquitectura mundial. Si uno vuela de noche, el decorado es un bloque negro, y si el vuelo es diurno, el bloque varía entre blancos y celestes, como la bandera de un país. Pero nada más. Allá afuera no debería haber nada más que pigmentación.

La turbulencia es evidente. El avión no se va a caer porque el viento no hace que los aviones se caigan, pero entonces ¿qué es lo que hace que se caigan? Fallas técnicas. ¿Acaso son fenómenos naturales menos conocidos los que pueden generar las fallas técnicas? Sí. Está todo conectado, como un tejido crochet, como una hilera de dientes. Si un mecanismo traiciona, todo lo demás también puede derrumbarse. Estoy cansado de tener razón, pero mis pensamientos son tan certeros que tengo que escucharlos todos, todo el tiempo, no puedo dejarlos ir. El avión se tumba hacia un costado. Algunas personas vuelven a gritar. Ahora los quiero ver, con ese relajo que tenían hace unos minutos. Ahora sí, iesta es la vida real y no lo otro! Griten, sufran, cooperen.

¿Qué estará haciendo Alicia? Mi vida.

Detrás de mí una pareja abre los ojos y se abraza. Él le dice algo, ella se sonríe. Prefieren no abrir un debate con nadie. No fijo la mirada. Mi asiento está en el pasillo porque no podría estar en el medio o en la ventana, a quién se le ocurriría sentarse en el medio, como un núcleo. La mujer de cerca de sesenta años sentada al otro lado seguía concentrada en la película, pero ahora ya no. En su cara leo que viaja muy seguido, que sabe perfectamente de qué se trata una extensa turbulencia, pero, aun así, aparta la vista de la película de la chica que llega soltera a los treinta y cinco y quiere sucumbir a cualquier destino menos a ese –esa película también la vi– y mira hacia atrás, a las azafatas, que a su vez se contemplan fijamente los zapatos de taco que la aerolínea las obliga a usar. Si esta mujer de cerca de sesenta aparta la vista de la película para preguntarse apenas por qué, estamos en problemas. La pareja joven que tengo sentada detrás se abraza y ella le pregunta a él por qué. Debería cerrar los ojos y olvidarme de todos. Esto es un concierto de gente adormilada o drogada que mira hacia adelante. Somos los espectadores obligados de un fenómeno natural que está sucediendo allá afuera, abrochados a hileras de cinturones que no nos permiten otra cosa que espectral, ser partícipes de un show inmejorable.

El diálogo entre la azafata y el piloto seguiría más o menos así:

–Susi, ¿está por ahí?

–Sí, capitán. Dígame.

–¿Cuántas veces al día tiene malos pensamientos?

–¿Qué cosa?

Nos venimos abajo. Nos venimos abajo. Hasta que no. ¿Quién puede vivir en estas condiciones, en esta bipolaridad de vuelo? Me tiemblan las manos. Parece que la mujer sentada a mi lado no estaba muerta. Abre los ojos en un relajo que me enloquece. No puedo dejar de moverme. Soy un tembladeral. Imito al avión. La mujer me pregunta si estoy bien mientras me agarra del hombro derecho. Qué tupé. No, le digo, no estoy bien. No quiero morir. Alicia está en la bodega, le digo. Ella sonrío. Me dice que nadie va a morir. Al menos no esta noche. ¿Por qué estás tan segura?, le pregunto. Me pregunta quién es Alicia. No le respondo. Me explica como si yo fuera un niño menor de ocho años, y probablemente lo soy. Dice que estos aviones son muy grandes y lo único que está pasando es que atravesamos remolinos de aire caóticos y caprichosos. No me importa, le digo. Vamos a morir. Tengo cuarenta y dos años y no tengo problema en reconocer que voy a morir. Las turbulencias las ocasionan las montañas, me dice, las corrientes en chorro y las tormentas. ¿Qué son las corrientes en chorro?, le pregunto. Igual que las olas del mar que rompen en la playa, me dice. El aire también forma olas cuando se encuentra con montañas. Suena bien. Pero no me alcanza. Ella me mira a los ojos, lo sabe. Insiste en que todos los años las aerolíneas hacen estudios en laboratorios para mejorar la funcionalidad de los aviones. ¿Cómo lo sabe? ¿Dónde lo leyó? Pero no se lo pregunto. Veo cómo me agarra las manos y me invita a respirar profundo. No me va a servir de nada. Tiene el pelo recogido con un gancho de pelo en la nuca, asumo que color carey. Y también tiene el maquillaje corrido, de haber dormido profundo. De haber dejado la mente en seco. Me sugiere pedir un vaso de agua, pero las azafatas siguen allá atrás, encaramadas, convencidas de que nadie debe moverse porque un golpe podría ser letal. Le digo

que vamos a morir y que ellas no van a traerme ningún vaso de agua. Ella me dice que no. Le miro los ojos, son marrones, no, son amarillos. No son de ningún color, como los de Celeste. ¿Dije Celeste?

Me cuenta que existen herramientas nuevas para predecir el clima. A partir de datos sobre la velocidad de avance, la velocidad del viento, la presión atmosférica, el ángulo de balanceo y otros factores, un algoritmo genera un nivel local de turbulencia atmosférica que se envía cada minuto al Sistema Nacional y se combina con los modelos meteorológicos nacionales para ajustar las previsiones de acuerdo con las condiciones en tiempo real, lo que a su vez –así dice– ayuda a reforzar las herramientas de predicción meteorológica. Le respondo que no sabía. No entiendo nada de lo que me está hablando. Y tampoco entiendo de qué color son sus ojos. Ahora los pilotos conocen mejor la atmósfera y tienen mayor capacidad de cálculo, me dice. Y yo solamente repito que vamos a morir.

REVISTAS DE FARÁNDULA

Aldana y Gina reciben a la policía. Es un móvil con tres oficiales vestidos de azul oscuro, o quizás sea negro. No se distingue del todo. Llegan tranquilos, hacen preguntas que Gina ya respondió por teléfono cuando llamó. Pero ellos las hacen de nuevo. No hay conexión directa entre los móviles y la atención telefónica. Aldana responde a todas las preguntas que puede también, es la que está más en tema. La que tiene el olor más integrado en su cerebro. A esta altura ya son más de las nueve de la mañana y ningún otro vecino apareció. Los oficiales suben todos juntos al ascensor. Les reina la tranquilidad. Aldana les insiste en que la vecina no responde, ni a llamados telefónicos, ni a timbres, que parece estar cerrado con llave, que el olor va en forma creciente. Gina y Aldana, en cambio, suben por la escalera. Se detienen a respirar en el tercer piso. Todo esto les alteró el metabolismo y hace rato ya tienen ganas de vomitar.

Una vez en el quinto piso los oficiales sienten el olor también: ya traen impreso el gesto del asco. Arrugan la boca hacia abajo, achinan los ojos, como si todo ese esfuerzo muscular ayudara a oler menos. Los oficiales continúan con las preguntas, pero a esta altura ya no hay mucho que contestar. Entonces le confirman a Gina que traen una orden para ingresar al domicilio. Gina les responde que está bien, que ya se imaginaba que algo de eso tenía que pasar. Las puertas se reemplazan. La pagará el consorcio, después se verá. Uno de los oficiales, el físicamente preparado, levanta la pierna y espera que le den la señal. Se la dan. El oficial da dos, tres, cuatro patadas. La cara se le va enrojeciendo cada vez más en cada patada que ofrece. Es evidente que no es la primera vez que hace esto. Debe ser el asignado para patear puertas cada vez, piensa Aldana.

En la quinta patada, finalmente la puerta cede. Está hecha de una madera delgada, económica. No parece difícil de derribar. Gina tiene tapados los oídos con los dedos. Aldana también. Las patadas son demasiado extremas para ellas. Aldana le agarra los brazos a Gina como si tuvieran que hacer equilibrio una sobre la otra. Están unidas en esto. El oficial pateo la puerta por última vez. Ya está totalmente destrozada. Ahora el olor se abre paso. Como si tuviera un color también, aunque no, pero su corporalidad deja esa sensación. Olor a fuga de gas, sí, con agua estancada, también, y cosas dentro. Algo poco olido en la vida de un ser humano. Todo eso mezclado, piensa Aldana.

Una vez que entran, lo que los tres oficiales logran ver es un living iluminado por un rayo de sol que entra por la ventana de la cocina. En ese living, una mesa baja, rodeada de almohadones para sentarse en el piso, y cerca, un sillón de tres cuerpos con un tapizado antiguo, como de flores rosadas o doradas. Un sillón que parece más donado que comprado. Usado ya, o de alguna herencia familiar. Sobre la mesa baja, una pila de revistas de farándula. Mujeres en malla o en corpiño y bombacha asegurando que están en el mejor momento de sus vidas, futbolistas abrazando a esposas que sostienen bebés en los brazos, asegurando lo mismo. Deben ser alrededor de diez revistas en las que todos aseguran estar en su mejor momento y no hay nada que lo ponga en duda. Los tres oficiales ingresan del todo al departamento con las narices tapadas. Respiran por la boca. Es realmente nauseabundo estar ahí dentro. Es imposible separar la experiencia del olor, todo lo que ven les llega tamizado por ese contenido infernal. Gina pregunta si puede ingresar también. Le responden que sí, pero solamente hasta ahí nomás, al living. Gina hace caso. Quiere entrar. Quiere desesperadamente saber. Esa mañana cuando se despertó, en un día idéntico a cualquier otro, en el que absolutamente nada le iba a pasar, jamás se imaginó que acabaría rodeada de oficiales, intentando descifrar un enigma superador. Entonces entra al departamento de a poco, con la exuberancia de la novedad y con el miedo también. Se queda apostada al lado de la mesa baja, tapándose la nariz con la mano. Mira las revistas que hay ahí apoyadas, son lo que más le llama la

atención en ese espacio tan iluminado. Aldana espera afuera, en el pasillo del quinto piso. No parece tener intenciones de entrar a mirar. Solo pensar en hacer algo de eso le trae arcadas. Ya pasó demasiado tiempo con el malestar. Gina mira la cocina desde donde está. Sobre la mesada las cosas parecen limpias. Una tostadora eléctrica, una pava eléctrica, una cafetera no eléctrica. Muchos electrodomésticos para facilitar la vida de una joven inexperta. Cosas compradas por padres o madres atentos, cuidadosos, o sobreprotectores. Una heladera blanca ya no tan blanca, ¿también usada, quizás? Y plantas, sobre todo distintos tipos de potus que cuelgan de frascos de vidrio apoyados sobre la mesa amplia del living, sobre la mesada de la cocina, encima de la heladera. Los potus son las primeras plantas de una chica que vive sola, quizás por primera vez. Eso también piensa Gina.

Los oficiales todavía no encontraron nada que esté a la vista, entonces deciden entrar a la habitación de Celeste, con cautela y también con armas. Todo dura segundos, pero parece mucho más tiempo. Será la condensación de los ruidos, la temperatura, la iluminación. Todo parece más eterno. Abren la puerta de madera y vidrio de la habitación, de a poco. Notan oscuridad. Esperan encontrar, en el mejor de los casos, un cuerpo dormido en la cama. Apenas ven. Una oficial de treinta y pocos sube las persianas y se hace la luz inmediatamente. Es que allá afuera hay demasiado sol, no deben ser más de las diez de la mañana. Pero no. La cama está intacta, como si esa noche no la hubieran usado. El cubrecama, también de motivo floreado, luce liso y sedoso, como una cabellera. Dos almohadones coronan el colchón, y hay una mesa de luz con más revistas de farándula y un velador. Ahí no hay nada. Solo el olor. Algo que no podrán borrarse nunca más en sus vidas. Ni los oficiales, ni Aldana, ni Gina. Entonces uno de ellos dice en voz alta: limpio. Y siguen. Salen todos de la habitación, solo les queda el cuarto de baño. Es un departamento de dos ambientes, cauto y medido, para una chica de veinticinco años que vive sola y estudia arquitectura, según lo poco que sabe Aldana y que tiempo después les dirá. Entonces la coreografía continúa. Gina sale al pasillo y le comenta a Aldana en voz baja que aparentemente en la habitación

no hay nada, y Aldana le responde que sí, que ya escuchó, y que tiene muchas ganas de vomitar. Gina le responde que si quiere puede retirarse, que ya hizo todo lo que estaba a su alcance. Pero Aldana le responde que no. La intriga puede más que su estómago. Entonces se queda apostada en el pasillo del quinto piso, como una abanderada, encendiendo la luz cada vez que se apaga. Gina vuelve a entrar. No quiere tocar nada porque cualquier objeto podría ser el origen de tal olor. La oficial registra que la puerta del baño no se puede abrir. El vidrio esmerilado muestra una luz artificial encendida dentro. La puerta está trabada, quizás cerrada con llave. ¿La encerraron?, piensa Gina. Sí, la encerraron. El oficial mayor le indica al oficial físicamente preparado que rompa también esta puerta. La jornada será memorable para él. Después lo nombrarán con algún apodo alusivo a eso, a alguien que desplegó una destreza especial derribando puertas. Entonces ahí va: dos patadas esta vez. El vidrio se rompe, los pedazos caen. La puerta se abre, apenas. El olor ahora sí da verdaderas náuseas. Todo lo que habían olido antes, comparado con esto, no era nada. Este sí que es un auténtico olor. La puerta se abre del todo y un rayo de luz tenue y blanco se asoma. La luz que cuelga de la lámpara está encendida también. El suelo de granito está mojado. Hay una humedad concreta en todo el ambiente, una selva tropical compactada en un inmueble. Los oficiales se tapan la nariz otra vez. Hablan entre sí con las voces nasales y graciosas, hablan como payasos queriendo hacer reír. Uno ordena que avancen y avanzan. Gina escucha desde el living. Entiende que dieron con algo. Ya no hay forma de escapar de la verdad. Está toda puesta ahí dentro de ese baño. Escucha que la oficial dice: acá está. Oye pasos encharcados en agua, murmullos ahogados de asco y un poco de desesperación. La oficial sale del baño con gesto de terror y llama por su handy. Pide refuerzos, otro móvil más. Y el cuerpo forense, también. Y la ambulancia. Y el cuerpo de investigación. Y bomberos, también, por qué no. Todo pide. Gina se acerca aunque prometió no acercarse. Ya no importa. Nadie la detiene. A nadie le interesa Gina ahora. Lo que ve es algo que a duras penas se había imaginado. Algo para lo que nunca nadie la preparó. El cuerpo de Celeste Blum acostado en la bañera. No es

Celeste, es el cuerpo de Celeste, la propietaria del 5.º C. La chica joven que se mudó sola hace no tanto tiempo. Una canilla gotea sobre su cabeza, sobre su pelo empapado. Pero ese cuerpo ya no es Celeste. Como si alguien le hubiera quitado píxeles, está borroneada, desarmada, como una muñeca de trapo. Como cera derretida. Su cabeza mira hacia abajo y su cuerpo cede debajo del agua que llena la bañera. Es imposible que esa sea Celeste Blum, pero es. El estado de descomposición del cuerpo llama la atención. Algo así comenta uno de los oficiales. Los peritos forenses están en camino. En un instante el olor toma una entidad lógica. Todo lo sospechado está reunido ahí, en esa escena. El baño, la luz, el cuerpo, el agua. Lo estancado, lo inmóvil y lo putrefacto. Lo que muere y lo que va creciendo después, ahí mismo, dentro de lo que murió. La bañera está a tope de agua. Gina sabe que debería llorar, pero es demasiado pronto para que esa emoción llegue. Ahora solo tiene que salir de ese cuarto de baño. Sentarse en el sillón de tres cuerpos del living. Levantar una de las revistas de chimentos de la mesa. Intentar mirar con atención las fotografías en alta definición que aparecen ahí. Los cuerpos bronceados, los mares, las embarcaciones, las prendas de lino. Respirar. Desarmar lo otro que acaba de ver. Empujarlo hasta que desaparezca.

QUE SEA MUY FELIZ

Al fin en tierra. Avanzamos en un turf de valijas por un tubo poco oxigenado. La mía podría ser una de las punteras. Se arrastra muy bien. Tiene cuatro ruedas y un deslizamiento suave, como si no trajera más de quince kilos dentro. Pero allá va otra, de mayor tecnología y cuerpo rígido, toma la puntera definitiva y sale airoso. Mi cuerpo todavía no volvió al envase. Mi pierna izquierda todavía tiene una especie de temblor. Vuelos en conexión, recogida de equipaje, salida. Me subo a una cinta movible y dejo que me transporte, con esa lentitud. Ojalá pudiera vivir así. Algo de aire acondicionado me pega en la cara. No sé hace cuánto tiempo no tengo contacto con el verdadero oxígeno. Pero, antes que nada, Migraciones. Alguien me toca la espalda con demasiado cuidado.

–Perdón, nunca me presenté. Me llamo Soledad.

Otra vez ella, con una voz más dulce ahora, como una colonia infantil. Está detrás de mí y apenas la alcanzo a ver. Es de estatura más baja de lo que creí, y de huesos pequeños. Toda su aura es diminuta, como si hubiera tenido algún problema de crecimiento en la infancia.

–Es cierto, yo tampoco le dije mi nombre. Me llamo Simón. Con ese y con acento en la o.

Eso último no lo entiende, porque no sonrío. Noto que está más despeinada que antes, y que lleva puesto un conjunto de jogging negro, de esos tipo plush, con algunos detalles de flores rosas. Me cuesta entender ese tipo de decisiones en la vestimenta. Pero sí noto que está más descansada que yo porque, aunque el vuelo no fuera demasiado largo, algo durmió.

–Simón, ¿se queda acá o sigue viaje?

–Ya me quedo acá. Pero antes tengo que buscar a Alicia.

—Cierto. Alicia. ¿Quién era?

La marea de gente la aleja de mí una vez más. Sigue haciendo la fila, pero ahora está más lejos. Me hace una seña con las manos de que seguimos conversando luego. Le respondo que sí con la cabeza. No sé en qué momento me comprometí a explicarle a esta mujer quién soy y qué vengo a hacer a esta ciudad. De alguna manera se lo debo. Rescató mi psiquis. No es poca cosa. Ya nadie agradece este tipo de bondades que tienen algunos extraños hacia otros extraños. La fila avanza rápido, así que ahí viene otra vez, como una marea.

—¿Es su esposa?

Le respondo que no y sonrío apenas, solo por educación. Me mira sin entender del todo y la gente la vuelve a alejar. Me vuelve a hacer señas. Ya hay un código en común, entre mis manos y las suyas, entre mis brazos y los de ella. Lo único que se puede hacer en un aeropuerto es mirar. Un puñado de niños rubios y cansados se sientan en el piso alrededor de un hombre que asumo debe ser su padre. No veo que haya una madre cerca. No tiene por qué haberla. Los niños le preguntan cosas a su padre. No llego a entender del todo qué quieren. Sospecho que tendrán hambre, es muy temprano, habrán dormido poco. El padre no les responde. No los tolera. Querría hacerlos desaparecer. Un nido de palomas se vería exactamente igual, las crías con los picos abiertos hasta más no poder reclaman lo que el padre es incapaz de dar. Igualmente, en el mundo animal las verdaderas intenciones no pueden verse a la distancia, hay que saber interpretarlas. En cambio, las intenciones nuestras suelen estar todas ahí, a la vista, como en un vestuario.

Ahora avanzo hacia la ventanilla de Migraciones y miro directo a la cámara que me señala la agente. Sí, el de la foto del pasaporte soy yo. ¿No es evidente? Mi pelada incipiente, el pelo lacio y rubio a los costados, apenas crecido, algo de barba, un poco de bigote. Mientras espero, veo a lo lejos cómo avanzan los tripulantes de cabina. Un aterrizaje exitoso más. El piloto, el copiloto y las tres azafatas. No podía ser de otra manera. Podrían ser el cliché de una banda de rock, los líderes y las coristas. Uno de ellos avanza cabizbajo. No logro descular si es el que pilotó o el que copilotó la

nave. Se mira los pies y avanza más lento que el resto. ¿Con ese desánimo se baja de un avión después de haberlo hecho andar?

–Bueno, ¡que sea muy feliz! ¡Y que viva muchos años más!

Oigo a lo lejos. Por supuesto, es Soledad. Parece haber abandonado la despedida formal y está bien. Tengo sueño y pocas ganas de agradecer tanto o de sostener una conversación ciega. Algo en ella me resulta odioso ahora. Algo en su predisposición. Agita la mano en un saludo tribunero. ¿Es realmente parecida a Celeste o es mi falta de sueño?

Le respondo que muchas gracias. La agente de Migraciones me devuelve mi pasaporte y avanzo.

Soy el único que espera que lo atiendan en el sector de carga del avión. Los demás pasajeros buscan sus valijas para huir y yo busco a Alicia. Es mejor esperar solo, me gusta. Siempre quise esto. A esta hora nadie tiene verdaderas ganas de conversar, porque si no, como siempre, me preguntarían si fue muy difícil subir a Alicia al avión, si está desparasitada, si cada vez que aterrizo en otro país estoy preparado para todo lo que me espera con ella. Y siempre respondo a todo que sí, como un galán más que famoso acostumbrado a todo eso.

Los empleados de AeroMaldiva nunca están cuando más los necesito. Si no es el pollo de las viandas del vuelo es la falta de atención en tierra, si no es la falta, son las condiciones del cielo. Retirar a Alicia no es ninguna prioridad para ellos. Me miro en los espejos del aeropuerto. No me había percatado de que hubiera tantos. Es que en este país a la gente le gusta mirarse. Su reflejo es prioridad. Parece una sala de ensayos coreográficos, las paredes espejadas para evaluar si lo estamos haciendo bien. Veo pasar otra vez a la tripulación del avión en el que llegué. No sé por qué caminan tanto. ¿Qué buscan? Ahí va el hombre, el piloto o el copiloto, con el mismo desánimo de antes. Camina detrás de todo el resto. Las azafatas toman la delantera, están despreocupadas. Siempre lo están. Ejercitan estarlo, de hecho. Es parte de su trabajo. El piloto o copiloto tiene un gesto de dolor o cansancio. No llego a discernir. Debería dejar de manejar aviones, retirarse por un tiempo. Manejar una lancha, mejor, un barquito. No sé. Pausar lo extremo.

Ahora pasan a mi lado. Este hombre me preocupa, pero sus compañeros no parecen notarlo. Avanzan. Es obsceno ver un piloto con pocas ganas de vivir. Alguien debería esconderlo ya.

–Disculpe la demora, acá estoy.

El empleado de AeroMaldiva, al fin. Lleva puesto un traje azul que le queda chico y un gafete que dice CARLOS ALEMÁN. El resto de la información sobre él no la llego a leer. Le respondo que no hay problema. Es que realmente no lo hay. En unos minutos más sí los hubiera habido. Pero todo eso no lo digo.

–¿Usted es Simón Sanders?

Le respondo que sí, soy yo.

–¿Me permite pasaporte, tarjeta de embarque y documentación del animal?

Le entrego todo dentro de una bolsa de plástico sellada. Soy un hombre tan prolijo como haragán. Que lo desenvuelva él. Me mira apenas, sabe que le estoy dando un trabajo extra. No me importa. Teclea y teclea.

–Bien. Acá la tengo.

¿Qué tendrá?

–Alicia está detenida en Zoonosis Continental, en planta baja. Nada grave. ¿Me permite el certificado zoosanitario internacional?

Se lo alcanzo con un tedio que apenas se asoma. No traía ese papel con todos los demás. Una pequeña falta mía. Perdón. Puedo fallar. No quiero estar mucho tiempo esperando acá. Distingo algo en la mirada de Carlos Alemán, como una especie de pregunta velada que no se va a animar a formular.

–¿Hace cuánto tiene el animal?

–Un año.

Escribe en su computadora a gran velocidad. Aprieta la barra espaciadora muchas veces. Evidentemente hay sectores del formulario que no tiene que rellenar.

–¿La tiene como mascota de hogar o para estudio?

–Ambas.

Miento. Me intriga saber si hay algo más que me quiera preguntar, pero es inútil. Los dos sabemos que no tendrá el coraje. Se nota que Carlos no está cómodo en su uniforme. Cada vez que levanta una

mano para rascarse el cuello o la nariz la tela se le estira, exigida. Y cada vez que baja la mano para llevarla al teclado, se la golpea con el gafete, que también le queda raro. Pende de un hilo demasiado largo, como un babero mal colocado.

—¿Cuánto tiempo tendré que esperar? Tengo check in en el hotel dentro de una hora y estoy apurado. La reserva no la hice yo y no quiero empezar a hacer las cosas mal.

Carlos Alemán no me mira. Sigue apostado y de ceño fruncido frente a la pantalla de una computadora demasiado antigua. Me responde que me quede tranquilo. Que todo es una formalidad.

—Ya sé —le digo—. No es la primera vez que viajo con Alicia.

Me pregunta si me dedico a la investigación de este tipo de animales para el territorio argentino o para el resto de Latinoamérica. Al fin se atreve a preguntar por interés personal y no por la solicitud. Le respondo que en parte sí y en parte no, pero que de todos modos no hay nada criminal en tenerlos. Que se sorprendería de la vasta y creciente comunidad de gente como yo que va por la vida con su serpiente.

—Claro que no es un delito. Es solo que me llama la atención. Nunca conocí a una persona que tuviera este tipo de reptil como mascota. En general no suelen verse de este lado del continente.

Le respondo que siempre hay una primera vez y que realmente estoy apurado. Carlos sigue mirando la pantalla de su computadora hasta que finalmente me pide que lo acompañe. Caminamos juntos hacia el sector de requisitos sanitarios. Su gafete se mueve de acá para allá, como si debajo de nosotros hubiera un temblor. Alguien debería pedirle por favor que lo reemplace por otro. Atravesamos el aeropuerto como en una expedición. Es eterno. Hay gente por todos lados. Y carritos como de golf, con mujeres de anteojos negros, mayores de setenta, atravesando el predio. No veo hombres. Pero los oigo por altoparlantes, a los hombres. Hablan en un idioma que no conozco y que tampoco aprendí. Dan indicaciones.

Llegamos al lugar y Carlos Alemán me hace esperar en un asiento de fórmica. Dice que serán solamente unos minutos. Que la documentación está en orden y que ya pronto nos podremos ir. Menos mal. No aguanto más ninguna cosa referida a aerolíneas.

Busco mi celular y scrolleo. No tengo internet pero igual lo miro. Voy al carrete de fotos. Eso me tranquiliza. Me hace sentir acompañado de una manera falsa, incluso mucho mejor que estar verdaderamente acompañado. Ahí estamos, en las fotos. Alicia en su jaula y yo, apostado al lado, mirando a cámara, con los anteojos de ver de cerca. Inmediatamente después, una foto con Facundo antes de despedirnos por tercera vez en el aeropuerto. Tiene puesta una boina para que no se le note la pelada que ya no puede esconder. Pobre. Después una foto de mamá abrazando a Facundo en la puerta de casa. Otra de mamá sentada en la mesa de la cocina, después de haber lavado nuestros platos, pidiéndome que no la retrate. Otra de Facundo haciéndole la cama a mamá. Otra suya tomando mate con mamá, después de la cena. Mi hermano no tiene problema con que lo retrate, al contrario, yo creo que le gusta. A mamá no. Otra de mamá con Alicia, trae gesto de enojo y mira a cámara. Alicia está dada vuelta. Enroscada. Mira hacia la pared. En esta otra estoy yo esperando para subir al avión, con la piel algo verdosa. Yo en el avión, una vez que encontré mi asiento. Una captura de pantalla de una videollamada con mamá de anteayer. Yo en el gimnasio en horario vespertino, después de levantar quince kilos. Abandono.

Las fotos de días anteriores no las quiero ver.

Saco la vista del teléfono y ahí está. Me la traen. Sobre una carretilla y dentro de su contenedor Alicia me mira a través de los barrotes de su caja, aunque no me esté mirando en realidad. No lo sé con certeza. Pegadas alrededor de su caja, hay impresas cuatro etiquetas resistentes al agua que indican: REPTIL VIVO - NO INCLINAR - VENENOSO.

BLOODY MARY

No hay algo específico sobre lo que Aldana tenga ganas de hablar. Más bien lo contrario. Preferiría hablar hacia adentro. Alguna destreza en ventriloquía. Apoya el pocillo de café vacío sobre la mesa y pide permiso para ir al baño. ¿Permiso en su propia casa? Esta es la primera vez que se mira en el espejo del botiquín desde que empezó el olor. Esperaba algo peor. La mitad de la cara paralizada por los nervios, por ejemplo, síntomas que sabe que podría tener algún día, que son posibles en una mujer de su edad. Pero tiene los ojos en su lugar, igual de equidistantes que antes, y la nariz como esencia de todo. Se moja la cara con agua fría y después se la raspa con el toallón. No hay verdadero placer en ese movimiento, pero peor sería no hacerlo. Se unta desodorante en las axilas porque ahora es su propio olor lo que le preocupa. Hay algo ahora, en su propio cuerpo vivo, que también huele muy mal. Allá afuera, Gina le pone azúcar a su café y lo mezcla. Se oye el tin tin de su cuchara. Le habla a la perra de Aldana como si fuera una bebé, le da pena que sea tan vieja y esté tan enferma. La perra no le responde. La mira con ninguna cara, como si estuviera totalmente sorda –no lo está– y nada de ese registro estuviera realmente llegándole. Aldana sale del baño y cierra la puerta con cuidado, como en cámara lenta. Cualquier movimiento en falso podría afectar el microcosmos de quietud que acaban de conquistar. El olor ya no es un tótem, pero sigue presente, ya no sólido sino difuminado. Ninguna dice palabra, solo tragan el poco café negro que cabe en los pocillos de porcelana. Afuera, en la calle, están todos los ruidos juntos. Y los colores de las sirenas que, aunque sea de día, se encienden. Los bomberos, roja; el Same, verde; la Policía de la

Ciudad, azul, y también la Federal, otro tono de azul. Una batalla de liderazgos con resultados poco claros.

–Lo de la descomposición no voy a poder sacármelo de la cabeza.

–¿Meses? –enuncia Gina, que llevaba un rato en silencio.

Aldana se siente identificada con eso que obsesiona a Gina, porque a ella también le impactó mucho.

–Es un cálculo estimativo del forense, un aproximado. Quizás no tenga razón.

–Sí pero igual, no es posible. Esto no es una historia de terror.

–¿Usted está segura de que vio a Celeste el viernes, Gina?

–Claro que sí. Entró al edificio a la tarde, a eso de las cuatro. Ya les dije. Llevaba varias bolsas de supermercado.

–Puede ser que se confunda, Gina. Son muchos años.

–¿Muchos años de qué?

–Quiero decir, de trabajo. De ver gente entrar y salir del edificio. Caras distintas y caras iguales. Caras nuevas. Hay algo que se diluye.

–No, nada se diluye. Yo la vi a la nena entrar el viernes a la tarde. Traía bolsas de supermercado. Si me forzás, te puedo decir cuántas bolsas eran.

Aldana no responde. Le ofrece más café y Gina acepta, aunque en el fondo no quiera nada. También podría vomitar, abrazada al inodoro de la dueña de la casa, y sería una real pena, tan limpio que tiene todo: el mobiliario de la cocina, el del baño, el balcón. La loza blanca y sin grietas, el parquet.

–¿Le dijeron que tienen que tomarle más declaraciones? –pregunta Aldana.

–Por ahora no. Pero es probable que nos llamen para reconocer el cuerpo.

–¿Por qué a nosotras, Gina?

–Parece que la chica no tiene familiares vivos o activos. Solamente un matrimonio de tíos que vive en las afueras, con el que no tenía contacto hace algunos años, y que en teoría ni siquiera son familiares de sangre.

–¿Nosotras somos lo más cercano que tiene? –pregunta Aldana, con un pequeño abismo.

–No, por supuesto que no. Pero para las autoridades, por ahora, sí.

Aldana siente que le tiembla el cuerpo. O lo siente o le tiembla. Cualquiera de las dos opciones es igual de inquietante. Cierra apenas los ojos e intenta pensar en su perra, cuando era más joven y lúcida, cuando atravesaba las avenidas corriendo, entre semáforos verdes. Esa imagen siempre la relaja. Y también piensa en ese hombre al que vio apenas dos veces en dos citas muy similares. En los dientes de ese hombre que acaba de conocer. En las ganas que tiene de contarle todo lo que le acaba de pasar. Gina le pregunta a Aldana si está bien, porque la ve con los ojos cerrados. Ella le responde que sí, que solamente se extravió dentro suyo. Aldana ya tiene ganas de que la portera del edificio se vaya de su departamento, en el fondo es una extraña, pero a la vez tampoco tiene tantas ganas de quedarse sola. Piensa que mientras ella dormía, o mientras terminaba de diseñar su Excel de gastos mensuales, su vecina estaba muriendo. ¿O no es su vecina la chica que apareció en esa bañera, aparentemente muerta hace meses? ¿Es posible que su vecina se haya ido y que haya dejado a otra chica muerta ahí? Porque ella no vio el cuerpo. ¿Serán ellas dos, Aldana y la portera, las que tengan que confirmarlo? ¿Por qué nunca antes habló con la chica, o no intentó entrar en confianza? Si hubiera sabido que casi no tenía familiares vivos la hubiera invitado a comer una polenta, aunque sonara sospechoso, así como así. Quizás la chica le hubiera contado cómo le iba en la facultad, si sentía que realmente estaba haciendo lo que quería hacer con su vida, si tenía un novio, o una novia, si había alguna persona extraña en su entorno, si había hecho las consultas suficientes con sus médicos sobre su cuerpo joven, sobre cómo protegerse de factores dañinos de todo tipo. Aldana se culpa por tener tan poco contacto con el entorno, con la gente que en apariencia es extraña y que después, de algún modo simbólico, podría haber rescatado. Además, Aldana no tuvo hijos y esa cuota de cuidado siempre le quedó dando vueltas alrededor, como una circunferencia. Si el día de mañana Gina apareciera muerta, ¿habría hecho Aldana lo suficiente para evitarlo? ¿Estaría al tanto de las angustias o decepciones de su portera? Debería comprometerse más

con su vecindad, no puede ser que lo único que tenga verdadera entidad sea el propio árbol genealógico. Hacemos todo mal, piensa Aldana. Cuando creemos que tenemos todo bajo control, estamos alejándonos de lo que quizás más trascienda, que es evitar catástrofes, salvarle la vida a alguien, a cualquiera: a una chica joven y bonita, a un hombre angustiado y solo, a una mujer que no ve y no escucha.

—Me voy a retirar a mi departamento, Aldana. Muchas gracias por el café. Se me parte el cráneo.

—¿Cefalea?

—Sí, o migraña.

—Tengo unas pastillas muy eficaces.

—Gracias, no se haga problema. Yo también tengo.

Aldana responde con una afirmación de cuello. Gina saluda a la perra como si fuera un bebé, otra vez. La perra no se inmuta, sigue sin reaccionar. Ya no le queda mucho tiempo en este mundo. Aldana no quiere que Gina se vaya del todo, ahora siente la fuerte necesidad de salvarle la vida a alguien, ya que para salvar la de su perra es demasiado tarde, y su única hermana vive en otro país hace años, y sus padres ya fueron cremados, y acaso ese hombre que acaba de conocer, el de los dientes, quién sabe si no será un asesino, un manipulador sentimental, o solamente alguien que no sabe bien lo que quiere.

—¿Me avisa si necesita algo, Gina? ¿Comida, contención, colaboración estratégica con las fuerzas de seguridad?

Gina sonríe de costado. El gesto de la vecina le parece agradable pero también desmedido. Le dice que sí y abre y cierra la puerta a su paso. Lo que queda es el primer verdadero silencio del día. Ya atardece. Aldana está inmóvil, hundida en el sillón de tres cuerpos que retapizó hace tiempo. Un mueble de pana gris por el que pasaron casi diez oficiales diferentes esa mañana, con libretas en la mano y todo tipo de lapiceras, haciendo todo tipo de preguntas. Y también un médico del Same que le tomó la presión al verla palidecer frente a las fotos que le mostraba la policía para que ella dijera esto es así, esto es asá. A ella también le empieza a doler la cabeza ahora. Es un contagio y también un resultado de la

conmoción en la que está inmersa hace horas. Siente el cerebro hinchado de imágenes. Sabe que esto no termina acá, que probablemente sea algo que recién esté empezando. La futura investigación inconclusa, el nulo hallazgo del asesino o de la asesina. Ojalá se equivoque, piensa, a repetición. Ojalá *me* equivoque.

La perra arrastra su cuerpo hacia ella y Aldana la recibe de brazos abiertos. Tiene tanto amor para darle, aunque su perra ya esté viciada. Pero igualmente ahí va otra vez. Se funden en un abrazo maternal. Podría llamar a su hermana, o quizás a su amiga del anterior trabajo. O quizás mejor al hombre, y contarle entre risas algo muy curioso que acaba de pasar en su edificio. Algo que jamás se podría imaginar. Cosas que solo le pasan a ella. Que mejor verse en persona para contarle en detalle. ¿Que si está asustada? No, para nada. Más bien en posición de detective por primera vez en su vida. Que de chica alguna vez jugó a cumplir ese rol, pero que nunca pensó que tendría que vivirlo en carne propia. Que él podría ayudarla a pensar, a encontrar al asesino. Pero no. No tiene la distancia suficiente con los hechos y actuar desafección le da ganas de vomitar.

Su amiga de la exoficina no responde el teléfono. Debe estar ocupada con su marido y sus tres hijos varones, haciendo las compras del mes. Mejor prueba con Natalia, su hermana. Pero tampoco. Debe estar ocupada haciendo uno de los tantos tours que ofrece esa ciudad tan fría como infinita, con su marido y con sus hijas. Por Dios. Entonces da con él:

—Hola. Perdón que te moleste. ¿Cómo estás? Bueno. Yo bien, acá en casa, terminando el día. No sé si te dije que la pasé muy bien el sábado. ¿Te dije? Bueno. Me gustó el Bloody Mary que pediste, y eso que yo no tomo alcohol. ¿Qué te iba a decir? Ah sí. Te dejo este mensaje porque encontraron muerta a mi vecina. Una locura. Y yo fui la primera en darme cuenta. ¿Sabés por qué? Porque sentí un olor muy fuerte cuando me desperté. ¿Por casualidad tenés tiempo para juntarnos a tomar un café y que te cuente mejor?

CORAZÓN TROPICAL

A mí no me vengan a hablar del sentido de pertenencia. Todas las ciudades son extrañas, no es que en algunas te sentís más cerca que en otras. Incluso la propia es extraña por momentos. Por ejemplo, el hombre que me está trasladando podría tener tres ojos, dos narices y un bicho caminándole alrededor de la boca. O nada de eso. Es imposible saberlo porque no le veo la cara. Miró hacia adelante desde que subí al auto y no me preguntó nada. Un completo extraño. Y mejor. Un taxista silencioso es un diamante. Por suerte nadie me reclama. No tengo llamadas perdidas de ningún tipo. Allá va: un diamante más.

Para mí hay un indicio muy específico de haber llegado a otro lugar y es nada menos que la textura de los asientos de los taxis. Sea donde sea que te muevas, siempre huelen o se sienten diferentes al tacto. No sé qué es. La industria de los tapizados. El conductor tiene encendida la radio a un volumen acotado, arma un colchón para sus oídos, pero no permite que afecte al resto. Es un hombre considerado. Suena: *cuide bem do seu amor, seja quem for, cuide bem do seu amor, seja quem for*. Es un estribillo corto, pero el destinatario aconseja cuidar bien el amor, sea para quien sea. Creo que dice algo así.

Alicia sigue un poco abombada ahí adentro. Lo sé porque no respondió a mis llamados en susurros desde que bajó del avión y porque la conozco como si yo mismo fuera una serpiente. Igualmente los viajes cortos no la afectan tanto, al contrario, diría que le gustan. Y este no fue un viaje largo, al menos a mi entender. Alicia sabe que en el fondo es necesario moverse para sobrevivir. Así que es un abombe pasajero, poco importante.

Si se lo mira de reojo por estar concentrado en otras cosas, el

paisaje parece una eterna lámina verde, con algún poste o vaca cada tanto, pero verde pleno al fin. Y allá a lo lejos, como si fuera un decorado del lejano Oeste arbolado, se pueden adivinar los morros. Crecen hacia arriba moderados, como la música del taxista, parecieran nunca alcanzar dimensiones extremas. No están preparados para superarse a sí mismos. Agarramos una velocidad que no esperaba. Subimos y bajamos, porque esta ciudad está construida así. Yo no sé cómo vive esta gente con este frenesí. Me entran ganas de vomitar, pero voy a hacer lo posible por ahorrarle el mal momento al conductor, y por cuidarle los tapizados también. Escondo los eructos en la manga de mi camisa. Es todo lo que está a mi alcance. Será mi forma de agradecer el silencio que este hombre me regaló.

–Se você quiser vomitar, pode fazê-lo no saco atrás do assento.

Gracias, le respondo. Se dio cuenta. Es que no hay nada que me afecte tanto como subir y bajar, y eso le debe pasar a más de uno. Esto último ya no se lo digo. Pensar que todos los días de semana, e incluso los fines de semana, los vecinos de esta ciudad suben y después bajan, como un acto regular. Como si el esfuerzo fuera un valor agregado. Sus corazones pueden más que los nuestros. El sistema circulatorio del trópico es algo que todos deberíamos respetar.

Llegamos a la puerta del hotel al fin. Pensé que estaríamos mucho más tiempo en la autopista hasta llegar a algo considerado una ciudad. Pero acá estamos. Eso fue todo. El chofer no parece interesado en moverse de su asiento, ni en girar, ni en preguntar. No dice nada tampoco. Sigue mirando hacia adelante como si le hubieran dado la orden máxima. En parte lo sigo agradeciendo, pero la forma de su rostro me intriga cada vez más. Bajo del auto y dejo la caja de Alicia en el suelo unos segundos. Sé que no le gusta que haga eso. Se enrosca toda en una coreografía del estrés, le gusta mostrármelo. Sí, querida, ya te vi. Ya mismo te levanto. Por suerte mi náusea bajó. Se había vuelto insoportable. El conductor abre el baúl de su auto desde el mando y espera a que yo baje mis valijas. Perdón, Alicia, ya estoy con vos. Una vez que nada mío está dentro del auto, el hombre me hace una señal para que me acerque a la

ventanilla. Se despertó. ¿Qué querrá? Entonces llevo conmigo el contenedor de mi mascota. Si quiere hablarme tendrá que ser con ella también. Me acerco lentamente, lo que me permite el peso que llevo, y el calor, y el cansancio. Alicia pesa dos kilos, pero sus objetos mucho más. No entiendo qué querrá este hombre, si ya le pagué. Todo lo que dije antes sobre su consideración se me va al demonio, porque esta petición está de más y hasta quizás supera el respeto que desplegó antes, de no hablarme en el idioma, de no hacerme preguntas incómodas sobre Alicia, sobre el futuro inmediato, ese del que menos sé. Pero está bien. Yo quería saber cómo eran sus facciones y, por supuesto, eso conlleva aunque sea un esfuerzo minúsculo. El mozo de equipaje del hotel mira la situación sin entender del todo. Ya acarreó mi primera valija hacia adentro y ahora espera a que yo le diga qué hacer. El oficio que le tocó en suerte: toda una vida esperando indicaciones.

Ya casi estoy al lado del taxista. Tengo cuidado de que el contenedor de Alicia no raye su Chevrolet. Me mira a los ojos. Ya me acerqué lo suficiente: tiene la cara más habitual que podría imaginarse. Como si fuera una caricatura genérica hecha por un niño de no más de ocho. Dos ojos claros, una boca finita, una nariz pequeña. Dos orejas. Rulos, canas, barba candado. Esperaba otra cosa. Disculpe, la verdad es que su cara me encuentra muy desilusionado. Pero por supuesto no digo nada. El tipo me hace una seña para que me acerque más. Le respondo que no puedo acercarme mucho porque la caja de Alicia es pesada y no puedo ni quiero dejarla sobre el pavimento. El hombre no me entiende, entonces me acerco. Señala mi oreja con insistencia. Va a decirme algo importante. Tuvo cuarenta minutos para hablarme durante el trayecto y prefirió hacerlo ahora. Tiene la voz ronca. Apenas un hilo sonoro. Se nota el esfuerzo que está poniendo en todo esto. Le acerco mi oreja, entonces:

–*Tenha cuidado. Cobras não criam laços. Elas estão apenas com fome.* *(Tenga cuidado, las serpientes no crean lazos, solo tienen hambre.)

Vuelve a mirar hacia adelante y entiendo que eso fue todo. El

hombre arranca su Chevrolet y se retira. Todavía le deben de quedar muchas horas de trabajo por delante. Dijo algo sobre las serpientes, que acá nombran cobras. Qué arrojado. La gente acá es intrépida. Tienen el corazón preparado para subir, bajar y también para ofrecer frases que deberían trascender pero no lo hacen. El mozo de equipaje y yo nos quedamos mirando la cola del auto alejarse entre los árboles y palmeras que estructuran la calle. Le pregunto si él entendió lo que el taxista quiso decir, pero me hace un gesto con la mano de que no habla español y de que tampoco va a intentarlo.

La habitación es como la pidió mamá pero más pequeña. Es una especie de souvenir de la habitación original que aparecía en la Web. Una cama doble menos grande que la de mi casa. Un espejo de doble vidrio, de plano americano, colgado sobre la pared de la cama. Placares estándar, de dos o tres puertas, no tanto espacio de guardado. Aire acondicionado de varias frigorías pero no muy silencioso. Y todo huele a coco. Los toallones, las sábanas, las paredes. Un truco para convencerte de que al fin estás en el trópico, por si acaso costara creerlo. El baño es un poco mejor que la habitación. Tal vez tenga casi las mismas proporciones, y hay un jacuzzi individual bien al fondo, con cinco tipos de presiones de agua. Expendedores de shampoo y crema de enjuague que en principio huelen bien –¿a coco?– aunque tengan una textura oleosa no muy confiable. Las luces se encienden todas. Parecen los focos de un estudio de televisión. Blancos, violentos. El ventanal del cuarto es inmenso y vertiginoso. Un vidrio totalmente transparente, de gran grosor, sensible al ruido. Una gran porción de la ciudad, edificios de todo tipo de tamaño, está toda puesta detrás de ese vidrio, como si fuera un salvapantallas de Windows. Este vidrio aislante divide mi existencia de todo lo demás. Somos el vidrio laminado acústico, yo, y la nada.

Alicia se empezó a mover más ahora. Está queriendo comunicarse conmigo. Esto es lo primero que debería haber hecho desde que entré, pero me distraje. Le pido disculpas. Coloco dos roedores congelados en el microondas de la habitación. ¿Tres minutos será suficiente?

–Ya voy, eterno bebé. Presencia fantasmática. Trauma infantil.

Quieta del cansancio, ya te veo, aunque sea solo una interpretación. ¿Tenés hambre? ¿Cuánta? ¿Del uno al diez?

Le converso sobre nuestro viaje en avión. De lo sobrevivientes que somos. De lo importante que es que nos hayamos mantenido unidos después de todo. Apenas mueve la punta de la cola en señal de coincidir. Saco los roedores, que echan un humo tímido. Los humedezco, apenas, para generar una textura cierta. Abro la puerta superior de la caja y se los acerco con cuidado. Alicia avanza lento hacia mi mano. Veo cómo abre las fauces y en un puntazo impecable se los mete en la boca. Un orificio negro como la muerte, lleno de dientes pequeñitos y eficaces. La deglución lleva un tiempo divino. La miro comer. A ella no le molesta. Sé que a otras serpientes sí les molesta porque lo leí en el foro, pero por suerte a Alicia no. Soy un agradecido. Verla comer es una de las cosas que más me gusta, como mirar tu coche mientras le están cargando nafta, pero mejor. Mucho mejor.

Ahora estamos bien. Hay un relajo en el aire. Aunque todavía estemos extraviados, desfasados en nuestra propia realidad, algo vuelve en sí. Escucho que suena mi teléfono en el bolsillo. Es mamá. Me apena no haber podido llamarla todavía, no quiero que piense que soy un desagradecido. Un hombre inestable que no tiene conciencia de las cosas que hace y de cómo las resuelve. Y es mentira, porque consciencia tengo. Seguramente quiere saber si llegamos bien, y después va a querer hablarme sobre lo que pasó, o sobre Facundo. Siempre quiere que hablemos de su primogénito. Quiere que le dé mi parecer sobre las reuniones que tiene, sobre lo público que se está volviendo su perfil, sobre lo estresado que nota que está, sobre cuánto peligro podría estar corriendo sin saberlo, pobre ángel, con tan buenas intenciones; pero sobre todo va a querer hablarme de todos esos hombres que lleva mi hermano a la casa y se quedan hasta tarde, impidiendo que mamá pueda dormir. Pido perdón en voz alta, en este momento no puedo atender esta llamada.

Me guardo en el baño por un rato y me siento en una de las esquinas de la bañadera. Todo está más blanco que el mismísimo blanco. No hay bidet. Después me lavo las manos con agua tibia,

unos minutos. Respiro hondo. Empieza el ejercicio del relajo. Salgo y me arrojo en la cama no tan grande y abro el celular. Conecto el wifi del hotel y entro al foro solo por curiosidad, para ver si hay novedades. Y las hay.

Hola, tengo una culebra de agua, lleva conmigo 20 días, me dijeron que le diera ranitas, ya se las puse, pero no se las come. Y ya hasta las ranas se murieron y nada. ¿Qué puedo hacer? Me preocupa. ¡Gracias, gente!

¡Muy buenas tardes! Agradecería que alguien me indicara si es bueno volver a congelar los *pinkies* y ratones congelados que compro y que me envían por transporte urgente ya que cuando llegan, llegan prácticamente descongelados. Me dijeron en un par de establecimientos que no pasa nada mientras estén fríos, pero no sé si se ha roto la cadena de frío o no, y si eso puede ser perjudicial para mi *Lampropeltis*. ¿Algún entendido en el tema?

Ponga a la serpiente en el lugar donde la va a alimentar. Es importante que tenga un lugar donde alimentar a la serpiente que no sea su hogar. Si comienza a darle de comer en su hogar, al tiempo, cualquier cosa que entre a la pecera, digamos su mano, la puede llegar a ver como alimento y puede morder. Puede tener otra pecera o tanque, o incluso alimentarla en la bañera. Solo asegúrese de que no pueda escaparse por el drenaje. ¡Que tengan un gran año!

MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES (Antes)

Celeste piensa que todo podría resumirse en un mismo gran recinto. Que no es necesario que las criaturas estén separadas por cajas, jaulas y peceras. ¿Qué pasaría si estuvieran todas juntas detrás de un vidrio? Con lagunas artificiales, árboles incrustados dentro, arbustos, más arbustos, rocas también, arenilla, tierra, barro, por momentos llanura y mucho pasto, bien verde, y más arbustos. Temperatura oscilante, más fría hacia el anochecer, también artificial. Un amanecer naranja cada día, luces dicróicas, y un generador eléctrico por si acaso. Y ahí: las serpientes, los armadillos, las nutrias o vizcachas, los yacarés, algún que otro mamífero, tortugas de tierra y de agua. Y más allá, un acuario *extra large*, con criaturas de río, todas reunidas en una piscina sideral, arriba y abajo, con una extensión de cuadras y cuadras. ¿Cómo no se le ocurrió a nadie antes?

Celeste se mete al baño de damas para lavarse las manos. El calor está haciendo lo que quiere con ella. Se mira en el espejo. Podría estar mejor, pero también podría estar peor. El pelo finito, enrulado y rubio; los labios igual de finitos; los ojos más negros que hayan existido; la fuerte transpiración en las axilas propia del nivel de hormonas de una chica de veinticinco años, y en las tetas, y en los cachetes rosados. Se lava como puede, se pasa jabón líquido de baño público por todo el torso. Debajo de los brazos, la panza, el pecho. Se enjuaga. Lo hace apurada por temor a que alguien entre y la encuentre así, en pleno acto. Cualquier cosa que le ahuyente el olor va a estar bien. Después se enjuaga con agua bien fría. Ahora el aire corre de otra manera, ahora se siente mejor. Sale del baño y ahí está. Es la única habitante del Museo de Ciencias Naturales un día

de semana, a esta hora. El público normal tiene otro tipo de demandas que atender un martes. Pero Celeste no tiene ninguna. Desconoce lo que es que alguien le pida algo, que alguien espere algo de ella. Su madre murió, su padre también, no tiene hermanos, apenas una tía que vive en las afueras, casada con un tipo que apenas conoció, pero que se volvió a mudar, así que tampoco sabe del todo bien dónde está ahora. La rama familiar es algo que se desintegró ni bien Celeste asomó la cabeza para existir. Ella es el único eslabón de una dinastía que podría haber sido prometedora.

Entonces, a sus veinticinco años, hace lo que la gente de esa franja etaria debe hacer: estudiar algo para tener la mente ocupada. Trabajar, también, pero tampoco tanto. Puede vivir en el departamento que le dejaron sus padres, puede gastar módicamente el dinero de una herencia, también módica, que coincide con su poco margen de maniobra y con su tenue ambición. Pero tiene rutinas. Cursa en la Facultad de Arquitectura tres veces por semana durante el día, por ejemplo. Y los días de semana, a eso de las nueve de la noche, enciende el televisor para mirar el reality show que la acompaña, también, porque todos esos hombres y mujeres están ahí, transmitidos en vivo, contándose cosas. Acostados sobre el pasto de un jardín, opinan acerca de sus propios movimientos dentro de una casa, sobre qué les convendría hacer y qué no, sobre encender los cigarrillos que les quedan o mejor esperar a que la producción del programa les envíe más para no quedarse en cero. Sobre si tener mascotas o no tenerlas. Sobre desintegrar los vínculos que acaban de conquistar o dejarlos como están, a medio hacer. Sobre si desayunar proteínas o hidratos de carbono. Celeste se involucra ahí, en el cotidiano de todos esos extraños. Y los domingos vota a través del teléfono, para que esa concursante del interior del país se quede más tiempo en el reality. Hay algo en la cara de la chica que le parece amable y amistoso, que le hace acordar a ella misma. Cada vez que esa concursante comparte alguna observación lo hace con una gracia que, sinceramente, le saca una sonrisa. Y el conductor del programa, su existencia misma, también forma parte de la rutina semanal de Celeste. El tono de voz que tiene le llena el departamento de una especie de vitalidad remota. Pero ahora

Celeste está parada ahí, delante de la vidriera principal del serpentario. Las víboras que más le gustan son las boas constrictoras porque son demasiado grandes y gordas, como cables submarinos para internet. Cree ver tres ahí dentro, aunque podrían ser más, porque no entiende bien dónde empieza una y dónde termina la otra. Según el cartel indicativo del museo, se trata de boas hembras del centro del país, de selvas húmedas y sabanas inundables. Cada tanto, Celeste ve cómo sacan y meten la lengua, una y otra vez, finita y negra. Sacan la lengua, pero sin moverse apenas. Están puestas ahí para que las miren, como si supieran. Quizás saben.

Como si fuera una falla en la materia, en un instante un hombre entra en el hábitat recreado de las serpientes. Camina al lado de ellas. Está vestido con botas adecuadas y una camisa verde que indica que trabaja ahí, que sabe lo que hace. El hombre entra y se agacha. Celeste lo mira como si la verdadera atracción o anomalía fuera él. Como si no viera seres humanos todo el tiempo, en la calle, en el supermercado, en el subterráneo. ¿Pero un hombre uniformado dentro de un serpentario? Ve cómo les habla a las boas y arroja una especie de líquido sobre el pasto. Él no la ve a ella, pero ella sí lo ve a él. Celeste agacha apenas la mirada porque siente pudor. Quizás este sea un horario en el que no permiten visitas, pero en la entrada nadie le prohibió nada. Celeste tiene la sensación de que no debe mirar fijo a un hombre trabajando, como si fuera de mala educación, como si alguien, alguna vez, le hubiera inculcado eso. Entonces se corre hacia la pecera de al lado, donde debería haber una *Crotalus durissus terrificus* o cascabel, pero no hay nada. La pecera está vacía de animales, cargada de plantas y lagunas ínfimas.

Ahora es el hombre el que mira a Celeste. Parece sorprendido de que haya una visitante un martes a esa hora. La saluda con un gesto de media sonrisa, como si alguien lo hubiera atrapado con las manos en la masa. Celeste le devuelve el saludo. El hombre se retira hacia adentro, abandonando el serpentario por la parte de atrás. Celeste hace lo mismo. Sigue su camino. La conmoción de encontrar a una persona donde debería haber solamente atractivo natural la confunde. De algún modo, le quita las ganas. Da algunas vueltas

más en círculo, ya casi sin prestar atención a lo que ve, y decide irse. Camina hacia la entrada y muestra el contenido del bolso. El hombre de seguridad mira dentro y no ve nada sospechoso. Le agradece. Celeste se prepara para enfrentarse al calor criminal y sale caminando, sabiendo que tiene que hacer tiempo, que tiene toda la tarde por delante, y el día de mañana y el de pasado mañana también. Días libres y también vacíos. Tiempo completamente disponible. ¿Quién podría anhelar eso?

Camina hacia adelante como cualquier ciudadano de a pie, pero también podría caminar hacia atrás, como si alguien la estuviera rebobinando. Total, no hay nadie que le diga qué debe hacer y qué no. Pero igualmente camina hacia adelante porque va a sentarse en un café para pedir hielo con algún líquido alrededor. Si fuera una mujer desinhibida podría tener gente a la que llamar por teléfono para conversar un poco: sobre el excesivo calor de noviembre, sobre los últimos avances del reality, sobre las ganas que le nacen a veces de hacer algún viaje a algún lugar. Podría llamar a esa chica que usa el mismo peinado que ella en la facultad, o a ese chico que siempre la mira con un especial interés, sobre todo cuando está comiendo, no entiende por qué. O podría anotarse en un taller de algo para confirmar que tiene hobbies, que sabe lo que le gusta y lo que no. Pero no es el caso. Todavía no es una mujer desenvuelta. Más bien habla para adentro, como si estuviera encerrada en una caverna infinita que siempre se verá igual, del mismo color y la misma textura, hasta el fin.

Se sienta en el bar de la esquina del museo porque el calor la termina derrotando, aunque ella tampoco haya querido dar batalla. El clima es algo que acabará con la existencia, lo sabe, pero tampoco concentra demasiado el pensamiento ahí. Pide una botella de agua con gas y una jarra de hielo. La moza le trae el pedido rápido, con un desánimo evidente. La mixtura entre el gas y el frío revive un poco las apreciaciones de Celeste. Mira hacia el ventanal y le viene una ráfaga de optimismo, piensa que está bien lo que hace, que todo ese tiempo libre es tiempo de aprendizaje y que todo esto le servirá para algo. Y ahí nomás ve cómo se abre la puerta del local y entra el mismo hombre que acaba de ver en el serpentario. Está

vestido igual que antes, no se cambió la ropa, seguramente tendrá las suelas de los zapatos llenas de restos de hojas, de pasto, de lagunas artificiales. El hombre está muy acalorado, como todo el mundo. Ordena en la barra una limonada y se sienta al lado del ventanal, muy cerca de Celeste. Se centra en la pantalla de su teléfono celular como si fuera algo que hace siglos que no mira. Scrolllea y scrollea. A Celeste le llama la atención. Cómo puede un hombre habitar con la misma naturalidad una cafetería y un serpentario. La moza vuelve a llevar el pedido de manera urgente. Dentro del bar no hay tanta gente tampoco, así que no hay motivos para demorarse. Quizás haya dos o tres personas, además de Celeste y del hombre. Le da otro trago largo a la soda y los ojos se le llenan de lágrimas. Nota que el hombre la ve, un mínimo segundo en que despeja la mirada de la pantalla de su teléfono. La ve y se sorprende. Como si la conociera, aunque no la conoce, aunque sí. Es la chica que miraba la pecera de las boas un martes a las tres de la tarde. El hombre le vuelve a hacer el mismo gesto con la mano que le hizo en el serpentario. Celeste le responde y quita la mirada rápido. No quiere que su presencia en el bar sea un malentendido. Y aunque no lo mira más, igualmente sabe. Entiende el interés con el cuerpo. Después de unos instantes cargados de algo, Celeste nota que el hombre se levanta de su mesa con el vaso de limonada en la mano y se acerca a ella. La saluda con un ademán y una leve sonrisa. Ella hace lo mismo. Se queda parado y ella lo invita a sentarse, porque aunque no sea una chica desinhibida sabe que esas cosas se hacen así. El hombre acepta la invitación. Ahora solo se trata de quién dé más, y de quién se ajuste lo más posible a lo que sea que venga en suerte.

Al principio es incómodo. La charla no llega a ser todo lo que esperan de un intercambio entre desconocidos. Primero se preguntan si lo que tienen en el vaso es rico. ¿Qué margen de error puede tener una soda, una limonada? Él le cuenta que está en un breve receso laboral y que necesitaba hidratarse. La charla mejora. Ella le pregunta si trabaja muchas horas y él le dice que no, que son solamente turnos de seis, pero que muchas veces se queda más tiempo porque le gusta. Las horas extra no son un problema. Las

prefiere a estar solo en su casa. Porque vive solo, le dice. Ella le responde que también, y que igual que él, sufre del síndrome del exceso de tiempo libre. Que lo padece como si fuera un bloque muy pesado. Que su familia desapareció del cosmos pero que le dejaron la vida resuelta, que cualquiera podría envidiar algo así pero que en el fondo puede ser un tormento. Que no tener reales incentivos para confeccionar el futuro puede transformarte en un adorno, en un souvenir. Usa esas dos palabras. Al hombre le da gracia la comparación. La chica le parece ingeniosa. Se lo dice.

–Sos ingeniosa. –Y ella le responde que gracias, y se sonroja–. Me llamo Simón, ¿y vos?

–Yo, Celeste.

Él le responde que le parece un nombre extraño. Que ya casi nadie se llama así, y menos las mujeres de su edad.

–Porque tenés algo así como veinte años, ¿no?

–Veinticinco –responde ella–. Pero pronto cumpla veintiséis.

–Yo tengo cuarenta y dos –dice él, deseando tener menos años o las agallas para mentir. Pero no las tiene. Ni el coraje ni la juventud.

Después de unos instantes, los dos se quedan mirando la pantalla de un televisor que cuelga del techo del bar. Están pasando un programa de chimentos en el que tres mujeres de cabello planchado conversan en sillones individuales rojos. Una de ellas levanta mucho la voz. No lo saben porque el televisor apenas se escucha, pero lo adivinan, porque las venas del cuello de la mujer se ponen del mismo color que su sillón. Simón dice que esa mujer siempre grita, y Celeste le responde que es cierto. También le dice que no esperaba que él mirase ese programa, y él le responde que sí, que suele encenderlo cuando vuelve del museo, mientras se prepara té negro con algo dulce y sólido para ahuyentar el hambre. Ahora es otra mujer la que toma la palabra en el set televisivo. Habla largo. Tiene mucho para decir. Seguramente esté inventando más de la mitad del relato. Casi siempre habla de vidas ajenas, de gente con dinero y fama que atraviesa paisajes con cierta cantidad de hijos y zapatos de un solo uso. Después se van a un corte comercial, entonces Celeste y Simón quitan la vista del televisor porque ya no hay nada

ahí. Celeste dice que debería irse porque tiene que regar las plantas y leer unos apuntes.

—¿Apuntes de qué?

Ella le cuenta que está estudiando Arquitectura porque la estructura de las cosas es algo que siempre le interesó. Él le pregunta que a qué se refiere con la estructura de las cosas, y ella le dice que es un poco larga la respuesta y que prefiere dejarla para otro momento.

—Me parece bien. No te retengo más.

Celeste pide la cuenta y Simón no la deja pagar. Celeste insiste. Paga su soda y Simón su limonada. El programa de chimentos está terminando. La placa de créditos cae sobre las tres mujeres en los sillones rojos. Ellas aplauden, evidentemente al ritmo de alguna canción. Nunca cierran el programa con la misma. Van cambiando. El canal tendrá algún tipo de contrato con la industria musical, porque pagar el derecho de cada una de esas piezas debe costar una fortuna, piensa Celeste. Después le dice a Simón que fue un placer conocerlo, sobre todo descubrirlo dentro de un serpentario cargado de boas.

—O lampalaguas —la corrige él. Celeste sonríe.

Antes de abrir la puerta del bar, Simón le pregunta si puede llamarla y ella le responde que sí. No es que se sientan atraídos. Es más bien una fina curiosidad de saber si de ahora en más podrían ocupar sus pensamientos —o aunque sea parte de ellos— el uno con el otro.

SARITA

Me quedé pensando en esto: que lo que a simple vista parece curioso por la vida de la gente, o en otras palabras *cotilleo*, casi siempre suele ser otra cosa. Una distracción o, más bien, un rescate. ¿Hay alguna información ajena que pueda salvar nuestra propia vida? Puede que sí. No la vida entera, pero sí una parte de nuestro mundo simbólico. Aunque sea algunas horas, los minutos que faltan para que el día se termine y empiece milagrosamente otro. Otro día de semana en el que tengamos una nueva curiosidad acerca de esa chica que camina tan lento, o de aquella otra que todo lo contrario, o de aquel hombre que habla solo todos los días en el mismo bar, o sobre los hijos de aquel matrimonio que se detesta. Toda información sobre terceros es un gran trago de agua que al rato se desvanece. Que si compré a Alicia en el mercado negro, que hace cuántos años la llevo conmigo, que si tengo miedo de que me la saquen, que si alguna vez intentó mordirme, que si tengo serpientes desde chico o es algo que contraí de adulto, que si estoy lo suficientemente al tanto de cuán mortal puede ser una mordedura suya atendida a destiempo, si tuve alguna otra mascota antes, que cómo la alimento y cada cuánto, que cómo es su cautiverio, o cómo es mi departamento de dos ambientes en Buenos Aires, que si mi familia convive bien con Alicia, que si tengo familia, que por qué no tuve hijos, que si acaso no los tuve porque la serpiente reemplazó cualquier tipo de impulso amoroso, que si tengo pareja o al menos amigos, que si voy con Alicia a todos lados o solo a lugares por trabajo, que a qué me dedico o cómo me gano la vida.

Me gustaría poder responderles una por una todas sus inquietudes, pero apenas los conozco y no puedo ni quiero suavizarles la vida.

Yo estaba más flaco antes. Comía menos. Lo único que tenía que hacer durante mi jornada de seis horas en el museo era remover el sustrato del terrario principal con la cara medio escondida dentro de un pañuelo, para evitar inhalar partículas que pudieran enfermarme. Pero no siempre tuve ese tipo de precauciones. Después de dos años de trabajar ahí me fui olvidando. A nadie le importaba si yo era lo suficientemente responsable con mis vías respiratorias. Mi presencia podía ser insignificante. No me apena reconocer eso. Sé quién soy, sé cuándo estoy significando y cuándo no. Ni bien entré al museo me salió una comunión de granos con pus por toda la cara y algunos pelos en la zona de la barbilla que no terminaban de tomar decisiones. Intentaba no mirarme en ningún espejo porque el reflejo me hacía pensar en detalle acerca de mí. Trabajaba solo y cuidar mis pensamientos era algo igual de imperioso que cuidar el serpentario principal. Las boas eran lo máspreciado y gelatinoso del museo. Teníamos cuatro hembras de casi tres metros cada una, del tipo *Constrictor occidentalis*, de cuerpo amarronado con manchas amarillentas. Machos no teníamos en esa época. Podían ser más chicos y estáticos que las hembras y esas cualidades no ofrecían altos rendimientos. Pero, además de granos, yo tenía entrega y talento. Las boas confiaban tanto en mí que ni bien me veían aparecer se enroscaban alrededor de mis tobillos para darme afecto –dicen que no está comprobado que eso sea afecto, pero para mí lo era–, algo que el resto de mis compañeros, incluso los herpetólogos, no lograban –o no queríanentender. Yo era algo así como un encantador de reptiles atrapado en el cuerpo de un civil esquivo y desanimado.

Hubo una boa constrictora o lampalagua con la que conecté especialmente: Sarita. Llegó al museo un invierno y estaba gestando desde antes. La habían encontrado en una zanja profunda al costado de una ruta de doble carril. Era gris y amarronada con manchas más claras que se iban difuminando hacia la cola, y un leve tono rojo le cubría el cuero, algo anómalo, una novedad. Hasta ese momento, nunca había visto un ejemplar así, de tonos otoñales. Era una de las lampalaguas más lindas que había visto en mi vida. Ni bien llegó se hablaba mucho de sus colores, si eran naturales o habían sido el

resultado de alguna antigua intoxicación. Nunca lo supimos realmente. Los colores de Sarita estaban en Sarita y nunca se fueron. Era la dama roja del museo.

Las contracciones empezaron temprano un jueves. Me di cuenta porque la vi sacudirse dentro de su caja. Me acerqué a mirar sin interrumpir ni incomodar. Sarita era la boa más tímida del grupo y todavía necesitaba tiempo para entrar en confianza. Yo nunca antes había visto un animal parir y sabía que esa curiosidad podría salvar mi cabeza por mucho tiempo. Preparé una taza de café en la cocina y me senté cerca suyo en la enfermería. Le dije que todo iba a estar bien, aunque eso no le significara nada. Eran las seis de la mañana. Faltaba una hora para que llegaran los demás especialistas y me di el lujo de no darles aviso. Le conversé. Le conté cosas. Sarita no dejó nunca de sacudirse, pero algo me decía que mi compañía estaba cooperando en algo. No pasaron más de veinte minutos cuando empezaron a salirle los bebés, recubiertos de esa película líquida y viscosa parecida a la manteca derretida. Sarita se hinchaba y se deshinchaba como un corazón extracorpóreo. Fueron surgiendo bastante rápido y como en un truco de magia las treinta crías. Algunas se movían más que otras, alrededor de la membrana. Y pensar que no tenían padre, no lo necesitaban, la condición de vivíparas las hacía libres. ¿Para qué queríamos tener boas machos en el museo, entonces? Conté treinta y cuatro hasta que el proceso pareció detenerse del todo. Sarita se veía agotada. No se movía. En cambio sus hijas sí.

Unos minutos después, separé a las crías del entorno de Sarita. Había que cuidarla del estrés y ayudar a su recuperación postparto. Las serpientes desconocen el cuidado parental. No necesitan alabar a sus crías, ni limpiarlas, ni reconocerlas. Una vez que nacen, las hijas forman parte de este mundo de forma independiente y aprenden a sobrevivir. No hay padre, tampoco madre, solamente un mundo que se abre paso.

Ya para ese entonces eran más de las siete de la mañana y empezaron a llegar al museo los tres herpetólogos que trabajaban en el laboratorio y en la enfermería. Las crías no estaban a mi cargo, así que tuve que irme. Supe que se las llevaron a una incubadora en

la que iniciarían el proceso de alimentación y de atemperación cuanto antes, porque las crías llegaban a este mundo con hambre y con un poco de frío. Pero Sarita sí estaba a mi cargo. Cuando volví al serpentario la vi inmóvil después de haber parido treinta extrañas. Hice lo posible por resguardarla de la luz y le hablé. Sabía que esta compañía más bien sonora le hacía bien. Lo sabía porque cuando le hablaba movía apenas el cuerpo cansado, como dándome la razón. Le hablé sobre mi nacimiento. Lo poco que sabía a través del relato de mi madre. Que había nacido con cuatro kilos doscientos y que el médico había dicho que estaba muy amarillo. Que entonces tuvieron que ponerme debajo de una lámpara por un tiempo, para que bajara la ictericia. Que a mi madre eso no le había preocupado porque en esa época era algo común. Los niños nacían amarillos, decía. Y que yo era muy parecido a mi padre, que en ese entonces ya se había ido de casa, y que eso a mi madre le traía malos presagios. Pero que aun así intentó retener el recuerdo: que mi cuerpo tan parecido al de él ahora podía ser algo amable. Que estuvimos en el hospital dos días con mi hermano Facundo, que en ese entonces tenía cuatro años, hasta que me puse del color que tenía que tener. El amarillo desapareció y nos volvimos a casa. Mi mamá estaba sola, pero cada tanto venía su hermana a ayudarla. Que yo lloraba mucho, sobre todo de noche, como si supiera algo que los demás no. Que me quedaba mirando el techo por mucho tiempo, como si ahí también hubiera otro tipo de información. También me contó que me gustaba mucho que me hablaran, que me contaran sobre el clima, sobre dramas bélicos, incluso sobre economía y política nacional e internacional. Que mi madre había sido un poco vivípara también. Que no había habido necesariamente un hombre que definiera mi existencia en este mundo. Entonces Sarita se fue quedando dormida. La quietud era extrema. Estaba agobiada, sí, pero mi relato la había enternecido. Ahí era cuando su metabolismo se ralentizaba y su actividad cerebral cambiaba. No hay evidencia científica que asegure si las serpientes sueñan, pero yo estoy seguro de que Sarita soñaba. Incluso más que sus compañeras, que dormían lo mismo. Pero Sarita dormía concentrada, como si estuviera resolviendo un enigma.

Desde ese día en adelante, mi vínculo con Sarita se constituyó distinto al de las demás. Se acercaba a mí en diversos momentos del día y yo sabía que tenía que quedarme cerca de ella para hablarle. Y entre mis turnos de seis horas, y otras veces que me quedé tiempo extra, le narré toda mi vida. Desde que nací en adelante. La escuela primaria, la secundaria, la confusión. Hasta que cumplí los años suficientes y entré a trabajar al museo. Hasta ese entonces nunca le había contado mi vida entera a nadie. Nunca pensé que esa información pudiera acompañar o hacer dormir. Estoy seguro de que a Sarita sí. Hasta los herpetólogos me lo confirmaron. Que Sarita tenía una especial devoción por mi presencia y que mi partida, si es que algún día me fuera, podría ser difícil para ella. Según uno de ellos, aunque no esté comprobado, las serpientes se enojan, se angustian, anidan sentimientos que les pesan. Y en esa época entendí, de forma más bien gradual, que yo quería tener y amar a una serpiente.

Al mes nos notificaron que Sarita se iría. La trasladarían a otro país para estudiarla y no podíamos hacer nada para evitarlo. Yo no pregunté mucho más. No estaba bien visto encariñarse. ¿Qué sería de su vida ahora? ¿Y de la mía?

Hay días en que veo a Sarita en algunos gestos de Alicia. Aunque sus cuerpos sean tan distintos, incluso su carácter, su hambre, su forma de dormir. Pero ahí está. Sarita me persigue, también, y yo a veces la persigo a ella. Se mueve lenta y pesada por el suelo sobre el que estoy parado, o incluso en mis sueños, como un telón de fondo para que no la olvide. Y lo bien que lo hace. Si yo fuera ella haría lo mismo.

Ya es tarde y se me cierran los ojos. Tengo un cansancio que se parece al agotamiento. Es que no es para menos. Creo que subestimé el hecho de que soy una especie de sobreviviente. Nadie debería pasar por ese tipo de turbulencias en el aire. Nadie. ¿Qué se creen que somos? ¿Pulseras?

Me acuesto en las sábanas recién puestas. Están blancas, rígidas, y no tienen olor. Como si eso fuera posible. Recostado en las sábanas inodoras llamo a mamá. La única mujer que realmente entiende.

—Hola. Sí, soy yo. Estamos bien. Fue difícil. Pero ya está. ¿Vos? (...) Bueno, menos mal. ¿A qué hora llega Facundo? Bien. Podés irte a dormir entonces. No, mamá. Fue terrible. Pensé que nos caíamos. Bah, no lo pensé, lo supe. Nos caíamos. Pero en un momento ya no. En un momento algo se acomodó en el aire. (...) No, no te puedo asegurar que nos caíamos, pero nos caíamos. Y Alicia allá abajo. Tan sola. Dios. ¿Yo? No, no estoy llorando. ¿Qué te hace pensar eso, mamá? No llegué a comer tampoco porque se me cerró el estómago. Y eso que fue un vuelo corto. Pero para mí fue el viaje más largo de mi vida. Sí. De mi vida entera. (...) No. Pero una mujer me ayudó. Sí, no sé quién era. Se llamaba Soledad. Era más bien joven, apenas unos años más que yo. Tenía un aire a Celeste. Sí, a Celeste. (...) Bueno, perdón. No me dijo en especial nada, no. Me empezó a explicar en detalle cómo funcionan los aviones, cosa que yo ya sabía pero de una forma más bien abstracta, como algo en lo que no pienso nunca. (...) Claro. Y ella me habló del cambio climático, y sobre los entrenamientos de los pilotos también. Lo importante es que nunca perdió la calma. Nunca llegó a pensar realmente que nos caíamos, aunque nos caíamos. (...) No. Yo digo eso, pero no estoy seguro. En mi cabeza nos caíamos. (...) Sí. Amable, la mujer. Después en tierra nos cruzamos, pero la perdí de vista. Lo único que pienso es qué le contará a su familia o a sus amigos. Sobre ese pobre tipo que tenía tanto miedo, con las piernas estiradas como si eso lo ayudara en algo. (...) No le cuentes esto a Facundo. Por favor, mamá. (...) Sí, voy a pasarla a la jaula porque acá hace muchísimo calor. (...) Ya comió. Tenía hambre, sí. Yo casi nada. Supongo que voy a dormir una siesta porque todavía me tiemblan un poco las piernas. Por momentos se me va, pero después vuelve. (...) No. No tengo idea. Sospecho que me voy a quedar todo el tiempo que pueda. Cualquier cosa que veas o que escuches, me avisás. Estate atenta, mamá. Alicia te manda un beso. Chau. (...) No te olvides de cerrar el gas cuando te acostás. Chau, mamá. No me llames por cualquier cosa. Acordate. Llamame solo si escuchás o si ves algo realmente importante. ¿Está bien?

EL CUERPO

Esto no es habitual. Dos mujeres paradas debajo de una luz de tubo blanco mientras alrededor nada se mueve. La médica forense las escruta con la mirada de la poca paciencia. Probablemente ya estén corriendo sus horas extra y el hospital no se las esté pagando hace meses. Se rasca la nariz con el dorso de la mano como puede. Sus guantes de látex no deberían entrar en contacto con nada más que con el cadáver, por eso le cuesta. Aldana no hace preguntas porque entiende que sería robarle el tiempo a esta mujer, pero si pudiera, diría: ¿es estrictamente necesario que seamos nosotras las que hagamos el reconocimiento? O le contaría sobre el profundo terror que le causa no poder borrarle de la cabeza esa imagen nunca más en su vida, que eso que esté a punto de hacer sea la fabricación de un trauma imposible de arrancar. Acompañaría esos comentarios con un tono lacrimoso, haciéndole juego con el peinado mal hecho que se dejó en el pelo esta mañana. Dejaría notar sus ojeras, más azules que la semana pasada, del insomnio despiadado que se le aferró desde el día en que su olfato marcó a fuego ese olor. En un impulso que no medita, agarra la mano de Gina y no la suelta. La médica toma la palabra.

—Yo sé que ni bien entraron les dije que podían tomarse su tiempo, pero creo que esto ya excedió.

Gina muestra una leve sonrisa, pero Aldana no entiende bien cuál sería la reacción adecuada. Gina le hace un gesto con la cabeza a la médica de que puede proceder. Gina no necesita hacer demasiado esfuerzo para transmitir lo que desea. Su cara es expresiva. Podría haberse dedicado al teatro, al clown, pero nunca le interesó. Lleva el pelo envuelto en una gomita de lycra, y un peinado alto y mal hecho, lleno de rulos enormes y canosos que adorna también ese

aire de mujer con miles de caras. Tampoco se arregló demasiado para esta situación. Son las siete de la mañana y la temperatura ya marca más de veinticinco grados con una sensación térmica aún mayor. Gina hace ese gesto imposible de describir pero que significa: no lo consulté, pero asumo que las dos estamos listas para hacer el reconocimiento, aunque sepamos que tal cosa es bastante imposible porque el estado del cadáver es de avanzada descomposición.

La médica destapa el cuerpo al fin. Deja al descubierto primero la cara de Celeste, y después el cuello y el comienzo del torso. Se la ve fría, aunque sea imposible saber si realmente lo está. Tiene la tonalidad de un cubito de hielo azulado, o de una bolsa de gel frío para contracturas. O algo en el medio de esas dos cosas. Aldana aprieta con más fuerza la mano de Gina y ella se deja. Algo acaba de unir las para siempre. De ahora en más serán *La propietaria y la portera*.

La médica forense no emite ningún juicio. Sigue teniendo la actitud de una civil que cumple su función de trabajo y cuenta los minutos para irse a su casa. En teoría, estuvo trabajando toda la noche y el cansancio ya la marea. Aldana lleva puesto un conjunto deportivo de ninguna marca en específico esta vez. Una tela de buen calce que le afirma algunas partes del cuerpo. Quisiera tocar el cuerpo de Celeste para evaluar si realmente está tan frío como parece. No le alcanza solamente con mirar. Eso que está delante de ella podría ser una obra de arte. Una pieza encontrada en algún lugar lejano, bien al norte de algún país, en una porción de tierra que no ve la luz hace un siglo. Pero la médica fue contundente. El cadáver no se puede tocar, excepto que sea por un profesional asignado, con guantes de látex asignados, con una orden judicial asignada también. El mapa infinito de la asignación.

—Lo que no me queda claro es por qué está así —dice Gina, en voz baja. Totalmente atónita con lo que ve.

La médica dice que ellos tampoco lo tienen tan en claro. Lo cierto es que el cuerpo de Celeste entró en un grado de desintegración desmedido, como si hubiera sido engullida por una criatura unos meses atrás. El estado de su cuerpo no guarda relación directa con el tiempo que lleva muerta.

–¿Hay alguna forma de que tengamos esa información? Quiero decir, de qué le pasó –insiste Gina. La médica niega con la cabeza mientras mira a Celeste también. Dice que esa es información de la causa y que ella no está autorizada a decirles mucho más que lo que ya les dijo.

–Pero no nos dijo nada –dice Gina, con un calor evidente–. Si nos piden que seamos las que reconozcan el cadáver, por el simple hecho de ser ciudadanas sin opción, mínimamente podrían informarnos por qué está así. Hay algo que no se condice. ¿Fue baleada, electrocutada adrede, acuchillada? ¿Hay forma de saberlo según como está el cuerpo hoy?

La médica forense repite lo mismo, como si fuera una grabación: ella no está autorizada a dar esa información.

–A mí no me interesa si usted está o no está autorizada, nosotras fuimos las que encontramos a la chica en la bañadera, lo mínimo que pedimos, desde la humanidad, porque tenemos humanidad, es que nos digan qué fue lo que le pasó, o más o menos qué pudo haberle pasado. Alguna sospecha, alguna intuición. De todas estas opciones que le digo, ¿cuál es la más posible?

–Es muy difícil analizar este cuerpo. Yo nunca me había encontrado con una situación así –responde la médica–. Y eso es todo lo que voy a decir.

–¿Qué es lo que necesitan de nosotras? –pregunta Aldana ahora, en el intento de desligar un rato a Gina.

–Si están de acuerdo en que este es el cuerpo de Celeste Blum, solamente vamos a necesitar que nos firmen un consentimiento. Ese documento será vital para que el fiscal pueda avanzar en el caso.

–Entonces lo que aportemos hoy nosotras es vital –sugiere Gina, un poco más contrariada que antes.

–Así es –responde la médica.

–Y si somos vitales, ¿por qué se nos niega información para que, al menos, tengamos un panorama en nuestro inconsciente y podamos irnos con algo, una miniatura esperanzadora, algo con lo que podamos respondernos cuando nos ataque la paranoia o la ansiedad?

La médica no sabe bien cómo responder a un reclamo tan certero

y, a la vez, tan por fuera de la norma. Les ofrece un vaso de agua y ellas niegan. Entonces dice:

–La autopsia todavía no arrojó datos certeros y la evidencia encontrada en el lugar de los hechos no es suficiente como para establecer apenas una hipótesis de la causa de muerte. Aunque quisiera, no podría inventarles un escenario que todavía no tenemos. Pueden mantenerse cerca del caso y cuando haya algún avance, serán las primeras en saber.

–Qué cosa espeluznante y burocrática –dice Aldana, en voz baja también.

Hay algo de hablar en sollozo que no dejan de hacer, como si tuvieran que respetar el sueño de Celeste.

A Gina ahora le tiemblan las manos. El nervio pudo con ella, aunque parecía que nada podía. El olor a productos químicos que hay en la habitación y la humedad que ya forma pequeñas nubes en el ambiente hacen que Gina tambalee. La médica le pregunta si se siente bien, si prefiere sentarse. Gina le dice que sí, que le gustaría sentarse, pero no al lado del cadáver. Gina tiene el mismo color que Celeste ahora. El cuerpo se le va hacia abajo, como imantado por la gravedad. La presión se le baja. Gina se desvanece en cámara lenta, como algo que no pesa, una bolsa vacía, un papel. Ni la médica ni Aldana saben bien qué hacer con Gina. Una mujer enojada y debilitada a la vez. Una mujer que ocupa espacio suficiente, además, y sin sillas ni banquitos cerca. La doctora sale de la habitación en un apuro desmedido, y Gina se recuesta en el suelo, con un poco de asco, pero sin mucha opción. Apoya las manos del lado del dorso y su cabeza encima, como si fuera su propio almohadón. Aldana le pregunta si está bien, y Gina le responde que sí, que por supuesto, que qué esperaba. Desde el suelo, Gina insiste:

–Hay algo que no nos están queriendo decir.

–¿A qué se refiere, Gina?

–No sé, no sé. A algo.

En ese instante vuelve la médica con una silla plástica blanca, de estilo bucólico, de mesa para un asado de amigos. También trae una lata de gaseosa fría. La abre como puede, en un apuro médico, como de salvar vidas. Aldana ayuda a Gina a levantar la cabeza para

beber un trago. Ella hace caso. El gas le llena los ojos de lágrimas y el color le vuelve a la cara demasiado rápido, como si hubiera estado esperando para aparecer. Gina atina a decir algo, pero las palabras no terminan de formarse. Lleva un tiempo todo esto. Tomar gaseosa en el suelo de una habitación de la morgue judicial. Nada de todo esto que pasa se le ha vuelto hábito a cualquiera. Reconocer cuerpos en días de semana.

Finalmente, Aldana tuvo su tercera cita con ese hombre un día después del hallazgo del cuerpo. Necesitó contárselo a alguien con lujo de detalle y el teléfono del hombre estaba ahí, tan a mano. Pero quería contárselo a alguien diverso. A alguien que no estuviera necesariamente en su círculo íntimo. A alguien que estuviera a punto de entrar a su vida, o no, que estuviera ahí, detenido en el marco de la puerta. Se encontraron un miércoles cerca de las ocho de la noche en una cantina. Era la tercera vez que se veían y traían menos nervios ya. Hablaron de cosas pero de nada hasta que pidieron dos platos de comida para compartir. El hombre llevaba puesto un reloj pulsera detenido y ella, las mismas calzas que el día anterior. Algo la había imposibilitado a la hora de arreglarse o de perfumarse. La falta de ánimo. Después de que llegó la comida, Aldana empezó el relato, fingiendo que se le había cruzado el pensamiento sin querer. El hombre prestó especial atención y eso conmovió un poco a Aldana. Entonces fue generosa en los detalles. Intentó describir ese olor otra vez y quizás lo logró un poco más que antes. Narró la llegada de la policía, la pesquisa dentro del departamento. El interrogatorio de horas dentro de su departamento. La falta de hambre después, el insomnio. El hombre quedó perplejo. Totalmente tomado por el relato. Perdió el hambre él también, eso sí. Las ganas de devorar un plato de pastas se le desvanecieron en el aire, pero no el ímpetu. Aldana dio por terminada la anécdota, pero el hombre no. Él hizo todas las preguntas que pudo y más. Después pagaron la cuenta y se fueron a la casa de Aldana. Durmieron juntos. Él la abrazó toda la

noche. A la mañana siguiente, le pidió que le fuera contando los avances sobre el caso. Ella le prometió que lo haría.

Ahora Gina le da otro trago a la gaseosa de lata, sentada en la silla de plástico. Ya se siente mejor. Mira a su alrededor:

–Dije que prefería no sentarme cerca del cadáver.

Ni Aldana ni la doctora le responden.

VITAMINA D

Durante el almuerzo del hotel llamé exhaustivamente por teléfono a mi hermano, pero no hubo caso. No atendió. ¿Puede un adulto sentir que lo olvidaron? Terminé el café, que me pareció muy bueno, y abandoné el salón plagado de gente dispuesta. Sentí crecer la rabia como si fuera un fósforo que funciona. La cabeza me empezó a latir. Mi hermano ya no me necesita. Ahora tiene un séquito de hombres nuevos con los que poder hablar. Dejo a Alicia en su caja, bajo el aire acondicionado, y decido salir a la calle. La habitación del hotel ya no se ve como lo que es: una fuente de placer.

Bajo por el ascensor, un cubículo dorado solamente para mí. Empiezo a relativizar para que me bajen las pulsaciones. Nada es tan grave, me digo. Vamos a estar bien. Siempre. Pienso que nadie valora del todo que los viajes en ascensor a veces puedan ser en soledad. Uno baja hacia el centro de la Tierra, a una velocidad más bien lenta, mirándose en un espejo limpio. Uno camina por el vestíbulo del hotel hacia la salida, ahí donde está lleno de hombres vestidos con trajes de época que abren las puertas a tu paso. Uno saluda en castellano pero también puede fingir un poco el portugués. El atractivo principal de dormir en hoteles es que uno nunca es quien realmente es.

Avanzo en ojotas y pantalones breves por una calle ancha, cementosa, por momentos amarilla también. Al principio el sol de esta ciudad no parece hiriente. Parece estar ahí para embellecer los estados de ánimo, para cooperar con la síntesis de la vitamina D. Camino porque dicen que después de un vuelo hay que caminar, hay que ayudar a la sangre a rehacer su camino ahí dentro. Y también me muevo porque estoy en una ciudad desconocida, por el afán de recorrer, para generar la anécdota, y porque evidentemente tengo

mucho tiempo libre por delante y, por ahora, ningún apuro por resolver.

Miro otra vez la pantalla de mi teléfono y sigue sin haber noticias de ningún tipo. En otro momento me hubiera alarmado, hubiera transpirado un poco ya, a esta altura del día, pero esta vez no. Si mi hermano tiene otras prioridades por algo será. Decido que las retiradas ajenas son pequeños ahorros. Que este día liberado será una ganancia que finalmente me corresponde. Doblo en una avenida. Parece que hubiera solamente mujeres en este recorte del mundo. Las hay con vestidos largos, sobre todo, enlazados a la cintura, en telas suaves y poco sobrias. Color crema o manteca, verde, azul, de repente rojo. Las hay con el cabello atado, bien alto, para despejar del todo la nuca. También hay algunas con cabelleras sueltas que se mueven de derecha a izquierda, al ritmo del viento, o no, viento no hay, más bien con la fluctuación de la caminata misma. Las hay de todos los colores y formas, como la góndola de una frutería. Muslos amplios, muslos más o menos trabajados, cinturas afinadas que desembocan en caderas importantes, tobillos tallados, pies angelados. Tienen caras de goce. El verano las pone así. Les suaviza las facciones, les humedece los pómulos, parece que están desnudas aunque no lo estén. Por momentos me gustan, y por momentos también las odio.

Allá va un hombre, el primero que veo afuera del hotel. Lleva lentes de sol y está casi pelado. Camina detrás de una mujer que quizás sea su pareja, o su amiga. Están los dos acalorados. Quizás hace horas que estén caminando. Deben ser turistas, igual que yo. ¿Qué otra persona, en su propio territorio, caminaría sin rumbo porque sí? Por el simple placer de observar las puertas de las casas, el grosor de los edificios, la flora que sale eyectada de aquellas plazas públicas.

Según el mapa de mi teléfono, faltan solo dos cuadras para hundir la nariz en la playa. No termino de entender si es lo que realmente quiero. Aparentemente sí. ¿Qué estará haciendo Alicia? ¿Quién sería yo sin este pensamiento recurrente?

Dejen de fingir. La playa no es necesariamente un lugar divertido. Todos esos cuerpos sucios de arena y sal, ¿quién querría

desembocar en algo así? Me viene una especie de arcada, es más fuerte que yo. No sé si es el golpe de calor o el rechazo, pero yo quería estar acá. Lo terrible de la náusea es la potestad que tiene, por eso mismo abandono la idea de mezclarme con todos los demás y me siento en un bar que tiene un logo inmenso de dos anclas flúor cruzadas entre sí. Puedo seguir espiando la diversión ajena desde acá –que sigo sosteniendo que tiene una cuota de fingida–, porque es imposible disfrutar en estado continuo, también hay que tener descanso y apatía. Es imposible no discontinuar lo alegre.

Una camarera semidesnuda se me acerca sonriendo y me pregunta si sé lo que quiero. No sé a qué se refiere, porque la pregunta tiene una contundencia que no parece coincidir con lo intrascendente de beber o de comer. No logro mirarla a los ojos, en cambio, me pierdo en su ombligo. Me pregunta si quiero seguir pensándolo y le respondo que no. No es lícita tanta desnudez en un ámbito de trabajo. Me parece que huele a shampoo. Estoy casi seguro. Me pido la bebida típica de lima y la chica se retira. No llego a generar contacto visual alguno y dejo que mis lentes de sol escondan lo que haya que esconder. La música del bar insiste, esa bossa nova cantada en susurros. Las camareras se gritan entre sí para ser oídas. Una exige la comanda y la otra aprueba o desaprueba. Puedo verlas desgañitarse. Aceleran las voces, semidesnudas. No es lícito trabajar así, pero yo no soy quién para clamar por el derecho de ninguna trabajadora.

Me doy cuenta de que la posibilidad de haber quedado desligado para siempre del museo me angustia. Que acaso haberle otorgado un permiso ilusorio a un empleado histórico haya sido una forma sutil de quitárselo de encima. Las instituciones saben lo que hacen, los grandes espacios están hechos del vacío que dejó la gente incompetente, según criterios exclusivos.

Bebo de a sorbos, no vaya a ser cosa que el alcohol me ponga en lugares en donde no quiero estar. Ya son más de las cuatro de la tarde y las familias tipo descansan sobre sus esterillas. Abandonaron las reposeras porque prefieren dormir. Las sombrillas siguen abiertas, pero ya nadie las usa tanto. Hay de todos los colores. Un maremoto de pigmentación entre fragmentos de arena. Celestes,

verde manzana, amarillas, paletas combinadas, algunas traen impresos logos de grandes marcas, traen pintitas o lunares, cuadrados, hay impresionistas y abstractas. Encuentro que la más original es una totalmente blanca, sin ninguna otra presencia más que esa ausencia de color. La pureza toda derramada en ese objeto ahuyentador del rayo de sol. ¿Quiénes estarán ahí debajo? ¿Quiénes serán los dueños de tamaña delicadeza?

El museo, el abandono, mamá, las cosas que hice, y también las que no hice. Son ideas fijas que enferman, sin dolor y sin fiebre. Pasa una hora, quizás más, miro un punto fijo, o varios puntos fijos. No sé. No debería dejar sola a Alicia tanto tiempo, pero ahora mismo no puedo con todo. La misma camarera de antes se acerca para preguntarme algo que no llego a entender. Ni por el idioma, ni por el ruido ambiente. Por las dudas le respondo que no y me mira con sorpresa. En algo la decepcioné. ¿Qué querría? Se aleja rengueando, como si le doliera una pata. Bostezo y cierro los ojos. Ni bien los abro de nuevo, ahí la veo. La mujer que me rescató la psiquis en el vuelo de llegada.

Se saca los lentes oscuros para mirar el menú impreso en la puerta del local. Está parada muy cerca de mí, pero no me ve. Por un segundo pienso en saludarla, decirle que acá estoy. Hacer una buena broma, un guiño a nuestra proeza de vuelo. Pero no se me ocurre nada. La verdad es que no me estoy sintiendo bien. No voy a poder hacerle bromas a una extraña en este estado. Dejo pasar la idea y fijo la mirada en el mar otra vez, que sigue yendo y viniendo, como una persecución. La camarera semidesnuda me trae otra caipirinha llena de decoraciones: tres sombrillas miniatura de papel, dos palos fluorescentes para mezclar las rodajas de lima, una especie de guirnalda alrededor del vaso. ¿En qué momento se la pedí? Juraría que no lo hice. Soy la persona que más llama la atención en este instante en el bar de las dos anclas y ahora estoy seguro de que no quiero saludar a nadie. Ahora sí me quiero guardar para mí. Me arrepiento de haber considerado saludar a mi salvadora. Pero por supuesto, como sucede en estos casos, mi salvadora gira el torso y me ve.

—¿Simón? ¿Es usted?

Hago de cuenta que no oigo mientras sorbo profundo mi caipirinha. Ella se para enfrente de mí y anula toda mi visión hacia el mar.

–¿Se acuerda de mí? ¿Del vuelo traumático?

La miro fijo. Prefiero que piense que tengo un problema cognitivo, o incluso oftalmológico, pero finalmente digo que sí, que cómo olvidarla si me salvó la vida. Ella sonríe, me había olvidado cómo era su cara con ese gesto. Le pregunto cómo está. Me responde que se llama Soledad, entonces le digo que lo recuerdo, y que compartimos iniciales. Que si nos regalaran un objeto con la *s* impresa, podríamos intercambiarlo. Esto último le da gracia, no por ingenioso, más bien por inesperado. No tengo el rictus de una persona que podría hacer una broma.

–¿Se hospeda con su esposa?

Me pregunta como dándolo por sentado. Le respondo que no. Si me encuentra solo en la mesa de un bar decadente con vista al mar a un día de haber aterrizado, muy probablemente sea porque viajo solo. Pero es una mujer y tiene el recurso energético destinado a cosas de menor alcance.

Le respondo que no estoy casado y que me hospedo solo. Que vine con vacaciones pagas. Después no ahondo más. Interrumpo con que es un día destellante y ella me dice lo mismo.

–Sinceramente, gracias por salvarme la vida allá arriba, Soledad.

–¿Cuánto le va a durar el efecto? –me dice, riéndose.

Después me pregunta si no me molesta que se siente conmigo a tomar algo ya que ella también está viajando sola. Es cierto. No se lo pregunté. La verdad es que no me interesaba saberlo. Le respondo que no me molesta que se siente conmigo. Mi vaso todavía lleno delata que bebo despacio o que ya bebí otras cosas antes. Soledad pide lo mismo que yo, la bebida autóctona. Una moza semidesnuda distinta a la anterior le trae el vaso con la misma excesiva decoración. Soledad hace mención a esto mismo y sonríe. Demora unos segundos en extraer las sombrillas de papel, los sorbetes, las guirnaldas. Brindamos en un acto solemne y bebemos largo. La presencia de las camareras me altera un poco. Como si alguien

hubiera dejado una canilla abierta, ese tac tac de la gota que cae. Alguien podría vestirlas más. Esconderlas. No sé.

Conversamos sobre nada y pasa el tiempo. La playa empieza a oscurecer y eso está bien. No hay el menor desánimo en este atardecer. En las playas no hay desorden anímico en el cambio de luz, o al menos a mí no me impacta. ¿Será por mis prolongadas vacaciones en la costa atlántica cuando era una criatura de no más de seis? Ahora veo otras cosas en Soledad. Mientras me cuenta detalles que le pasaron desde que bajó del avión, veo los gestos que hace con las manos. Veo, por ejemplo, que tiene un hombro más alto que el otro y que sus huesos de la clavícula dibujan cosas en su torso cada vez que se mueve. También noto que su labio inferior es grande como una bolsa de líquido espeso y los orificios de su nariz están más abiertos que los del común denominador. Soledad no es una mujer simétrica. Algo de eso me atrae y también me da bronca. ¿Con qué necesidad tiene que deshacer las armonías sobreentendidas? Es que es una mujer, insisto, y hay cosas que ellas necesitan malograr. Y en un instante algo se acomoda, entonces entiendo: me hace acordar a Celeste. Hay un tono similar, una cadencia, una forma de existir. Prefiero no seguir ese pensamiento y lo anulo. Lo rompo como si fuera algo sólido que me permiten romper.

Soledad no tiene el menor interés en levantarse, pagar la cuenta e irse. Eso está claro. Sobre todo en su disposición sobre la silla.

—¿Le gustaría hacer algo después, Simón?

—¿Algo como qué?

(Me gusta que me trate de usted.)

—Salir a comer, caminar, bailar. Infinitivos.

Se ríe de su propio ingenio.

Le respondo que estoy fulminado del viaje de ayer y que tengo que volver al hotel porque dejé sola a Alicia. Le explico qué y quién es Alicia y, era de esperar, la inquietud la supera. Me mira con una mezcla muy exacta de sorpresa y desilusión, pero también es evidente que ha quedado magnetizada por mí. Me pide por favor que aunque sea la acompañe a caminar unas cuadras, que estoy en deuda con ella. Eso ya me parece un poco manipulador, pero acato.

Las camareras semidesnudas están ahora más desnudas que antes y no logro identificar por qué: si es que se sacaron una prenda, o si acaso es por un cambio de actitud, o incluso quizás solamente sea porque el alcohol hizo un efecto en mí. Esta idea me atrae y me da bronca en partes iguales. Un mix de emociones que, de ahora en más, exploraré más seguido de lo que quisiera.

La cuenta de la mesa la pago yo porque Dios me hizo hombre. Soledad ya me espera del lado de afuera del bar. Ni bien doy dos pasos el mundo me tambalea, pero no me preocupa, vuelvo en mí muy rápido. Tengo que hacer todo lo posible por que esta mujer sepa y no sepa quién soy.

CELESTE BLUM (Antes)

Después de rendir Dibujo Técnico 2, Celeste siente un instante de alegría. El impulso le refulge en el centro del pecho como una bengala. Es esa sensación la que la termina de impulsar a entrar al hipermercado y a estudiar la cartelera de descuentos y promociones que está pegada en el ventanal de la entrada. Sí o sí quedan dos días para aprovechar todas esas ofertas, no existe un mañana para los creadores de la oportunidad.

Celeste agarra un carrito grande, deja su bolso dentro y avanza por el pasillo de los electrodomésticos. No hay nada de todo eso que realmente necesite, así que, aunque le genere un malestar difuso, arroja dentro del carro de compras una tostadora eléctrica de primera marca y una máquina para hacer pan: una especie de balde blanco en el que solo tendrá que depositar la mezcla de harina para poder recibir, un rato más tarde, un ostentoso ladrillo de trigo. A Celeste le sorprende que el impulso vital se le manifieste así, en la velocidad con la que entra a un comercio y succiona productos, como si ser y tener fueran la misma cosa. Del altoparlante del hipermercado llega una canción que habla de mujeres que bailan por las noches para olvidar y de hombres que las miran bailar para olvidar también. En definitiva, lo que ocupa a todas estas personas es el intento de dejar atrás.

Celeste avanza por la góndola de enlatados y baila también, apenas. Desde que se levantó temprano en la mañana que no abre la boca. Que no le dirige la palabra a nadie. Viajó hacia el edificio de la facultad, se sentó en un banco, rindió el parcial y se fue. ¿Seguirá intacta su voz?

Celeste se mira en el reflejo de la heladera de lácteos. Es demasiado delgada y lo sabe, le gustaría poder engordar unos kilos

para entrar mejor en pantalones y en polleras, pero es inútil. Su sistema digestivo trabaja a la velocidad de la luz. Su pelo enrulado y rubio le llega a los hombros y el pequeño flequillo se le obstina en el ojo derecho, casi siempre tapado, oculto. Su delgadez se evidencia incluso con ese gamulán, y esos jeans oxford que le caen como lluvia sobre las zapatillas de correr. ¿Es lícito que una chica de su edad se vista así? ¿Debería hacer algo al respecto? A otra gente le queda bien. No entiende por qué a ella no. Una mujer de más de setenta años achina la mirada al verla y le quiere decir algo, pero Celeste no reacciona. La mujer le chifla, le hace chh chh, pero no hay caso. Entonces la mujer golpea el carro de Celeste con el suyo y ahí sí: tiene toda la atención de la joven que hasta ese momento estaba absorta mirándose en el reflejo de la góndola de sachets de leche. Le pregunta algo que Celeste apenas oye entre la canción de los altoparlantes, el reflejo, el vaivén de carritos llenos de productos, el roce de tela impermeable de los pilotos de otras personas que avanzan medio dormidas entre comida perfectamente alineada. Es realmente un placer ver cómo el cosmos se constituye así. La mujer señala el estante de las mantecas y le pide si por favor puede bajarle una. En ese instante Celeste nota que su teléfono celular vibra dentro del gamulán. Celeste le pide disculpas y atiende la llamada. La mujer, con una ligera bronca, sigue achinando los ojos mientras mira los panes de manteca tan fuera de su alcance.

Esto es algo que le pasa desde que tiene uso de razón: mientras se ducha, imagina que es la protagonista de una publicidad de jabón. No todo el tiempo que dura el aseo, solo unos instantes, sobre todo esos en los que tiene que limpiarse con esmero. Imagina que mira a cámara y aconseja haciendo gestos lascivos. Cierra el relato guiñando un ojo, porque ese es su sello personal. Cuando está desnuda, Celeste no se siente tan diminuta. Hay algo que sus muslos y su estómago le devuelven. Una coloración. Una estructura. Una vez en su habitación sigue mirándose al espejo que tiene

colgado al lado de la cama. Aunque haga mucho frío en el departamento, la imagen de sí misma desnuda es algo que le urge. Le atrae ver cómo se le acomoda la pigmentación con el cambio de temperatura, cómo aparecen la sequedad y la tirantez. Después se seca el pelo con secador eléctrico, lo alisa como puede para desarmar un poco los rulos y lo deja caer hacia los costados. Elige la mejor ropa que tiene. Quiere causar una buena impresión en el extraño que habla con reptiles. Elige un jean negro y un suéter azul. Descubre que ya son muchas las horas que lleva sin abrir la boca. Que no dirige la palabra. Entonces practica decir y su voz sigue ahí, por momentos más afónica o más finita. Celeste ya está lista para pararse delante de un hombre y hacerlo pasar.

Simón se coloca la botella de vino en la cara para que esa sea la primera imagen que tenga Celeste al abrir la puerta. Logra el efecto que buscaba. Ella se ríe y muestra los dientes.

Quizás sea el primer momento del día en que siente una agitación verdadera.

–Buenas noches, hola, cómo estás –o una mezcla de todo eso dicen al unísono.

Simón es un hombre de ropa con tramas. Un suéter rayado, campera acanalada, zapatillas con motivo cuadrillé. Camina hacia el living como si patinara. Fluye con el departamento de tres ambientes y lo observa: hay varios tipos de potus en frascos de agua sobre la mesa baja, sobre las repisas con libros, sobre la mesa de la cocina e incluso sobre la mesada. Plantas en macetas casi no hay, todo lo que está a la vista es solo una promesa.

–¿Te gusta tinto o blanco? –pregunta Simón apoyando la botella de malbec sobre la mesa. Celeste le responde que le da lo mismo. Que no suele beber alcohol pero que puede haber excepciones. Que se sienta como en su casa, le dice, y que le gusta mucho poder decir eso aunque no sea cierto, pero sentirse liviana pudiendo decirlo ya es toda una conquista. Simón abre el vino de tapa a rosca y sirve en

dos copas que Celeste le acerca. En estas acciones no hay romanticismo, más bien hay torpeza. A Simón le tiemblan un poco las manos. Tiene cuarenta y dos años, pero fueron muy pocas las veces que abrió un vino en la casa de una mujer. Sin querer vuelca unas gotas de tinto que manchan el sillón de dos cuerpos que Celeste heredó.

–No te preocupes. Las manchas son una señal de que estamos vivos, o algo así decía mi mamá –dice Celeste en un intento por salvar algo. Los dos sonríen, aunque no entiendan la frase del todo. Tiemblan en partes iguales. Finalmente Simón se sienta en el sillón retapizado y algo se le acomoda, como si dentro tuviera pelotitas minúsculas que se mueven y hacen ruido. Celeste busca el número del delivery y se sienta al lado suyo.

–¿Estás nervioso? ¿Preferís que prenda la tele?

–No estoy nervioso –miente Simón–, pero prendamos la tele. A las nueve dan un programa de gente que busca parejas. Por ahí nos sirve.

Celeste se sonroja. La palabra *parejas* en ese contexto la desespera.

–Lo conozco perfectamente. Va por la décima edición –responde rápido, para ahuyentar esa palabra del espacio.

Simón sonríe con complicidad y enciende el tubo. Tres mujeres bien peinadas dialogan ahí. El conductor de frac les hace preguntas cotidianas. Celeste da con el local de comidas y pide las empanadas mientras espía de reojo a Simón concentrado en la televisión. Es una mirada que trae asombro y desconfianza. Podría acurrucarse en la espalda de ese hombre que sirve vino en copas, tiembla y es devoto de la televisión por cable. Un hombre que ya es un hombre pero que también podría ser un joven devenido adulto solo por jerarquía natural. Pero no lo hace, por supuesto, porque no tiene idea de quién es. Pero ¿acaso no es así como se conoce la gente? ¿Como si la existencia del otro fuera un surgimiento, una materialización? Un día ves a un hombre joven dentro de un serpentario, y al otro, ese mismo hombre está medio acostado en tu sillón, con el rostro pálido por la sangre que lo habita poco, por el nervio que lo trajo hasta acá, y te das cuenta de que huele bien, de que hay algo familiar en

su forma de mover el entrecejo, de subir y bajar las manos al hablar. Celeste termina de pedir media docena de empanadas y corta la comunicación. Se sienta a mirar la tele con Simón, a una distancia mínima de él. Durante un rato largo no hablan entre ellos, y es mejor. Hasta ese momento todo sucedió demasiado rápido y estar callados les da derecho a pensar si tienen hambre, si realmente quieren estar donde están, y así.

Cuando suena el timbre del departamento saltan al unísono porque se asustan y porque tienen que desarmar un beso que les había costado muchísimo fabricar. Un beso que propuso Simón en la tanda publicitaria y que Celeste no vio venir. Un beso que empezó chiquito y que fue creciendo de a poco, en cámara lenta. Algo que a los dos les estaba empezando a gustar. Simón se ofrece a bajar a abrirle al delivery porque él es el hombre y él pagará y porque qué mejor que salir un rato de ahí dentro para simular que nada de lo que acaba de pasar está pasando en realidad.

Están sentados a los pies de la cama. Ahora lo que está encendido es la radio en dial FM. Pero, aun así, una conductora habla sobre estadísticas. Que treinta años antes era de una manera y ahora es mucho peor. Es una ecuación que se aplica a cualquier circunstancia: índices de natalidad, de accidentes, de macroeconomía, de crisis climática. Ya es de madrugada. Celeste mira a Simón, pero él no la mira a ella. Celeste le pregunta si está bien, si realmente quiere estar ahí, en su casa. Él le responde que sí, y su pierna derecha tiembla más que antes. Simón está en cueros, con el primer botón del jean abierto. Celeste está en corpiño y con el jean puesto. Sus tetas son más que esféricas, son perfectas, casi trazadas con transportador. Simón no es capaz de miraras, o incluso de miraras y de mirar la cara de Celeste instantáneamente después, que también es de una belleza que lo lastima. Algo en sus ojos negros, en sus pestañas pesadas y en sus cejas más pesadas aún. Toda esa carga oscura en la mirada, y el pelo dorado que le cae a los costados de la

cara, casi en partes iguales, como una fracción perfecta, ecuaníme. Algo en su juventud, quizás, en todo ese equilibrio que trae. Celeste vuelve a preguntarle si está bien. Ya no está tan segura de que ese joven devenido adulto le interese tanto. Es la tercera vez en la noche que se queda inmóvil interrumpiendo un beso, casi mirando un punto fijo, como una marioneta. Aterrado, no tanto de sí mismo, sino más bien de ella. Celeste se pregunta si su propio cuerpo tendrá mal olor, entonces se huele las axilas, se prueba el aliento sobre la mano. Pero no encuentra nada raro. Incluso se ve mejor de lo que esperaba, se ve mejor que al mediodía mientras se proyectaba en la vidriera de la góndola de lácteos. Se ve atractiva, joven, por momentos maciza. La falta de luz le sienta mejor, la empareja.

Se levanta de la cama y camina despacio hacia el baño. Entonces Simón reacciona. Le pide disculpas. Que hace tiempo que no hacía esto. Esto qué cosa, le pregunta ella. Esto de desnudarse delante de una mujer que también está desnuda. Celeste no entiende bien de qué está hablando. Le pregunta si se separó de una relación larga, si quedó dañado, si algo de todo ese vaivén. Él le responde que no. Que al contrario. Que nunca tuvo una novia, lo que se dice *novia novia*. ¿Nunca *novia novia*? Insiste Celeste. Nunca *novia novia*, responde Simón. A Celeste le cuesta creer. Hay algo entre biografía, rostro y cuerpo que no coincide en ese hombre que está sentado a los pies de su cama.

Entonces se vuelve a acercar a él. Algo de su aspecto despoblado la conmueve. Cree que podrá ponerlo a salvo, darle un techito en el medio de la lluvia. Lo besa fuerte ahora, con saliva, lo acuesta forzosamente en la cama. Simón cierra los ojos y desaparece un poco de ahí. Agarra el cuerpo de Celeste que está encima de él y lo aprieta con deseo. Sostiene sus nalgas pesadas, las levanta, las baja, las ejercita. Le gusta cómo suenan sobre sus manos. Le pega, apenas, para darle sonido a su cuerpo. A Celeste le gusta eso. Simón insiste, hace lo mismo con sus tetas, que son tan perfectas que se le vuelven casi odiosas, las podría venerar y rechazar a la vez. Entonces algo lo toma, algo fuera de sí. Se mete las tetas de Celeste en la boca y se pierde ahí, en una temperatura insólita, que no es tibieza ni lo siguiente, es algo en el medio de todo eso, muy preciso.

Le corre la bombacha y la intenta penetrar, todo a la vez. Antes nada, y en ese instante, todo. A Celeste la sorprende el arrebató y también se siente ajena, en parte, y ese desprendimiento la hace disfrutar de otra manera. De una forma nueva, inédita. Están tan mojados. Esa agua que existe entre ellos dos es algo insólito también. Algo que al principio de la velada era imposible de imaginar. La conductora de la radio abandona el discurso que alguien le redactó y ahora suena una canción con pianos, saxos, instrumentos de la noche. La música es tan adecuada que logra desconcentrarlos, apenas, incluso roza el fastidio. Pero no les importa. Logran vaciar la casa de sonido, aunque todo el ruido esté ahí. Lo que importa es la humedad que fabricaron. Simón empieza a dictar una especie de versículo al oído a Celeste. Cosas que ella no había escuchado antes, o al menos no tan dirigidas hacia sí. Cosas que en otro contexto no le gustarían, o quizás hasta la harían llorar. Cosas que todas juntas podrían provocarle una tristeza lánguida, o hasta pesada. Cosas de la agresión, pero también del ritmo. Entre el placer y el estrago. ¿Alguna vez vieron a dos animales en cámara lenta a punto de trenzarse? Algo así. A Celeste esto la apaga, pero también la hipnotiza, aunque al instante la vuelve a angustiar. Como un encantamiento de brujas o de serpientes. Hasta que, al fin, lo deshacen. Sin darse cuenta, ya no son una sola cosa, vuelven a ser dos. Están desnudos en la habitación de una chica de veinticinco años, sobre una cama de dos plazas sin desarmar, con la radio FM a un volumen inaudito, repitiendo un estribillo que dice: *... tú no eres como las otras chicas, no hay nada como tú en este mundo, tú tienes algo más que rulos, creo que estoy triste, creo que siempre voy a estar triste, porque tú eres lo mejor que voy a tener, no eres como las otras chicas, no, no, no.*

DIRECTO AL CORAZÓN

Los primeros veinte minutos en la cinta son de caminata rápida. Aldana intenta superar los cuatro kilómetros por día, pero últimamente le está costando. No porque su estado físico no la acompañe, sino más bien por su afección. Desde que encontró el cuerpo de su vecina le empezó a pasar algo inusual. Algo que siempre había estado ahí, pero a lo que ella nunca le prestó su debida atención. Es que vivir es desatender. Si tuviera que poner énfasis en cada acción o inacción, en cada sonido, luz o matiz, se volvería total y completamente loca. Cada vez que detiene la actividad física, ya sea en el gimnasio, o incluso cuando se levanta de la cama para buscar algo que olvidó en el baño, el corazón le late con tanta fuerza que genera un eco en casi todo su cuerpo. Sobre todo en sus oídos, como si dentro de la cabeza alguien le hubiera implantado un segundo corazón. Instantes después del estado de reposo, Aldana siente que su aparato cardiovascular está a punto de pegar un grito. Por eso mismo, esta tarde prefiere no superar a su propia carne y trotar poco, lo que le venga en gana, lo que sus muslos le permitan antes de empezar a rechinar. A partir del hallazgo de Celeste, el corazón de Aldana tiene una existencia subrayada.

Afuera del gimnasio está anocheciendo y una lluvia espesa anula la capacidad de ver a través de los ventanales. Aldana lleva puesto uno de sus trajes de ejercitación, uno de los tantos conjuntos de primera marca que se compró cuando tenía disposición y dinero. Ahora lo primero no lo tiene, y el dinero casi que tampoco. Aldana es una mujer propietaria y curvilínea, desempleada ya, entrando en la menopausia, devota de una perra con artrosis.

Abandona la cinta y se sienta un rato sobre el banco de

musculación. Ahí está su corazón: bang, bang. A esta hora en el gimnasio ya no hay tanta gente y puede aprovechar las instalaciones para descansar. Desde que encontró el cuerpo intenta no pasar tanto tiempo sola en su departamento. Y si es así, enciende las luces, el televisor o la radio, llama por teléfono a sus amigas, o a aquel hombre que le pidió –con cariño de por medio– que lo mantuviera al tanto de las novedades del caso. Pero ese tono de él, rozando la comedia, ya no le genera entusiasmo. No hay nada alrededor del hallazgo de su vecina que ahora le parezca digno de sátira.

El banco de musculación todavía está caliente. Alguien debe haberlo dejado libre hace instantes. Esa temperatura fantasma la hace sentir mínimamente mejor. Al menos en su duración. Aldana quisiera mirar un punto fijo, pero no lo logra del todo. Se distrae, con esa chica de pocos años, de calzas cortas y top, con un ombligo tan negro y tan hondo y el cabello tan tirante hacia atrás. Aldana se distrae con la decisión de esa chica de dejar unas cosas a la vista y de ocultar otras, o con su manera grandiosa de moverse por el gimnasio como si fuera parte de su casa, de su genealogía familiar. Se distrae mirando a un adolescente también, de piel rosada y camiseta negra. Flaco como un papel, de tez blanquísima y cabello amarillo. De zapatillas oscuras: menos mal, piensa Aldana, sino su imagen desaparecía, perdería definición. El adolescente levanta unas pesas pequeñas, de tres kilos cada una, intenta dejar de ser lo que es para convertirse en otra cosa. A Aldana le hace bien camuflarse en el gimnasio. Son instantes de mínimo bienestar. Si su corazón late de forma desmedida es algo que ahí dentro casi no oye, entre el ruido de las caminadoras, las conversaciones de los ejercitantes, la lluvia, las bicicletas fijas, la música, los televisores. Hasta las ideas fijas desaparecen. Y el cuerpo de Celeste, también blanco, o azul, con un vapor alrededor, como una estela también azulada. La boca sellada del cuerpo de Celeste, como si alguien la hubiera recortado y pegado después. ¿No es eso lo que hacen con los cadáveres? Hasta las pesadillas le desaparecen a Aldana dentro del gimnasio. Hasta que bosteza y reconoce el sueño. El pesado y vil cansancio que la acuesta sobre sí misma. Decide entonces cambiarse la ropa y volver a casa.

¿Quién puede juzgar a una persona semidesnuda en un vestuario público? Aldana se seca el cuerpo después de la ducha. Sabe que su imagen solo proyecta vulnerabilidad. Se peina apenas, con los dedos. Todo gotea. Después oye que suena su teléfono celular. Atiende. Es Gina. Desde la semana pasada que no la ve, que no se la cruza en el edificio, que no sabe nada de ella. Desde que fueron juntas a la morgue judicial, Aldana no sabe nada de Gina. Es ahora Gina la que está llamándola por teléfono. Y Aldana se apresura, porque quiere saber si hay novedades, o quiere saber si Gina está bien, tranquila o traumatizada. Quiere y a la vez no quiere saber. Sabe que atender esa llamada es seguir hundiendo el dedo en el agujero negro.

—Hola, Gina. Sí. Puedo hablar. ¿Cómo estás? Yo, bien. Decime. ¿Pasó algo? (...) Okey. ¿No me querés adelantar por acá? (...) Okey. ¿Dónde estás? Puedo buscarte. Estoy saliendo del gimnasio. Debería pasar por casa a darle de comer a la perra. Sí. (...) Se te oye recortado. Bueno. Te veo ahí. ¿Media hora? Media hora. Chau.

Aldana corta la llamada y descubre que todavía está semidesnuda, con el teléfono celular sobre los muslos, apenas húmedo. Otra vez el retumbar desde el interior. Ahí está. El corazón que tiene en el pecho haciendo un ruido superior. Y también el segundo corazón, el que tiene dentro de la cabeza, o encima de la cabeza, ahí donde los oídos no dejan de hacerle eco.

La cara de Gina es todo lo cansada que puede estar una mujer. Lleva el pelo encanecido como un ovillo de lana y tiene ojeras. Aldana la abraza ni bien la ve, como si ya fueran íntimas. Un poco lo son.

—No duermo bien hace días. Solo pienso.

Aldana le dice que lo lamenta mucho, y que puede acercarle unas pastillas milagrosas.

—Soy hipertensa. Debería asesorarme bien sobre qué tomar y qué no.

—Tenés que descansar, Gina. ¿Por qué no te pedís vacaciones?

—No puedo. Ya usé todos los días disponibles que tenía. Voy a pedirme una lágrima, así no quemo recursos del sueño con café. ¿Vos vas a querer algo?

Aldana pide un vaso de agua fría con limón. Ver a Gina soplar su lágrima de pura leche le genera algo familiar y bucólico a Aldana, como si la portera de su edificio fuera una tía que vivió años a la intemperie y ahora merece que la cuiden.

—Me llamó el fiscal. Tienen novedades.

Aldana se sobresalta. No esperaba que tuvieran algo tan rápido.

—Me dieron una información que no estaba segura de querer darte, Aldana. No quiero contagiarte el insomnio y el trastorno.

—El insomnio y el trastorno ya los tengo. Despreocupate. Me lo tenés que decir sí o sí. Inventar es peor que saber. Al menos voy a imaginar en contexto, qué sé yo, alrededor de algo.

—No debería. Vos sos muy joven todavía para saber algunas cosas.

—¿A qué te referís, Gina?

—No, a nada. A que sos más joven que yo. Pero tampoco sos una nena.

—¿Te dijeron por teléfono? ¿Eso se puede hacer?

—¿Y por qué no se podría?

—Pensé que todo tenía un decoro, una burocracia, un delay.

—Sí. Pero no siempre se cumplen. Te diría que casi nunca, más bien. Parece que ya hay algunas teorías. Una cobró mayor fuerza, pero es un poquito extrema y bastante inverosímil. ¿Querés que siga?

—Sí.

—Según uno de los investigadores a los que les asignaron el caso hay muy pocas formas de que un cuerpo llegue a un nivel de descomposición tal en veinticuatro o en cuarenta y ocho horas, que es más o menos el tiempo que se calcula que el cuerpo llevaba muerto desde que lo encontraron, digamos. Sobre todo, por el testimonio que di yo, de que vi a Celeste entrando al edificio dos días antes. El estado en el que estaba el cuerpo es más o menos de un deceso de dos meses. Y además de mí, ya hay tres testigos que dicen haberla visto el día anterior.

—¿No tendría alguna hermana gemela perdida por ahí? ¿No pensaron en esa opción?

—No. Parece ser que no tiene familia viva. Solo esa tía lejana que vive en el sur, que todavía no vino a la ciudad.

–¿Pero quizás la tiene y no lo saben? La hermana gemela, digo.

–Pero ¿y qué decís, que trajeron a la gemela muerta, la pusieron en la bañera, y la verdadera Celeste está dando vueltas por ahí?

–¿Muy ilógico?

–Lo veo imposible.

–Bueno.

–No indagué en esa teoría que nunca tuve. Nadie la tiene. Barajan otra. Mucho más impensada. Al menos para mí, o al menos para gente como nosotras que vive en ciudades grandes y superpobladas. Gente que tiene perros, gatos, que sale a comer a un restorán.

–¿Qué teoría, Gina?

–Involucra a una serpiente.

–¿Cómo?

–Sí. Involucra a la mordida de una serpiente que se llama mamba negra. Tiene otro nombre la especie, pero popularmente se la conoce así. ¿Escuchaste hablar?

–Me suena. De alguna película quizás.

–Es una viborita chiquitita, como un souvenir de serpiente, que tiene la boca negra por dentro, pero por fuera es más bien gris. Capaz ni la ves, no es muy llamativa. Pero parece que cuando abre la boca llega a tener un tamaño bastante grande. Y colmillos. Y también parece que cuando su veneno genera contacto con el tejido humano, provoca una muerte espantosa.

–Pero Celeste no tenía mascotas. Y menos serpientes.

–No, no tenía.

En ese instante, el camarero se acerca a la mesa y les pregunta a las mujeres si quieren pedir algo de cenar. Son las nueve de la noche y sus consumiciones se limitan a agua y a leche de vaca. Pero el camarero se topa con dos mujeres que apenas han dormido en toda la semana, con los ojos y las mejillas carcomidos por un color insalubre, con sus cabellos revueltos por el desorden y la humedad. El camarero, sin saberlo, sabe que ninguna de ellas querrá pedir comida porque algo en sus caras le dice que sus tripas están selladas. Aldana le agradece y el camarero se retira a la barra, ahí donde hace la guardia mirando hacia el salón, en la espera de que

alguien lo necesite. Es grato saber que uno puede ir al rescate de lo que sea.

–Y si no tenía serpientes, ¿cómo podría haber llegado justo esa a morderla dentro de su propia casa? No tiene ningún sentido, es más verosímil lo de la hermana gemela perdida.

–No te creas. El único tema es que parece que esta mamba negra es una especie que no vive en este país, no hay acá de esas, en ningún lado, son de la sabana africana. Todo por ahí.

–Claro, ahí es donde está la mayoría de esos bichos ¿no?

–Sí, Aldana. Ese tipo de serpiente es de esa zona, pero eso no quita que alguien pueda conseguir una acá también. O que la hayan traído hace un tiempo y la haya conseguido acá. Existe el mercado negro de reptiles. No te olvides.

–¿El mercado negro?

–Claro. Acá todo se consigue. Bah, en todos lados todo se consigue.

–Me parece todo un poco ridículo.

–Anoche me informé bastante. Leí que las mambas son las más peligrosas del mundo en este momento. Que el veneno de la mamba negra es complejo. Parece ser que va directo a la placa motora central, digamos, a la médula ósea, creo, ahí donde se nos conectan los nervios y los músculos, y eso es lo que provoca una especie de parálisis. Además, el veneno es cardiotóxico. La ruina que genera va directo al corazón. Y todo eso ocasiona esa putrefacción rápida del cadáver. Lo pudre en horas. Termina corroído como si hubiera estado en el río o en el mar. ¿Entendés? Ese dato fue el que me hizo saltar de la silla. Me pareció demasiado acertado. Como algo que yo ya había visto. ¿No parecía eso Celeste cuando la vimos?

–Mmh. No sé, Gina. Suena todo muy absurdo. Estamos en el tercer mundo. Esas cosas acá no llegan.

–Sí. Eso es verdad. Todavía no hubo casos de muerte por mamba negra acá, sería el primero, pero en otros países sí. No es lo más habitual, pero puede pasar.

–Mmh, no sé.

Después hay un silencio en el que Aldana le da el último trago a su vaso de agua. Si se concentra mucho puede sentir el retumbar de

su propio corazón. Está alterado otra vez. Solo tiene que hacerle espacio para poder percibir. Se mira a sí misma en el ventanal del café. Ahora que cambió la luz, el reflejo la muestra con más detalle. El flequillo le cae de costado en una buena proporción, dándole un efecto semicircular a su mentón y a su mirada. A veces los mejores peinados aparecen en los momentos menos indicados.

–¿Querés comer algo? –pregunta Gina.

–Odio a las serpientes. Se me eriza la piel solo de pensar que existen. Bueno, no solo a las serpientes. Odio a todo tipo de reptiles. Eso de andar arrastrándose a baja velocidad me parece siniestro.

–Me pasa parecido –dice Gina.

–¿Todo esto te lo dijeron por teléfono?

–Ya me lo preguntaste y te dije que sí. Y algunas otras cosas las leí yo.

–¿Buscaste en internet?

–Sí, anoche. Aproveché que no me podía dormir. ¿Vas a querer comer algo, Aldana, sí o no?

–La verdad es que se me cerró el estómago. No quiero saber nada de deglutir.

–Yo creo que tampoco.

–Creo que entonces deberían investigar a los posibles importadores de ese tipo de serpientes, Gina. Alguien que trate directamente con animales. Algún centro de estudios de botánica, algún hospital veterinario, especialistas en reptiles. ¿No?

–Sí... Eso ya nos excede, igual. Nosotras no sabemos nada.

–Sí, nos excede –acierta Gina.

–Ahora somos mujeres sin sueño y sin apetito.

–Las tortugas también son reptiles. ¿Esas no te gustan?

–Esas no me molestan –responde Aldana.

UN MUNDO LLENO DE MUJERES

Soledad me pregunta si quiero un crepe de tapioca y le digo que sí. No estoy absolutamente convencido de ingerir en este momento, pero está bien. Dejé a Alicia sola en la habitación y la luz cambió. No debe entender del todo quién es y en dónde está. No será nada agradable sentir eso, quisiera ahorrarle el profundo malestar, pero Soledad insiste y el vendedor ambulante insiste también, con los ojos derramados del cansancio. Yo los pago porque soy el hombre.

Caminamos por la rambla con un par de pinchos calientes de tapioca que escupen humo. Soledad me pregunta sobre mi oficio y le respondo apenas, lo justo y necesario para decir sin decir. Que no estudié técnicamente a los reptiles pero que conozco todo de ellos. Que siglos atrás las cosas se hacían así. El aprendizaje tiene que ver con prestar atención, más allá de lo institucional. Pero me doy cuenta de que sigo alimentando el devaneo de decir sin decir. Hay una especie de maestría en hablar de esa manera, como con perforaciones. Una vez que el interlocutor cree que está avanzando en línea recta, llegan agujeros que lo hacen trastabillar y empezar el discurso de nuevo. Nada se acumula. En cambio, puedo preguntar. Entonces ahora sé que Soledad es una mujer de negocios inmobiliarios. Que hace una década que viaja todos los años a este país para la compraventa de oficinas a corporaciones sudamericanas. ¿Por qué una mujer relativamente joven y empresaria caminaría desaliñada, comiendo harinas, por el borde de una playa conmigo? ¿Qué le hace pensar que estoy en pie? También me cuenta que hace años que se tiñe el pelo del mismo tono caoba siete punto cinco, que empezó por una cuestión cosmética y que ahora se volvió parte de su identidad.

Cuando llegamos al final del camino de piedra, Soledad me mira a

los ojos. Está más despeinada que antes y el conjunto de jean que trae puesto no parece ser tan cómodo para este tipo de paisajes. Pero al instante me doy cuenta de que para ella no hay nada especial en la extranjería. Que este país es como el patio de su casa, al que viaja de continuo, y no tiene por qué salir arreglada a la calle. Me mira a los ojos como si estas últimas dos horas hubieran sido trascendentes, distintas a cualquier desplazamiento de su cotidiano. Todo lo que puedo hacer es ofrecerle conocer el hotel en el que me estoy hospedando, ya que me urge ver el estado de Alicia. Algo en la mirada de Soledad me impide despedirla del todo, como si al hacerlo le astillara el ánimo y la lanzara al vacío. Soledad me responde que sí, sin titubear. Evidentemente no tiene obligaciones en su mismísimo viaje de trabajo, y acercarse a la habitación de hotel de un extraño con vulnerabilidades evidentes le parece un buen plan. Entonces ahí vamos.

El hotel queda a diez cuadras de la zona costera y no logro darme cuenta en qué momento las atravesamos. Son breves y ligeras, y Soledad no deja de hablarme. Ahora me cuenta sobre su exmarido, un hombre canoso y emprendedor que perdió el entusiasmo cuando su negocio gastronómico se atomizó en una mala época. No consigo encontrar las palabras adecuadas para este tipo de casos. No termino de entender mucho acerca de inversión, ganancia, pérdida de bienes y puesta en valor. Le digo que lo lamento mucho y que ojalá que esté bien. Me responde que su exmarido ahora está bien, pero que estuvo muy mal. Que después de una depresión severa llegó una operación a corazón abierto que lo dejó en cama mucho tiempo, mirando dibujos animados en la televisión de la mañana hasta la noche, pero que logró salir. Que cuando se puso en pie, finalmente, se divorciaron. Que hacía tiempo que ya no eran una pareja y que quizás nunca lo habían sido. Todo lo que sube baja, le respondo, y entonces ya estamos dentro del hotel.

Le pido que se siente en el lobby y me espere unos minutos. Le digo que se pida un trago en el bar del hotel si le dan ganas. Ella acata. ¿En qué momento se empieza a coincidir?

Pregunto en recepción si es posible hacer pasar a una mujer a mi cuarto. Intento explicar en el idioma que conozco poco que esa

mujer que está sentada junto al centro de mesa del bar del hotel, que trae puesto un conjunto de jean y el cabello tono caoba, es una amiga, en realidad, una gran salvadora. Los hombres de recepción me responden que, amiga o no amiga, igualmente tendré que pagar un extra por el pernocte. Vacilo. ¿Por qué lo haría? Miro a Soledad, que ahora hojea una revista de jardinería sentada en la barra del bar, como si entendiera lo que ve o lo que lee. Es extraño. Cuando miro a una mujer no veo nada. No hay algo que deliberadamente me guste o me disguste. No distingo el bien y el mal, ni la atracción, ni la falta de interés. Puedo sentir hastío, en cambio, eso sí que lo reconozco. El hastío cuando llega y se instala. Si un intercambio de opiniones se extiende más de lo que debería, puede llegar esa sensación. Pero el hastío no tiene su contracara tampoco, no percibo en una mujer el sinónimo de bienestar. Ni en los olores, ni en las texturas. El hastío que me genera una mujer o el ruido de la bocina de un auto es el mismo, puedo convivir con eso que está puesto ahí. Que existe. Todo entra en una misma esfera, la de plegarse, la de actuar sin saber bien por qué. Entonces miro cómo Soledad pasa las páginas de esa revista de jardinería y me convengo de que quiero que suba a mi habitación. Por ningún motivo, me convengo. Quiero que suba porque ya está acá y porque decirle que no sería más trabajoso. Entonces pago el extra exigido y ahí vamos.

Subimos al ascensor. Ella se arregla el peinado frente al espejo y me dedica una sonrisa de buen dentífrico. Le respondo parecido. Recorremos el pasillo alfombrado hasta que generamos electricidad en la suela de nuestros zapatos. Llegamos a la puerta 454 y marco la tarjeta. Enciendo las luces de la habitación y todo está intacto. Mejor de como lo dejé. Huele a toallones limpios y por supuesto, a coco. Le sugiero a Soledad que se siente donde quiera. Elige el sillón individual que está apostado al lado de la cama. No se la ve precisamente curiosa por los detalles del cuarto. Estará acostumbrada a alojarse en los hoteles de esta ciudad, y deben ser todos muy parecidos. Está expectante por ver a Alicia. Es eso lo que realmente le importa. Me lavo las manos en el vanitory y encaro directo para abrir la caja de Alicia. Le hablo. No dejo de hablar con ella mientras corro la tapa. Lo hago lentamente para que no perciba

ninguna agresividad. Le dedico un gesto a Soledad para que se quede en silencio y sigo hablando con Alicia. Aunque haya una intrusa, el esmero está puesto en el discurso.

–¿Cómo está mi ángel, mi bebé dormido ahora despierto?

Soledad se ríe de mí. Le respondo con una sonrisa yo también. Entiendo que al principio puede ser sorprendente vernos interactuar.

–¿Cuidó la habitación del hotel? ¿Comió bien? ¿Ahuyentó el mal? – digo sin dejar de mirarla y de tocarle apenas el cuerpo. Alicia se enrosca sobre sí, en señal de que estamos bien. De que no hay rencor por mi huida. Está confundida, lo sé, este presente nómada no es lo más habitual. Cierro de nuevo la tapa y me quedo más tranquilo.

Le ofrezco a Soledad un vaso de agua y me agradece. Yo también bebo. Tenemos que bajar esos crepes siderales. Bebemos de dos vasos de vidrio y nos quedamos en silencio.

Al instante Soledad me pregunta si puede ver a Alicia y le digo que ahora sí. Que ya está tranquila al saber que estoy en la habitación también. Soledad me dice que le da un poco de susto y le explico que no hay motivo. Que Alicia no es agresiva, que confíe en mí. Me gusta mucho decir eso, sobre todo porque no tiene ningún sentido ético.

–Confío en vos, Simón –me responde, como conmovida. No termino de asimilar la facilidad de turbación que tienen algunas mujeres con las palabras sencillas. *Confío en vos.*

Entonces Soledad se agacha, apoya las rodillas sobre la moqueta y le habla a Alicia en voz de penumbra. Se acerca como gateando hacia la caja. Yo creo que no es necesaria tanta parsimonia, pero entiendo que lo hace más por mí que por Alicia. Acerca la mano hacia su caja y la abre apenas. Le dice: hola, hola, y Alicia reacciona. Se enrosca sobre sí, apenas, y da una vuelta. Soledad la observa, atónita.

–Es linda –dice–. ¿Es normal eso que está haciendo?

Le respondo que sí. Que solo está demostrando que nota algo distinto en el espacio. Es una señal de reconocimiento de terreno.

Soledad mira a Alicia con mucho asombro.

–Nunca había visto una serpiente de este tipo dentro de una caja.

Nunca había interactuado con una, además, solo las vi en películas, o en documentales de National Geographic, como cosas que existen del otro lado del mapa. Alguna vez en algún zoológico quizás, pero ni me acuerdo dónde.

Le digo que es normal al principio creer que estos animales son exóticos, pero que en realidad no lo son tanto. Están en todas partes.

–Y en algún lado leí que esta especie es peligrosa, ¿no? No es tan habitual tenerlas como mascotas –dice mirando fijo a Alicia.

Le pregunto de dónde sacó esa información, porque a veces dicen cosas que son irreales. Que Alicia es de una especie *Elapidae* típica del sur de África, igual que la cobra, y que en nuestro país hay más de treinta ejemplares documentados, y que el hecho de que sean pocos no es sinónimo de peligrosidad, sino más bien de extinción o de poca adaptación al entorno. Que si fuera exactamente así, no habría podido viajar con ella.

–Tienen la boca negra, ¿no? ¿O solo la tuya es así?

Le respondo que sí, que todas, y que por eso lleva el nombre, ya que su cuerpo es más bien marrón o gris.

–Me gustan los ojos que tiene. Parece un pez.

Le respondo que eso es porque tiene las pupilas redondas y no rasgadas, como la mayoría de las serpientes. Que eso las vuelve más entrañables, que así dan la falsa sensación de ser inofensivas o no venenosas.

–¿Alicia es venenosa?

Le respondo que sí. Pero que no tenga miedo. Que confíe en mí.

–Confío en vos, Simón –repite de nuevo.

Soledad cierra la caja. Se levanta del suelo y me pide permiso para ir al baño. Me quedo solo un instante. ¿Qué hago acá? Busco el teléfono y no tengo llamadas ni mensajes del museo, ni de mamá, ni de Facundo, ni de nadie, en realidad. ¿Qué está pasando? Le escribí a mi hermano a ver si sabe algo o si escuchó algo. Me generó adrenalina hacer la pregunta tan directa. Nada. No respondió. Si sé una cosa es que por ahora no podemos volver. Que no vamos a volver. Que volver es lo último que haríamos con nuestras vidas.

Soledad sale del baño y se para frente a mí. Se acerca más que

todo lo cerca que estuvo antes. Más que en el avión, más que en el bar, más que en la caminata por la rambla. Me acaricia la cara, apenas la mejilla derecha. ¿Debería sentir algo? No siento nada. Ahora que la veo de cerca entiendo mejor su cara. Su asunto con las proporciones, con los tonos de la piel. Vuelvo a ver a Celeste, me es inevitable. Algo las identifica. Algo en la profundidad del hueco de los ojos, en el inicio de la nariz, en la apertura de las fosas nasales, tal vez, o en el hundimiento del mentón. O quizás sea solamente esa mirada de interés en mí, cierta ilusión, o necesidad de creer. Soledad me acaricia la otra mejilla y yo sigo sin sentir nada. Pienso en que no puedo volver. En que ahora es acá en donde Alicia y yo nos desenvolveremos. En este hotel, en la gran ciudad o en las afueras, en alguna casa pequeña, en algo que podamos costear, en trabajar el idioma, en ejercitarlo hasta que sea nuestro, en liderar la comunicación hasta lograr cosas.

Soledad me acaricia los labios y yo entiendo que algo debería sentir, pero no lo siento. Soledad y Celeste podrían ser la misma persona si la miro de cerca, de tan tan cerca, quiero decir. ¿En qué se asemejan tanto, en qué? Quizás solo en el hecho de que son mujeres dispuestas a sentir algo por mí. Eso les arma el mismo dibujo en la cara. Soledad me sostiene las mandíbulas y me besa en los labios. Apenas. Siento humedad, y algo de calor. Le pregunto si quiere que encienda el aire frío y me responde que no. Vuelve a besarme. Ahora abre un poco más la boca. Me pregunta si me gusta. Me parece apresurada la pregunta, pero por las dudas le respondo que sí. Entonces me besa más largo y yo devuelvo el beso hasta que todo se ensaliva y se mueve. Estoy haciendo lo que hay que hacer. Lo que las personas dictaminaron que hay que hacer. Soledad me saca la camisa. ¿La desprende igual que Celeste? Quiero decir: ¿exactamente igual? Le ofrezco que encendamos la ducha y nos mojemos. Soledad responde que sí con una sonrisa llena de disponibilidad. ¿Por qué hacen eso? Quiero decir, las mujeres. Esa predisposición para la desnudez, para el clamor del placer, para los gestos pecaminosos. Para recostarse sobre el pecho de cualquier hombre y mirarlo hasta que le brillen los ojos. ¿Qué es lo que en el fondo están interpretando?

Tal como digo, en un instante ya estamos desnudos, bañándonos, teniendo sexo, sexo y sexo. Soledad propone todo tipo de cosas a las que accedo porque puedo sentir cosquillas. Me gustan las cosquillas, no me molestan. Pueden ser un valor agregado. Soledad flexiona las piernas, apoya las rodillas, después la espalda, tuerce el cuello, ejercita la lengua. Soledad se mueve por el entusiasmo y la esperanza. Y eso, solo eso, me genera mucho rechazo. ¿Quién les dio, a las mujeres, la aptitud para el placer? Pero ahí estamos, haciendo un trabajo manual y físico. Todo lo que es ejercitar. Preferiría no gastar tanta agua potable, pero mejor no pensar en esas cosas. Soledad mojada parece otra persona. Tampoco sé quién es esa otra persona.

Es inútil. Pese a esto y a aquello y a todo lo demás, apenas tengo sensaciones. Algo leve llega: como si alguien pegara un grito desde muy muy lejos y el sonido impactara reducido, algo así, minúsculo y muy lejano.

SABIAS DECISIONES (Antes)

Celeste mira a Simón a través del vidrio. Él alimenta a una pitón birmana que atrajo la atención mundial porque pesa cincuenta kilos y mide casi seis metros. A simple vista se podría decir que es verde y marrón, pero existe un *expertise* alrededor de la verdadera coloración de la especie y no se limita a dos colores. Son infinitas tonalidades devenidas del marrón que conocemos, incluso del verde. Van en degradé y suelen cambiar según el hábitat o las condiciones climáticas en que se encuentre la especie.

Celeste está comiendo un sándwich de miga de jamón y queso. Tiene media hora libre antes de volver a la facultad, a la que se traslada en taxi porque si no llegaría demasiado tarde. Celeste no tiene problemas de dinero, puede darse el lujo de tomar taxis y remises cuantas veces lo necesite. Incluso le encuentra un placer particular a ese vaivén. Abrir la puerta del vehículo, percibir la textura del asiento, plush o cuero vegetal, el aroma del auto, en el mejor de los casos limón, lavanda o flores, la oxigenación natural que entra por las ventanillas o la otra, la del aire ficticio. Simón en cambio, no. Es un hombre de cuarenta y dos años que vive del sueldo que gana en el museo, y quizás hasta logre sumar un extra si acaso lo ascienden a investigador, donde podría eventualmente viajar por países limítrofes para buscar y trasladar a otras especies, o incluso solamente para inspeccionarlas. Pero eso todavía no pasa y es probable que no suceda. Simón no tiene estudios académicos que avalen dicho ascenso, aunque más de uno le haya mencionado que no importa, que la escuela de la vida también cuenta.

Simón está intentando alimentar a la gran pitón birmana con crías de ratón. No es algo que demore demasiado tiempo. Simplemente tiene que soltarlas dentro del terrario y la serpiente las encontrará.

En el hallazgo es eficaz. Simón señala a la serpiente y se la muestra a Celeste, pero ella se resiste a mirar. Está comiendo un sándwich de miga, no puede alimentarse al unísono con la criatura de detrás del vidrio. Ver el espectáculo del desgarrar del ratón le genera algo en el pecho, no entiende bien qué, pero algo se le enquistaba un momento ahí. Simón, en cambio, sonríe con todos los dientes. No es un gesto que suela hacer. No es una mueca que Celeste esté acostumbrada a ver en su rostro. Simón es un hombre serio. Y ahora ahí está: su boca brilla. A Celeste le gusta mirarlo mientras hace lo que le gusta hacer. No termina de entender del todo el trance en el que él entra al mirar reptar un reptil. Pero también entiende que no es algo que ella tenga que compartir del todo con él.

Celeste mira la pantalla de su teléfono celular. No tiene mensajes nuevos y le quedan solamente quince minutos para darle un beso a ese hombre que acaba de conocer y que la tiene casi magnetizada. Sentada en un banco largo de madera, termina sus sándwiches y nota que le duele la espalda. No tiene donde apoyarla. Bebe un trago de agua y le hace señas a Simón para que vaya a estar con ella los minutos que le quedan. Simón le responde con un gesto que dice que sí. Lleva puesto el uniforme verde musgo reglamentario, y en los pies, zapatos especiales, con suelas preparadas para mojarse. A Celeste le gusta el cuerpo de Simón dentro de ese traje. Lo hace ver como un aventurero, como un emprendedor de safari con conocimientos de supervivencia en la estepa.

Anoche, en el departamento de Celeste, mientras intentaban dormir después de besarse un largo rato, Simón le contó que la semana próxima iría a buscar a su futura mascota. Que le habían confirmado que ya estaba lista: su primera serpiente amiga, hija o símil. Ella vio el destello en los ojos de ese hombre, como si fuera un animé. Otra vez vio aparecer esa luz que emanan los que están conectados con lo que les gusta. Celeste no está acostumbrada a verlo así, o al menos no por fuera de cualquier cosa que no sea su

afición. Apagaron la luz y, en la oscuridad, Simón le habló al oído mientras se acomodaba el pelo, que traía removido. Que su primera serpiente es un ejemplar que han abandonado en un laboratorio de las afueras y que no podían conservar en el museo por protocolos de seguridad. Que no es necesariamente legal guardarlas en hogares como mascotas. Celeste le preguntó cuáles son esas razones de seguridad y por qué es más seguro que la conserve él antes que el museo. Simón a duras penas logró responder a esa pregunta. En definitiva, no hay absolutos y Simón solamente quiere adueñarse de ella. Entonces declaró: que se trata de un ejemplar de África que trae veneno, pero nada superletal, nada de que preocuparse realmente. Que ya estuvo pensando nombres. Que es una hembra y que es tenaz, que necesita comer en horarios específicos, como una atleta, para no enfermarse del corazón o de la psiquis, que necesita determinado tipo de luz y de oscuridad.

Se quedaron dormidos.

Simón sale del serpentario y se acerca a la chica sentada en el banco de madera. Esa chica con la que se acostó más veces de las que se hubiera imaginado. Más veces que con cualquier otra mujer en su vida. Esa chica que trae una belleza tan armónica que él no termina de aceptar. Esa chica que lo conmueve igual que el terror, aunque no le genere exactamente eso. Con rulos dorados en la cabeza, ojos negros, y un cuello largo y cremoso, que querría no dejar de besar o de condecorar nunca. Se sienta al lado de Celeste y solo puede mirarla, como se miran las cosas que uno jamás va a tener. Celeste le pregunta si le pasa algo y él le responde que no. De repente se siente tímido, como empujado hacia adentro. Hay algo en el bienestar que no puede soportar.

Celeste le dice que se tiene que ir, que gracias por los sándwiches y que pueden verse el fin de semana. Simón no esperaba que ella tuviera que irse tan rápido, le pregunta si no se puede quedar un rato más. Celeste se niega sin un atisbo de duda. Que no dedique ni

siquiera un instante a considerar su petición pone en un estado particular a Simón. Entonces le transpiran las palmas de las manos. Le cambia de tema. Le habla de la pitón. Que si no le parece preciosa. Celeste le responde que sí, pero que se tiene que ir. Que desde que lo conoce a él empezó a llegar tarde a las clases y que eso no es digno de ella. Entonces Simón entra otra vez en ese temblor que no había sentido nunca antes, ese que Celeste ya está empezando a conocer. Algo le hace ruido en la cabeza, como si lo ensordeciera. A ella no le gusta cuando se pone así, entonces le da un beso húmedo en la mejilla. Simón le agradece y la despide con frialdad. Como si ya no le importara lo que haga esa mujer que en dos meses se llevó su vida por delante. Celeste se angustia, no entiende qué pasó. No quiere irse y quedar atada a esa extraña imagen de un hombre agraviado. Insiste. Que la disculpe, que ya se hace tarde y que tiene que irse a su clase. Simón no le responde. El museo a esa hora está vacío. Quizás siempre lo está.

Celeste se acerca a Simón y le da un beso en los labios. Breve y mojado. Él responde igual. Entonces se suman, uno sobre el otro, como un núcleo duro. Están sentados delante del terrario de la pitón, y también de las culebras rayadas. Simón acaricia el cuello de Celeste y ella hace lo mismo con él. Simón la agarra del brazo y se la lleva con él, con mucha delicadeza. Están escapándose hacia adentro del museo. Están apurados. Celeste quiere irse, pero también quiere cumplir con los requisitos necesarios para que ese hombre no se hunda en el tormento y, a la vez, besarlo hasta morir. Todo eso reunido también es una forma de estar con alguien. Simón empuja a Celeste con desesperación ahora, se va sumando la aspereza y también el deseo. Quiere tenerla cerca y no dejarla ir. Pero sobre todo no dejarla ir.

Caminan hacia la cocina del museo y después pasan directamente a la sala de investigaciones, un recinto de mosaicos verdes que también podría ser un cuarto de baño o un frigorífico. Simón besa a Celeste y ella responde igual. Están anudados para bien, pero también están perdidos. Simón le ruega a Celeste que no se vaya nunca. Ella no le responde, más bien se queda con el silencio que solo le permite abrir la boca para llenarse de los labios de él, que

huelen bien, que atemperan mejor. Simón le vuelve a pedir a Celeste que *por favor*, entre beso y beso, llega a delinear una oración que dice algo así como que por favor nunca más se vaya, y ella le responde que está bien, a duras penas, que nunca más se va a ir, aunque en el fondo sepa que se trata más bien de una oración del instante, presa de la pasión y no tanto de la enunciación.

Simón es absoluto. Es una tintura que cae del cielo sin ningún motivo y lo cubre todo. Y más. Simón es una serpiente madura que abre la boca y la mantiene abierta durante minutos, dejando pasar el aire, en señal de defensa personal. No hay nada que Simón proteja más ferozmente que su propio bienestar. Entonces le dice todo lo que se dice en esos casos. Y los dos entienden que se sienten demasiado atraídos el uno por el otro, o acaso enamorados, y que están a punto de desvestirse sobre una camilla veterinaria embadurnada de alcohol etílico. Y también a punto de desviarse de la línea recta en la que deambulaban y entrando en otra que es un poco más confusa, la de la dependencia, la del abandono de la vida como la conocían. Te amo. No, yo te amo. No, yo también te amo. Bueno, pero yo te amo más. ¿Estás seguro? No. Yo creo que te amo como nunca antes amé. Yo nunca antes amé, así que sí, te amo más que vos a mí. ¿Cómo podés saber cuánto te amo si no estás en mi cabeza? Porque lo sé, porque nadie es capaz de amar como yo. Porque yo amo con mayor profundidad. ¿Es una competencia? Sí. Es. Te amo. Yo también te amo. No te vayas nunca más. Ya llegaste. No te vuelvas a ir. No me voy a volver a ir. ¿Me lo jurás? Te lo juro.

LUGARES VACÍOS

Aldana sabe que hay cosas que rozan la ilegalidad, pero hace dos noches que no puede dormir. Cuando finalmente logra conciliar el sueño, un montículo de imágenes se lo interrumpen y abre los ojos otra vez. Mira fijo el reloj de pared con la esperanza de haber dormido unas horas más. Aunque sean dos o tres horas seguidas. Pero no hay caso. Esas pesadillas duran solo instantes. Dicen que dormir algunos minutos de corrido ayuda al descanso, pero Aldana no cree que sea así. Durante el día se encuentra haciendo poses de fantasma. En el regreso hacia su casa, durante un viaje en subte que la hace tambalear más de lo habitual, como si tuviera grandes dosis de alcohol en sangre, ahí cierra los ojos apenas y otra vez están esas imágenes, todas acumuladas. No son algo que pueda memorizar bien después. Es una especie de yunque negro que cuenta una historia espeluznante. Y el horror la hace querer escapar de ahí, y escapar significa despertarse, pero estar despierta es no estar viva del todo porque el sueño la tumba. Entonces Aldana hace días que no está en ninguna parte. Está detenida en el umbral entre el sueño y la vida. Sale de su cama en plena noche para cambiar de espacio, se acuesta en el sillón del living desde donde mira por la ventana el pedazo de cielo que queda entre balcones. Su perra se acuesta con ella también, porque si Aldana abandona la cama, ella también la abandona. Aldana y la canina ven amanecer desde el sillón de tres cuerpos.

Esa tarde toma una decisión. Una idea le llega de ninguna parte. De ningún derivado de algo que escuchó, ni de alguna charla que mantuvo con alguien, ni siquiera con Gina. Llega algo que se instala en su cerebro en un instante, producto del sueño o de la falta de combustión. Esa tarde se ducha rápido para sacarse las partículas de

extraños de su cuerpo, sobre todo de manos y cara, y se viste con un jogging y una camiseta del Club Ferro Carril Oeste. Elige a conciencia. La mixtura que menos llame la atención. Le pide a su perra que le desee suerte y también le ordena que cuide la casa mientras ella no está. La perra apenas acusa recibo. Aldana baja por el ascensor de su edificio, el de puerta tijera. Se mira en el espejo. Después de la ducha y con el pelo mojado se ve como si alguien la hubiera desterrado, aunque las ojeras violáceas se complementen bien con el verde de la camiseta. Aterriza en planta baja y golpea la puerta del cuartito de Gina. A esa hora la portera no suele estar ahí, pero de todos modos golpea para asegurarse. Silencio. Aldana empuja la puerta de madera, que rechina un poco, y la abre. La luz del cuartito está apagada y decide no encenderla. Si alguien la viera ahí sería un tema de conversación para futuras reuniones de consorcio en las que ella preferiría no estar para esquivar todo tipo de explicaciones. Actúa como en ceguera. Toca con la palma de la mano, hace un reconocimiento de terreno. La mesada, el escritorio, la lámpara. Más arriba, el mueble tipo alacena. La puerta del mueble. Jura que va a estar cerrado con llave y que eso mismo será el fin de su plan. Lo palpa despacio para que la desilusión no llegue tan rápido. Oye la cadena del ascensor ponerse en movimiento. Alguien que lo llamó para bajar y salir a la calle. Por las dudas, se queda quieta. Intenta abrir con parsimonia la puerta de la alacena y, para su sorpresa, está abierta. En ese instante piensa en Gina, en la incapacidad de conciliar el sueño que ella también está teniendo, y en las torpezas que también estará cometiendo en su día a día como, por ejemplo, dejar abierta la puerta que lleva al plantel de copias de llaves de todos los departamentos del edificio. Pobre Gina, qué tormento que justo le aparezca un cadáver en el edificio que ella misma protege. Ni el peor portero de la ciudad se merece algo así. Pero igualmente Aldana agradece el descuido de Gina.

Alguien desciende del ascensor. La puerta se abre con muy poco cuidado. Son dos mujeres conversando. Se ríen. Hablan alto. Aldana no reconoce sus voces. Quizás ni siquiera vivan ahí. Se congela en la acción. Estar parada en la oscuridad es muy parecido a intentar conciliar el sueño. Aldana siente que su vida ahora se limita

solamente a eso: a contabilizar los minutos en los que duerme, a sumarlos entre sí para obtener horas completas de descanso, aunque en el fondo eso sea falso, por supuesto. Fueron veinte minutos, más treinta minutos, más dos horas: un total de dos horas cincuenta minutos, es decir, tres horas de sueño.

Aldana enciende la linterna de su teléfono para dar con la llave del 5.º C. No puede creer que haya sido tan fácil. Debe estar pagando karma por adelantado: su cerebro explotará pronto por la falta de sueño, pero a cambio logrará alcanzar con éxito sus pequeñas metas.

Sale del cuartito como puede, haciendo el menor ruido posible. Cierra la puerta sin llave, tal como estaba, y sube en el ascensor. Mira la llave bailar entre sus dedos. Lo que acarrea es el acceso total al departamento de Celeste Blum, ese que está encintado por la fiscalía por preservación del lugar de los hechos. Por un instante tiene la sensación de que el olor vuelve, como si fuera por oleadas. Ese vaivén clásico de los olores. Está segura de que es una noción fantasma, porque el cadáver ya no está y, si se aleja el foco de origen, es imposible que el olor se consolide. Es pura sugestión.

Baja del ascensor. Ya está en el quinto, su piso. Oye a su perra ladrar apenas, con la ley del mínimo esfuerzo. Sobre la puerta del departamento de Celeste hay una cinta, pero es más bien de carácter estético. Quizás la Policía Federal no tenía mayor presupuesto para encintarla del todo y solo quedó la opción minimalista. A Aldana le transpiran las manos y un poco le tiemblan. Todo depende ahora de su motricidad fina. Lo logra. La puerta de madera cede y hace clac. Aldana no puede creer ya estar adentro. Todo lo que surgió como una curiosidad ahora es un hecho. Las luces están apagadas y ya está atardeciendo. El alcance de la vista es reducido pero suficiente. No se animaría a encender los focos. Ya sería tentar demasiado al destino.

Aldana avanza despacio sobre el suelo de parquet. El departamento es pequeño. Parada al costado de la puerta, puede tener una vista panorámica de toda la circunferencia: el living comedor, la cocina, la puerta a la habitación, la puerta al baño. Aldana prefiere no entrar ahí. Le da miedo. Pero un miedo agudo,

como si perteneciera a una Aldana del pasado, con otra fisionomía, estatura y peso. Una Aldana que no racionaliza con suficiente inteligencia, que más bien se limita a sentir con todo lo que tenga al alcance. Una niña, más bien. Un terror ancestral. De monstruos, muertos y cavernas.

Aldana avanza hacia el living. Parte del suelo está cubierto de una moqueta lisa, de color bordó, como el vino. El sillón de tres cuerpos sigue intacto, con un tapiz de flores algo brillantes, como una piel grasosa. Sobre una mesa baja, también de madera, hay una gran pila de revistas de farándula. Aldana queda apenas imantada por los titulares: «Madre a los 48», «Mis hijos son mi cable a tierra», «Llegaré hasta donde Dios me deje», «El dinero no me da poder, solo me tranquiliza».

También hay dos tazas usadas que probablemente hayan quedado del día en que encontraron el cuerpo. Hacia el lado de la cocina hay otra mesa de madera con cuatro sillas. Sobre la mesa, una especie de jarrón de vidrio con flores secas. Imposible definir de cuándo, lo único evidente es que están muy secas. Ya no emanan ningún tipo de olor. La mesa está impecable, la madera tiene capas de laca, lo que hace que parezca nueva. Se asemeja al tono del piso, al mismo parquet. Las sillas no tienen ninguna identidad. No parece que alguien las hubiera elegido a conciencia. Son solamente sillas de madera, en apariencia incómodas. Aldana prefiere no sentarse, por si acaso algo de las huellas. No va a tocar nada. No quiere quedar atada al caso para siempre. Por un instante piensa en eso y le da una puntada en la cabeza, una especie de dolor que al instante desaparece. La luz también. Cada vez ve menos. No encenderá la linterna del teléfono, eso también podría empeorar las cosas. Va hacia la cocina, una especie de ambiente abierto, sin puertas. ¿Las habrán tirado por estética? La cocina, la sala de la cocina y el living forman todos parte de lo mismo. Sobre la mesada símil mármol hay una cafetera de filtro y una máquina para hacer yogur. Todo está impecable, como si no se hubiera usado. ¿Habrán limpiado la casa?, se pregunta Aldana. ¿Habrán tomado las huellas suficientes y después habrán llamado a alguien para que limpie y desodorice? ¿Realmente se hace así? O quizás es simplemente que Celeste Blum,

la joven de menos de treinta años, era adicta a las superficies brillantes. Sobre la bacha de la cocina hay un ventanal pequeño que da al pulmón del edificio. Es una lástima, piensa Aldana. La pared recortada de esa manera no ayuda a recibir ningún tipo de luz solar, pero tampoco está tan segura. Quizás llegue algo. Se imagina a Celeste lavando los platos ahí, mirando cada tanto el pulmón del edificio, a alguna paloma atrapada por ahí, oyendo las voces de los vecinos que se filtran, las luces que le son negadas.

Abre la heladera y no le sorprende encontrar nada más que la mitad de un limón reseco y cubierto de moho. Algo que también está generando olor. Aldana se ve tentada de agarrarlo y tirarlo, pero al instante recuerda que está en la escena de un crimen. La heladera no parece tener tantos años de uso. Tiene pinta de ser un modelo fabricado hace poco. Es linda, de buen frío. ¿Qué harán con los electrodomésticos de Celeste una vez que el caso transcurra? ¿Los regalarán? ¿Los confiscarán? Y el departamento, ¿pasará a manos de la única tía viva de Celeste, esa mujer que pasada una semana del caso todavía no se acercó a ver cómo estaba todo?

La gente es de terror, piensa Aldana, y esa indignación la hace sentir más cerca de sí misma y no tan en la escena del crimen de una extraña. Las paredes del living parecen tener un tono amarillento, mientras que las otras paredes son blancas –como debe ser, piensa Aldana–. Sobre una pequeña cómoda encuentra dos portarretratos. Sí, era de esperar. En una fotografía, una mujer de rulos sostiene un bebé que mira a cámara. Es demasiado evidente que esa mujer de rulos pequeños es la madre de Celeste y la carga mientras la retratan. La madre que, entiende Aldana, aunque no sabe de qué, murió hace años. Y en la otra imagen, Celeste está sentada en el rellano de un edificio. No parece una foto vieja, quizás sea más bien actual. Lleva puestos los rulos que la caracterizan y mira a la persona que la retrata con un gesto dulce. ¿Quién le habrá sacado esa foto? Parece una mirada liviana, de un romance en puerta. Pero Aldana ya está proyectando. Mejor seguir.

Sobre la pared de encima del sillón hay un dibujo colgado y enmarcado. Parece hecho en acuarela por alguien con muy buen pulso. Si entiende bien, Aldana logra ver en esos manchones en

tonos ocres una forma similar a la de una serpiente. Por la lengua que sale de su boca y la forma del iris de sus ojos. Una serpiente abstracta, sobre un fondo blanco. Aldana reconoce la belleza de la pieza, sobre todo porque combina sutilmente con el tono de la pared, pero no es algo que ella elegiría colgar en el living de su casa. Si bien no es lo primero que se ve al entrar, tiene algo magnético, no tanto por su belleza sino por su forma amorfa. Ella, en cambio, tiene colgadas en el living dos láminas fotográficas en blanco y negro. Una de la Torre Eiffel y la otra del puente de Manhattan. Estructuras que al mirarlas se ven sólidas y eternas. ¿Qué podría dar mayor seguridad o estabilidad que mirar algo que está tan bien hecho? Aldana nunca viajó a esos lugares, pero no necesita haberlo hecho para colgarlos en su living. Es una forma de sutilmente decir: nunca fui, pero ya voy a ir. Ténganme paciencia.

Aldana camina hacia la habitación. Ya es casi de noche. Pasa por al lado del baño y siente un escalofrío, como si el espíritu de Celeste todavía estuviera ahí, capturado en la bañera, preso de todo eso. Aldana entiende que son fantasías, pero aun así se siente frágil frente al poder que tienen las imágenes que le generan insomnio. Están ahí, como una institución sin fines de lucro.

Abre la puerta de la habitación. La madera rechina. Aldana intenta acallar el sonido. Entre el rechinar y la oscuridad la sugestión va en ascenso. Al notar que la habitación no tiene ventanas decide encender la linterna del celular para poder entender dónde está parada. Ahí ve la cama. Una base de madera y un colchón gordo, del tamaño de la Reina. Un cubrecama blanco y dos almohadones, también blancos, coronan todo. ¿Por qué elegiría tanta blancura una chica de menos de treinta años?, piensa Aldana. ¿Cómo cuidaría tanta pulcritud? ¿Dónde está el lavarropas en esta casa? Pero ahí piensa que probablemente esté en el baño, y no, no va a entrar ahí. ¿Tendrá el olor de Celeste la cama aún? Las sábanas, ¿tendrán su contorno?, ¿sus cabellos? Probablemente no, probablemente ya hayan quitado todo y este cubrecama blanco ni siquiera sea de Celeste.

Del lado derecho hay una mesa de luz de madera de caña, y encima, un velador de metal. Están bien pensados los colores y las

texturas en términos decorativos, quizás mejor en la habitación que en el living, piensa Aldana. Igualmente hay un desentona importante entre las maderas y las cañas, pero eso sí es más acorde a una chica de su edad. Frente a la cama, ve un pequeño escritorio que conserva stickers pegados sobre toda su superficie. Al fin nota algo que Celeste podría haber usado en el pasado. Todo lo demás parece una compra reciente de una chica que intenta ser más adulta de lo que genuinamente es. Los stickers son de unos dibujos que Aldana no reconoce. Son gatos, perros o cobayos. No sabe. Y tienen frases en idiomas. Tampoco llega a ver bien, aunque alumbra con la linterna del teléfono. Sobre el escritorio no hay nada. Seguramente ya hayan quitado sus cuadernos, libros, anotadores. Todo lo que pudiera tener la caligrafía de Celeste. Pero quedan sus decisiones estéticas, que no son menores, y esas figuritas infantiles que alguna vez adhirió al mueble y nunca más quitó.

Aldana nota que esta es la primera vez que se siente realmente cerca de Celeste: al mirar esos stickers adheridos sin ningún tipo de criterio. Se imagina a la Celeste de quince años, o de diecisiete, incluso la de veinticinco: son todas iguales, con la misma cara angelical y dulce, de mentón redondo, de tonos rosados. Todas están sentadas en este escritorio escribiendo algo, o leyendo, o simplemente esperando que el tiempo pase. Aldana se da cuenta de que no hay libros ni nada que esté hecho de papel en el departamento. Que ya quitaron absolutamente todo. Piensa que menos mal, porque ver todas esas cosas hubiera sido demasiado tentador y le hubiera tomado mucho tiempo. Pero todavía faltan los placares.

No hay nada más contundente que un lugar vacío. Esta es la primera vez que Aldana se siente tan cerca de Celeste, incluso más que la semana anterior cuando tuvieron que reconocer el cuerpo. Aunque ya hayan quitado muchas cosas y el inmueble esté más despersonalizado que antes, sin olor a comida, a limpieza, o a nada en particular, sin papeles, o libros, o desorden de cualquier tipo: Celeste es su casa. Esta idea conmueve algo en Aldana, como si eso mismo la empujara al centro de la tierra. Se desarma a los pies de la cama de su vecina, con el cuerpo tirante porque sabe que no puede

desordenar ni dejar huella. Alguna vez oyó que es un clásico que el asesino vuelva al lugar de los hechos, y si alguien notificara que ella estuvo ahí, podría convertirse en sospechosa. La paranoia y la tristeza se le acentúan. Este es el mayor acto delictivo que Aldana cometió en su vida: entrar a un departamento sellado por la policía.

En un instante, y sin pensarlo demasiado, abre la puerta del placard. Un mueble de madera que llega casi hasta el techo, con cuatro o seis puertas en total –no las llega a contar– pintadas de blanco. De nuevo la atrapa el pensamiento sobre las decisiones estéticas. ¿Celeste habrá pintado las puertas? ¿Habrá comprado el inmueble así? Aldana vive en el edificio hace casi quince años pero, aunque lo intente, no logra recordar quién vivía ahí antes. Tiene el razonamiento demasiado atropellado ahora mismo.

Abre las dos puertas principales y ahí está colgada la ropa. Eso no se lo llevaron aún. Todo el ADN de Celeste recubre tapados y camperas. Las hay de cuero, de cuerina, de friza, de jean, pantalones largos, cortos. Todo cuelga de perchas deformadas. Debajo de los abrigos, zapatos, zapatillas, ojotas, sandalias. Celeste estaba bien provista frente al clima y la moda. ¿Ganaría mucho dinero? ¿Compraría ropa usada? Más bien la segunda opción, a juzgar por los modelos que logra ver Aldana, que parecen ser de una generación anterior. Nunca va a entender el placer que tienen las veinteañeras por la ropa usada, demodé, retro, vintage, con aroma perpetuo a naftalina. No hay algo concreto que mirar la ropa de Celeste le ofrezca. No siente alivio, solo puede pensar en términos de estilo y tendencia. Prefiere cerrarlo.

Aldana camina lentamente hacia el living otra vez. Ahora realmente no puede ver nada. La oscuridad es completa. La única luz que entra es a través del ventanal de la cocina, y de la ventana del living, que da también al pulmón del edificio. Aldana piensa que la juventud no prioriza la presencia de luz solar en sus departamentos, que por eso vivir de cara al pulmón no les hace daño. Pero después, a partir de la treintena, eso cambia. Y el estado de ánimo toma otro tipo de protagonismo.

Aldana arrastra los pies sobre la moqueta y siente una pequeña descarga eléctrica. Mira la puerta del baño. La mira como si latiera,

como si detrás hubiera una nueva forma de existencia. Como si fuera la entrada o salida de un agujero negro. No la va a abrir. Opta por pensar –o por sentir– que esta visita le dejó algo. Que la acomodó en algún lugar, que la acercó a Celeste quizás para abrazarla, o para avisarle. Que había algo maligno dando vueltas. Que tendría que haber hablado con alguien. Que por qué no lo hizo. Aldana apaga la linterna del celular y con demasiada parsimonia sale del departamento. En el pasillo del quinto piso no hay nadie.

Se sirve un trago de vino color bordó y se acomoda en su sillón. La perra camina lento pero certero hacia el costado de su dueña. Se amotina ahí. No tiene mucho más que pedirle a la vida. Aldana llama por teléfono mientras bebe un trago largo. Del otro lado, atiende el hombre de pequeños dientes con el que cree estar hilando algo. Ni bien entró a su casa, lo primero que hizo Aldana fue contarle de la hazaña que había llevado a cabo. Él se asustó, entendía la gravedad del acto, pero al instante quiso que Aldana le narrara. Al hombre le gusta la forma de hablar que tiene esa mujer, sus ademanes, el vaivén de su cuerpo y el olor a perfume que deja. Entonces Aldana le cuenta: del living, de la mesa, de la cafetera, del aire fresco y seco que había ahí adentro, de la falta de papeles que evidentemente han sido confiscados, libros, cuadernos, de la cercanía casi paranormal que sintió con su vecina. Y por primera vez, Aldana rompe en llanto. No intenta esconder el arretrato. Lloro con angustia, como limando la bola inmensa que tenía atrapada en el pecho. El hombre se preocupa. No tienen suficiente confianza, pero igualmente siente pena por esa mujer embebida en un asesinato ajeno. Aldana llora y su perra se le acerca, intenta lamerle la cara para ofrecer su compañía de una manera precisa. El hombre le pregunta si quiere que vaya a acompañarla. Que él podría salir, buscar su auto, ir a su encuentro, llevarla a comer algo, o a tomar un helado. Le ofrece infinitas opciones. Pero Aldana le agradece, entre sollozos, y le dice que está bien. Que se siente muy bien con la tristeza en forma expresa. Que era lo que venía necesitando desde que empezó todo. La perra y el hombre quieren hacer algo por Aldana, pero ella no quiere que nadie haga más nada.

Esa noche duerme mucho y muy bien, como una persona que en

la vida solo anhelaba dormir.

COPACABANA

Abro los ojos en lo oscuro. Es asombrosa la eficacia de los blackouts de este país. En el pico pleno del sol matutino es posible generar un cuarto totalmente negro. Tanteo mi teléfono celular y veo que tengo varias llamadas perdidas de mamá. La pantalla me enceguece por unos segundos y salgo de la cama con cuidado. No quiero que Soledad se despierte, no por cuidarle el descanso, sino porque no quiero que empiece a hacerme preguntas. Esa potestad sobre la vida del otro que otorga el encuentro sexual. Es tácita, aparece así nomás, de un instante al otro, como una tercera persona en la habitación.

Intento mirarme solo de reojo en el botiquín del baño, pero es inútil. Me presto absoluta atención. Noto que el pelo caído sobre la cara me sienta bien. Sobre todo ahora que encanecí, debajo de la boca, y arriba, en cierta parte del bigote. Para los cuarenta y dos años que tengo soy dueño de una salud capilar notable. El pelo de la cabeza es fino, pero todavía tiene la capacidad de generar el movimiento que yo quiera. No voy a mentir. Suelo ser muy entusiasta cuando me miro al espejo. Abro el teléfono otra vez. Sobre el fondo de pantalla, una de las últimas fotos que le saqué a Alicia. Sale abriendo la boca en gesto de amenaza. Me encanta cuando hace eso, porque no tiene nada de amenazante en realidad. Parece más bien una carcajada. No puedo no ilustrar mi teléfono con esa imagen. No me pidan que no lo haga.

Hay tres llamadas perdidas de mamá y un mensaje escrito en el WhatsApp que dice: *Llamame. Algo saben*. Mamá es una mujer mayor pero está sobreadaptada. Las infinitas formas de comunicación moderna no la afligen. Sabe muy bien cómo ser contundente en dos oraciones. Usa a la perfección la brevedad que

exigen este tipo de aplicaciones para captar la atención de un ser humano de a pie –en este caso, su hijo–. Me sobresalto. Sé que no es posible nada de lo que está diciendo, pero algo por dentro me hace dudar. Busco su contacto. Ahí está la foto de ella, abrazada a mi hermano y también a mí, como debe ser, el amor de una madre está en todos lados, como Dios, cualquier Dios. Qué linda es la palabra *Dios*. Ni bien empiezo a llamar, después del primer tono, oigo que golpean a la puerta del baño con un énfasis desmedido para esta hora de la mañana.

–¿Te escondiste? –pregunta Soledad, convocando a la gracia. Corto la llamada para responderle rápido.

–No. ¿Necesitás entrar?

–No estoy apurada, no. Solo quería que nos despertáramos juntos.

–¿Cómo juntos?

–Claro, al unísono. Abrazados. Abrir las ventanas y mirar el paisaje en el que estamos.

Le respondo apenas. No sé qué decir, no quiero ahuyentarla, pero tampoco la quiero conmigo. No entiendo el entusiasmo. Entiendo pocos tipos de entusiasmo, pero este es el que menos. Le respondo que me voy a duchar y que después vemos.

–¿Puedo ducharme con vos? –me pregunta esta vez.

–Prefiero hacerlo solo.

–¿Te da vergüenza?

Lo último ya no lo respondo y enciendo el agua caliente, que corre con fuerza. Así es mejor. Soledad no insiste.

Dejo correr el agua para que Soledad no oiga y vuelvo a llamar a mamá. No me atiende, así que aprovecho para bañarme de verdad y no tener que fingir limpieza después.

Cuando vuelvo a la habitación la luz del sol me ahueca los ojos. Los cierro apenas y puedo ver a lo lejos a Soledad agachada y semidesnuda sobre la *moquette*. Está mirando a Alicia, que también la mira. Es una especie de duelo de doncellas.

–Tiene hambre, me parece.

Le digo que no es posible, que todavía no es su horario de desayunar. Que tiene un calendario estipulado con cantidad y calidad de comida. También le sugiero que se vista para acercarse a Alicia.

Que, aunque parezca que no, ella entiende perfectamente lo que es una mujer desnuda y no quisiera que eso le convoque pensamientos sobre mí. Soledad me mira y se ríe, como si le estuviera haciendo una broma. Mientras empiezo a vestirme se me acerca y me da un beso breve en la boca. Me pregunta si no tengo algún deseo de terminar lo que empezamos ayer durante la noche. Sabía que este intercambio tarde o temprano llegaría. Siempre llega. No pude penetrarla y esa será una deuda milenaria. Pero casi nunca puedo, y saber eso me consuela. Para mí la intimidad o el placer o, más que el placer, diría el deleite, ¿o la satisfacción?, la compañía, eso mismo: la compañía no tiene que ver con penetrar a una mujer, sino más bien con estar muy cerca de ella durante un tiempo determinado y generarle una temperatura corporal distinta a la que está habituada en su cotidiano, lo que puede ser provocado por besos en la mejilla, en el brazo, en la boca o caricias genitales, o incluso por palabras agradables dichas muy cerca de donde comienza el oído. Pero no puedo explicarle todo esto porque es muy temprano, porque tengo que llamar a mamá y porque no tengo una comprometida intención de que Soledad entienda qué clase de caballero soy.

Empieza a besarme el cuello y yo la aparto. Le digo que así estamos bien. Que ha sido diferencial la noche junto a ella. Otra vez vuelve a reírse, como si todo lo que saliera de mí fuera para hacerla feliz. Se viste con la muda de ropa que trajo puesta anoche.

Rescato del bolso de Alicia sus ratones congelados y los meto al microondas. Soledad se pierde en el baño y eso me alivia. Alicia está inquieta. No está acostumbrada a que haya mujeres alrededor y mucho menos en la misma habitación. No la juzgo. Y, además, tiene hambre. Mi pequeña sucesora, ¿qué otra cosa podría hacer para hacerte más dichosa?

Bajamos por la avenida Nossa Sra. de Copacabana con los lentes de sol puestos. Soledad sigue presa de un entusiasmo que dudo

haberle transmitido yo. Sus lentes son amarillos y parecen poco eficaces contra el rayo, pero reconozco que le quedan bien. Como es domingo, tenemos el día entero por delante, y no termino de saber cómo se hace para usar la honestidad sin dañar los sentimientos de una mujer que me mirará a los ojos con una pena arrolladora. Propone que desayunemos y le contesto que está bien. ¿Qué otra cosa podría hacer? Acatar a viva voz, rechazar en silencio.

El calor está llegando con más énfasis a la ciudad. Los taxis amarillos inundan la avenida, se multiplican sobre los autos civiles. Los edificios acá son de colores inesperados. Verdes, azules, celestes, también hay rojos. Son como sombrillas en puras playas. Soledad se ve acalorada porque el conjunto que trae puesto desde ayer parece ser muy pesado. Me cuenta una anécdota sobre su padre que no llegó a escuchar del todo. Yo logro llevar puestas mis ojotas y tener las manos en libertad me despeja algo por dentro. Suena música desde todos lados. Desde cafeterías, locales de açaí, ferias de ropa, edificios, autos civiles, incluso desde colectivos de línea o de celulares de gente que pasa caminando. Es imposible que estas personas puedan vivir sin sonido. La cantidad de mujeres en malla se triplicó de ayer a hoy. Acá es más común tener el cuero al aire, toda la piel, la cobertura de uno mismo. El sonido y las pieles, como si fueran cosas conjuntas. Bikinis, trikinis, mallas enterizas, mallas de competición, shorts de baño, vestidos estampados, pareos, faldas, túnicas, pechos excesivos, estómagos, pechos mínimos, inexistentes, ombligos oscuros, panzas o embarazos, sudor atlético, sudor sedentario, extranjero, local, nalgas rígidas, escondidas, a la vista. Soledad me pregunta si estoy bien, y le respondo que por supuesto. En estos lugares nadie está mal.

Elegimos sentarnos en un café frente al mar, que se ve todo desplegado detrás de nosotros, como una frazada celeste y oleosa. Hay una competencia entre tonalidades ahí afuera. El agua, el cielo. Y también entre gaviotas. Lo que daría por llevarle una a Alicia. Por ver cómo se desenvuelve comiendo algo así, fruto de su devoción. Ordenamos café, yogur, jamón, queso, pan. Hacemos todo bien. Todo lo que se esperaría de nosotros dos lo llevamos a cabo.

Le pido permiso a Soledad para hacer un llamado. Su pelo rojizo

brilla como si fuera una muñeca moderna. Me sonrío con calidez. Nunca pensé que quedaría atrapado así, pero no es la primera vez que me pasa. Salgo de la mesa y me alejo unos metros. Sin darme cuenta, voy bajando a la playa. Mamá atiende rápido esta vez.

—¿Dónde estás, Simi? —me pregunta, ya sabiendo dónde estoy, qué estoy haciendo y por qué.

—¿En dónde voy a estar?

—Te volví a llamar cuando me llamaste, pero no atendiste.

—Estaba saliendo a desayunar.

—¿Con qué plata?

—Todavía tengo plata, má.

—¿Te llamó tu hermano?

Le digo que lamentablemente no mientras hundo los pies en la arena blanca, tibia, pero también fría, por momentos. ¿Qué hizo esta gente para tener estos suelos, para apropiárselos del todo?

—Me avisó tu hermano ayer que lo llamaron de la policía.

—¿Cómo? ¿Por qué a él?

—No te hagas el tonto, Simi. ¿Qué pensás hacer?

Vuelvo a hundir los pies en la arena extranjera. No puedo evitar sentir una profunda envidia por este placer ajeno. Miro hacia atrás, casi en un acto reflejo, y veo cómo Soledad me hace un gesto con la mano. No me pierde de vista. Soy algo así como su hijo en plena etapa de aprendizaje.

—Facundo les dijo que no estabas en Buenos Aires. Que ni bien supiera algo de vos se iba a contactar. Pero esto recién empieza.

—No entiendo cómo llegaron a mí.

—¿Cómo no entendés, Simi?

—Quiero decir, no entiendo cómo llegaron tan rápido.

—Yo tampoco. No habrás hecho las cosas bien.

—Estoy seguro de que no las hice mal.

—Bueno.

—¿Estás comiendo bien?

—Sí, hijo. Me preocupás.

—No te preocupes. Te hace mal.

—Me preocupás.

—No me agregues problemas, mamá.

–Bueno, no me manipules.

–¿Eso es manipular?

–Sí, bueno, no exactamente.

–Me tengo que ir, má.

–¿Cómo está Alicia?

–Acomodándose. Recuperando el apetito. Un poco cabizbaja.

–Mandame una foto.

–Cuando vuelva al hotel te mando, má.

–¿Qué vas a hacer con el museo?

–No sé.

–Cuidate. Si necesitás plata, tenemos lo de Oscar. Y tu hermano también te puede ayudar. Acá está. Acaba de llegar. Dice que sí. No te olvides.

–Gracias, má. Por ahora no lo voy a necesitar.

Cuando vuelvo a la mesa, Soledad me mira con anhelo. Llegó lo que habíamos pedido y es cuantioso. Mucho café, mucho pan, mucho yogur. Aunque haya una pequeña desmesura, todo huele muy bien. Soledad prueba el café y dice que está rico. Esta vez le doy la razón. No está nada mal. Después propone que hagamos un brindis por Copacabana. Por haber llegado vivos después de un vuelo tormentoso pero dadivoso a la vez que permitió que pudiéramos conocernos. Sonrío, apenas. Me asombra todo lo que pensó esta mujer mientras me alejé un segundo. Celeste hubiera hecho exactamente lo mismo. Me bajo los lentes de sol, ella también. Levanto la taza. Ella también. Chocamos los cafés y decimos ¡salud! como si nos quisiéramos.

CUADROS MINIMALISTAS (Antes)

Simón y Celeste no tardan en conseguir asiento. Es un alivio. El tren está plagado de personas que desean lo mismo, pero es Simón el que libra la batalla silenciosa para obtenerlo. Y lo obtiene. Las cosas que se propone en general las consigue. El problema está en que quizás se propone poco. Por un segundo, Simón retiene ese pensamiento y después lo abandona, dejando que el paisaje que corre detrás de las ventanillas del tren haga lo que quiera con él. Esta tarde solo quiere pasarla superficialmente bien, como hacen las personas que aprendieron a vivir. No hay forma de obtener satisfacción desde lo hondo.

Durmieron en el departamento de Celeste y empezaron el día temprano, aunque se hayan acostado realmente tarde. Cenaron empanadas de choclo y carne suave que Simón compró en un local por la zona, y cuando estaban en sobremesa, frente a un silencio no tan incómodo, Simón le dio a Celeste un regalo. El primer regalo que le hizo a una mujer en toda su vida. Celeste no lo esperaba, pero esto de ser obsequiada por un festejante no era algo del todo anómalo para ella. Preguntó tres o cuatro veces *qué es qué es* mientras rompía el papel que lo envolvía y al verlo quedó perpleja. Simón le estaba regalando una ilustración minimalista de lo que en apariencia era un hombre sosteniendo, con los dos brazos, una serpiente. Algo así como un autorretrato de él, en el futuro. Simón quería que Celeste tuviera una especie de altar suyo, pensó ella, una representación fiel del día en que él adoptaría su primer ejemplar de *Dendroaspis polylepis*. Celeste estaba agradecida porque había algo armónico en esa imagen, pero también le sorprendía la síntesis que reflejaba. ¿Qué significaba para ese hombre que ella lo tuviera

colgado ahí, estampando una de las paredes de su living, junto a un animal que a ella ni siquiera le simpatizaba tanto?

Celeste lo abrazó con un querer bastante cierto y Simón se emocionó mucho, como si en ese regalo hubiera depositado algo más bien milenario que no tenía que ver con el amor, ni con Celeste en sí, ni con nada deducible, en realidad. Lagrimeó como un crío y mojó los almohadones. Celeste quiso saber si había hecho él la ilustración, pero Simón prefirió guardarse la respuesta. El gesto enterneció algún rincón dormido en Celeste. Entonces se besaron con lengua y se acostaron en la cama, uno al lado del otro, como respetando una simetría. Simón intentó penetrar a Celeste, pero otra vez no pudo. A Celeste no le importó. En cambio, hablaron en la oscuridad durante más de una hora. Celeste insistió, quiso saber de dónde había salido el cuadro minimalista, y Simón finalmente le narró la historia del herpetólogo del museo que cambió su vida el día que descubrió las acuarelas. No supieron bien quién se durmió primero, cuál de los dos fue el que dejó de contestar a las preguntas que el otro hacía.

Y ahora viajan hacia el norte, a la casa de la madre y del hermano de Simón. Desde su perspectiva, Simón mira el recuadro que genera la ventanilla del tren sobre el perfil de Celeste. Le cuesta entender cómo es posible que una chica de esas proporciones, del grosor de esas pestañas, pueda estar viajando en ese asiento rígido del ferrocarril con una predisposición semejante. Quiere hacer un comentario memorable pero no se le ocurre ninguno, es que Celeste le provoca eso: lo sume en el mayor mutismo en el intento de asimilar.

Una vez que llegan a la estación, buscan un remís que los acerque a la puerta de la casa de la infancia de Simón: un chalet de cuatro ambientes con techo a dos aguas, ubicado en las afueras de la pequeña ciudad, en un terreno repleto de sapos, ranas y ombúes. El calor ya empezó a inundar la realidad y ninguno de los dos está preparado en términos de vestimenta para afrontarlo.

El viaje en remís es breve. No hay nada muy distintivo para mirar. Las casas de otros, las decisiones de otros. Una vez que llegan a las coordenadas, Simón le paga al conductor. Le alcanza los billetes con

un temblor nervioso evidente en las manos. Celeste no lo nota porque durante todo el viaje mira a través de la ventanilla del auto, como si fuera una persona que no salió nunca del recuadro citadino. Y es un poco cierto: Celeste pasó demasiado tiempo de su vida a solas en los lugares donde hubiera espacio y tiempo para ella y esos eran pocos, reducidos, y no muy movibles. El remís sigue su camino mientras Simón y Celeste caminan hacia la entrada del chalet. El sol está en el punto más alto del cielo, y el temblor de las manos de Simón acompasa el sonido de las chicharras que trinan en los árboles.

Un perrito negro, cubierto de rulos de peluquería, ladra y corre hacia los pies de Celeste. Tiene el tamaño de un roedor y la peligrosidad de nadie y de nada. Simón dice que se trata de Osvaldito, el perro de su mamá, que siempre fue ciego y sordo. Pero Osvaldito puede oler, entonces hace su trabajo sobre los pies de la gente. A Celeste le llama la atención la cantidad de plantas y flores que hay en la entrada de la casa, detrás de una reja alta y verde. Plantas saludables y carnosas, hojas más livianas con flores pesadas, rojas, naranjas, fucsias. Celeste se pregunta si la vecindad tendrá tácticas para robárselas. Si acaso son tantas que el hurto casi no se nota. Abundan las dalias, repletas de pétalos que generan una textura que a simple vista puede marear. Parece la piel de un animal asombroso.

En un instante, y pese al rayo del sol, lo que se asoma desde la puerta del chalet es la silueta de Sofía. Una mujer de setenta y pocos con un vestido azul, tan largo como floreado también. Nota que lleva las uñas pintadas de rojo y, en los pies, unas sandalias sencillas pero costosas, de un cuero que todavía debe oler a cuero. Celeste no logra ver más que eso, una especie de síntesis. Todavía no puede reconocer las formas finales de la mujer.

—Simi, corazón. ¿Recién llegan?

Y ahí sí, toda entera, está la mujer que engendró al hombre que enamoró a Celeste. La luz se disipa detrás de ella y ahora puede verle las facciones. La genética se distribuyó de manera armónica en el rostro de esa mujer. Lleva el pelo lacio y corto, tipo carré pintado de rubio, y una piel bien hidratada. Sus rasgos son idénticos a los de

Simón, apenas más suaves. No es una mujer que sonría fácilmente, piensa Celeste, es más bien de esas que necesitan una extrema confianza y que estén dadas las condiciones climáticas y coyunturales para que ese gesto se les manifieste.

–Acá estamos, má. Qué calor tengo. Ella es Celeste.

Sofía le dice: mucho gusto, encantada y Celeste le responde algo similar, o exactamente lo mismo. Sofía le ofrece un beso en la mejilla y no la mira a los ojos. Celeste nota que la mujer lleva un perfume sencillo pero evidentemente caro también. Hay una voluntad de esconder la opulencia. Celeste no espera un saludo más grandilocuente que ese y camina hacia el living del chalet siguiendo a Osvaldito, que parece tener un lugar de privilegio en la trama familiar.

El living comedor tiene las luces encendidas aunque sean las doce del mediodía de un domingo destellante. La luz natural colma las ventanas, pero aun así. Los focos de luz blanca cuelgan del techo, estoicos.

–Apúrense, Simi, que no quiero que nadie nos vea.

Celeste no entiende por qué la mujer no querría eso, pero no lo pregunta. A Simón le tiemblan las manos más que antes.

Además de las luces de las lamparitas, hay un televisor de muchas pulgadas encendido sobre la mesa principal. Las imágenes se mueven mudas ahí dentro, como si fuera una decoración perpetua que nadie quitará. Celeste percibe que la casa huele a comida mezclada con desodorante de ambientes, del tipo lavanda o fragancia marina. Las paredes están empapeladas en tramas celestes, como si fueran ropa de cama, y los ventiladores están encendidos a un ritmo bajo. Hay una gran mesa ratona con ceniceros que habrán sido vistosos unos años atrás, una bicicleta fija de último modelo, sillones de símil pana y una cama de plumas negras donde duerme Osvaldito, que apenas entra ahí queda camuflado y ya no se lo ve. Celeste no puede dejar de mirar el living de la casa en donde se crio Simón, donde todo es sutilmente de buena calidad y, a la vez, pareciera estar atravesando los primeros grados de abandono.

–¿Facundo dónde está? –pregunta Simón.

–Salió con el auto, está comprando queso rallado. Ya debe estar por llegar. ¿Quieren un vaso de malbec?

–Yo no tomo alcohol –responde Celeste, y ofrece las botellas de gaseosa que compraron con Simón en el camino.

–Qué cara joven que tenés –le dice Sofía, recibiendo las botellas.

–Tiene veinticinco años, má, es joven.

–Ah, cuán joven –insiste Sofía

–Sí, soy joven –insiste Celeste, y sonríe.

–Mi hijo te lleva como veinte años.

–Le llevo diecisiete, má.

–¿Hicieron las cuentas? –dice Sofía, invicta en sonreír, y se sienta en la puntera de la mesa grande, donde ya están dispuestos los platos, las copas de vidrio, las servilletas de papel y un gran centro de mesa repleto de las mismas flores que estaban en la entrada, pero mustias. Sofía enciende un cigarrillo con una boquilla que a Celeste a simple vista le parece una varita mágica. Sofía le ofrece, pero ella rechaza.

–No fumás, no bebés. ¿Qué hacés entonces?

Simón sonríe. Celeste responde apenas, atrapada por la dedicación con la que alguien armó ese centro de mesa repleto de contradicciones.

–Simi nunca trajo una mujer a esta casa. Ni cuando vivía el padre. No sé si le damos vergüenza nosotros o le dan vergüenza ustedes – dice Sofía después de darle una pitada larga al cigarrillo–. Yo reconozco que a mí a veces me dan un poco de vergüenza las mujeres, pero no se lo digas a nadie –insiste. Nadie responde.

Celeste entiende tácitamente que es ese el silencio en el que debería sonreír, como dando lugar a un chiste que ni siquiera sabe si lo fue, entonces lo hace. Simón la mira con cuidado. En el fondo sabe que no hay comicidad en ese tipo de datos.

–¿Cuándo vas a buscar a la *petite*? –pregunta Sofía

–Alicia, mamá. Se va a llamar Alicia. Y no es tan chica, ya tiene un año. La busco el viernes después del turno en el museo. Ya le armé su habitación.

Simón busca su teléfono celular y se sienta al lado de su madre, que todavía fuma en la cabecera de la mesa. Celeste sigue parada al

lado de la puerta de entrada y entiende que ya es tiempo suficiente para sentarse junto a ellos. Deja su bolso colgar de una de las sillas de mimbre y se une a madre e hijo, simulando un interés que todavía no tiene. Simón va pasando algunas fotografías para que Sofía pueda opinar acerca del espacio que él confeccionó para la llegada de la nueva integrante. Sofía mira y sonríe con ternura.

–Simi, sos un hombre muy extremo –le dice, y lo despeina.

Apaga el cigarrillo en uno de los tres ceniceros que hay sobre la mesa. Celeste nota que el olor que hay en la casa tiene una tercera dimensión reconocible ahora, y es el tabaco. Comida, desodorante de ambientes, nicotina. Celeste no mira de nuevo las imágenes del celular que Simón ya le mostró. No hay nada que ella pueda decir o imaginar sobre la llegada de Alicia, entonces pierde la vista en la pantalla del televisor de muchas pulgadas, para aguar la mirada de las secuencias repetidas que están ahí afuera, en el mundo real. La imagen de un hombre de gran torso que surfea en una playa desierta. Detrás suyo se cierne una especie de tornado negro y azul, inquieto y persistente. El tornado no deja de avanzar y el hombre en su tabla tampoco. Es como un ascensor que no llega nunca al piso de destino, piensa Celeste. Esa secuencia de surfear dura un rato largo hasta que aparece la tanda de publicidad y vuelve la mirada al living de la casa.

–¿La vas a traer para que la conozcamos?

–Sí, mamá. El fin de semana vamos a venir juntos. Pero no es buena idea que esté Osvaldito cerca. Puede hacerle daño.

–¿Osvaldito a la víbora?

–No, al revés.

–Ni se te ocurra entonces –dice Sofía sin nada de gracia, más bien al contrario, severa y letal.

Osvaldito mira sin mirar a Celeste. Adivina su ubicación por el olfato. Celeste intenta hacerle una caricia, pero el animal se aleja. Parece huraño, además de ciego y sordo. En ese instante la puerta del chalet se abre y un hombre más bien calvo, de jogging y zapatillas deportivas, entra al living con bolsas de supermercado. Camina con fuerza, como si pudiera horadar el suelo con cada pisada. Como si hubiera mucha información a decodificar en cada

movimiento suyo. En ese instante, Celeste se da cuenta de que nunca le preguntó a Simón si Facundo era su hermano mayor o menor, dando por sentado que era más pequeño. Pero el hombre acalorado que se acerca a saludar mientras repite *un gusto, un honor* tiene al menos diez años más que Simón y una actitud de excesivo recato mezclada con un torrente ingobernable. Celeste le huele un perfume pregnante y algo de protector solar.

–Simón no nos dijo que eras tan joven –dice Facundo y mira a Sofía, que hace un gesto difícil de leer.

Celeste sonríe, porque cuando no entiende la ironía o el agravio solo puede practicar quedar bien. Osvaldito ladra porque alguien tiene que hacer algo, y el calor empieza a entrar a la casa también. En ese instante, Sofía se levanta de la mesa y empieza a cerrar las ventanas. Sube la velocidad de los dos ventiladores que recubren el living comedor y baja las persianas. La casa se queda a oscuras de sol, totalmente iluminada por los focos blancos, como si afuera ya hubiera caído la noche. Simón sigue mirando la pantalla de su teléfono como si todo eso fuera completamente normal. Celeste pregunta si la decisión rotunda es por el calor, pero la mujer no la oye. Simón tampoco.

Facundo sale del baño con las manos y la calva recién mojadas. Insiste en que el calor que hace no es congruente para la época y los invita a sentarse a la mesa para empezar a almorzar. Desaparece en la cocina y dice cosas desde allá que nadie oye desde el living. Los aromas de la casa son más intensos ahora que están encerrados. Desodorante de ambiente, nicotina, humedad, salsa de tomate, agua hervida, perro. Celeste vuelve a preguntar si el encierro es por el calor.

–Pura costumbre –responde Sofía encendiendo otro cigarrillo.

Mientras Facundo trae la fuente de fideos caseros a la mesa, Sofía despidе el humo por la boca:

–Así como lo ves con cincuenta y dos años, a tu hermano le pareció importante hacer algo y estuvo amasando desde temprano. Le dio el día libre a Clarisa y se propuso preparar todo él. Tienen mucho huevo, por eso el color tan amarillo. Yo solamente me quedé

cerca suyo mirando el proceso y cada tanto dije algo, pero tampoco dije mucho.

Celeste mira la fuente de pasta colocada en el centro de la mesa como si se tratara de un cálculo matemático que hay que desentrañar. Hay algo uniforme ahí dentro, que ya no se condice con la extensión de un clásico spaghetti embadurnado de salsa de tomate. Es como si alguien hubiera metido los brazos dentro de la fuente y los hubiera movido hasta cansarlos.

–Mi hermano nunca cocina, sentite halagada. ¿Te sentís?

Celeste responde que sí con la cabeza, sin poder apartar un instante la mirada de aquella fuente, como si ahí dentro hubiera algo fuera de eje. Sofía también mira a Celeste, casi con el mismo ímpetu, pero intentando entender cuál es el contenido de esa chica sentada a su mesa junto a sus dos varones. El sonido del motor de la heladera llega desde la cocina, terminando de darle identidad a la casa.

–¿Tus padres murieron hace mucho? –pregunta finalmente Sofía.

Facundo le acerca el plato y Celeste no termina de entender dónde empieza un fideo y dónde termina el otro. Es como si las cosas no pudieran conservar su forma original en esa casa, piensa Celeste, y decide al menos probar.

–Sí –responde Celeste y se llena la boca de comida. No va a ahondar mucho más.

Osvaldito se sube al regazo de Sofía y empieza a comer fideos del plato al mismo ritmo que ella. Nadie asume ningún tipo de incongruencia. Osvaldito se llena la boca de salsa de tomate que Sofía le limpia con una servilleta de tela y al instante estornuda como si se hubiera atragantado. Es un perro muy frágil.

–¡Salud! –le dice Facundo, que a la par se limpia el sudor de la cabeza con un repasador de cocina.

–¿Lleva mucho trabajo cuidar las dalias? –pregunta Celeste, ya sin hambre pero intentando que no se note. Hay un breve silencio en el que nadie responde. Simón se atraganta de comida, no se detiene para respirar.

–Te pregunta a vos, mamá –responde Facundo.

–¿A mí? No. Las cuida Clarisa. Yo solamente las miro, les saco

fotos, pero no sé cómo hacer para mantenerlas con vida –dice mientras bebe un largo trago de vino tinto y Osvaldito abandona sus piernas para camuflarse en su cucha de plumas.

Celeste mira a Facundo y le pregunta:

–¿Te gusta la cocina?

–Sinceramente no. Muy de vez en cuando si estoy de buen humor. Es Clarisa la que cocina en esta casa desde hace muchos años ya. ¿Cuántos, mamá?

–No me acuerdo –responde Sofía.

–Bueno, muchos años. Desde que nosotros teníamos algo así como veinte. Pero como ni yo ni mi hermano nunca trajimos una mujer a la casa, me pareció que era la ocasión para que cocinara yo y los hiciera caerse de culo. ¿O no que estuve bien?

Ahí se produce un breve silencio hasta que Celeste habla.

–¿Cómo nunca trajeron...?

–Es una forma de decir, es un exagerado, no le hagas caso – interrumpe Simón, intentando dar por cerrada la conversación.

–¿Sabías que mi hijo lleva adelante un grupo que defiende los derechos masculinos? A él le va por ahí el interés. Te lo cuento porque quizás te interesa. Y la verdad es que los hombres no suelen darse espacios para conversar sobre lo que les preocupa, sobre todo con la prepotencia que hay hoy en día de ciertos sectores feministas, o bueno, de mujeres más bien frustradas que inventan cosas o que exageran cosas. No quiero decir que inventan porque eso ya sería mucho. Entonces a Facundo se le ocurrió empezar a hablar con otros muchachos de la zona y de a poco se le fue armando algo así como una agrupación. Arrancaron online, pero a veces se juntan en vivo, ¿no?

–Sí. A veces nos juntamos en un local que supo ser una Unidad Básica y ahora no es más. A veces nos la prestan porque no le están dando ningún uso, pero en un par de meses ya lo vamos a empezar a alquilar definitivo. La verdad es que por ahora la mayoría prefiere no salir mucho, digamos. Quieren preservar la identidad.

Celeste escucha atenta y pregunta:

–¿A qué te referís con derechos masculinos? ¿Cuáles serían?

–¿Cómo *cuáles* serían? –responde Facundo, limpiándose la boca

con el repasador de cocina de motivos navideños.

Nunca abandona la mirada de la pantalla del televisor. Puede prestar atención a las dos cosas. Y Simón intenta acompañar la conversación también, para que no se debata solamente entre su novia y su hermano. Entonces pregunta:

–Calculo que quiere saber si están determinados en algún estatuto esos derechos o si es algo que están considerando ustedes...

–Ni una ni la otra –dice Facundo–. Hay algunas listas que fuimos redactando, sí, pero por ahora nada es definitivo. Las reuniones por ahora son espacios en donde nadie nos juzga. Libres de mujeres, digamos. Varios entran a los Zooms con personalidades anónimas y se sienten más cómodos así. Se ponen un nombre ficticio, una fotito de avatar, y listo. Esa es la parte positiva del online. Y me van contando cosas que les pasan con la pareja, con la madre, con alguna colega del trabajo. Yo los escucho y les digo lo que pienso. Les aconsejo desde donde yo creo que hay que aconsejar. Y somos cada vez más. El eje de todo es no dejar de ser varones. Nunca.

Simón termina un primer plato y se sirve más fideos. Pregunta si alguien más quiere y todos responden que no. En ese instante se oye la alarma de un auto en la calle. Mientras sorbe un spaghetti, Sofía dice que es el auto de Facundo. Él asiente y maldice, al unísono. Golpea la mesa en una acción muy inesperada que asusta a Celeste y hace ladrar a Osvaldito. Sofía y Simón, en cambio, no se inmutan.

–Lo dejé mal estacionado. Ahí vengo –dice Facundo y sale rápido hacia la calle. Al abrir la puerta, detrás de él una estela de luz solar se cuela en el living de la casa.

Simón abraza a Celeste por la espalda para darle una señal de atención. Ella solo quiere estar a solas con él, pero esos platos de comida parecen infinitos. Nunca se terminan. Al instante, empiezan a oír gritos venir de la calle cuando, segundos antes, no se oía absolutamente nada. El barrio de la infancia de Simón es como esas comunas que parecieran guardar todo el silencio del mundo. Ahora un hombre grita cosas que no se entienden y pareciera que Facundo le respondiera, algo que tampoco se entiende del todo. Los sonidos

van en aumento, aunque no se distinga lo que manifiestan. Osvaldito empieza a ladrar desde su cucha.

–Otra vez tu hermano, andá a sacarlo –dice Sofía mientras enciende otro cigarrillo.

–Pero mamá... –le dice Simón.

–Tenés cuarenta mil años, andá a ayudar a tu hermano, carajo.

Entonces Simón abandona la mesa y sale a la vereda. Celeste no entiende qué está pasando. Pregunta apenas, pero Sofía le responde con gestos que significan algo así como: no pasa absolutamente nada, todo lo que pasó desde que nos conociste no se mueve ni un milímetro de la norma. Acá nunca pasa nada.

Son varios los gritos que vienen desde la calle ahora. Gritos masculinos, tonos afines a la disputa que todavía no involucra cuerpos. Celeste no entiende pero entiende, y su instinto solo le dice que se quede en la silla, mirando cómo se enfría el plato de fideos. En un instante oye ruidos, como si alguien hubiera arrojado una botella de vidrio sobre una puerta, o sobre una persiana metálica. Celeste se sobresalta en la silla. Se lleva una mano a la boca. Sofía la mira, le hace un gesto con la mano de que no se preocupe. Celeste pregunta si debería salir a ayudar, pero Sofía niega con la cabeza.

–Esto es absolutamente normal.

Los gritos ahora son más distinguibles entre sí. Uno dice una cosa, y el otro responde la otra. Pará pará pará, no, no, no, sí, sí, sí, dejalo, vení, andá, matalo, arruinalo, callate, andate y sinónimos.

El aluvión de gritos ahora amaina, como un desplazamiento natural, y Facundo entra a la casa seguido de Simón. Cierran la puerta de un portazo, dejando atrás el rayo de sol. Están los dos transpirados y la respiración se les agitó lo suficiente.

–Te lo dije muchas veces –dice Sofía sin quitar la mirada de la pantalla del televisor.

–Ya lo sé, mamá, ya lo sééé –le responde Facundo, con una especie de ira que ya no parece diminuta y que se le esparció por toda la cara y los brazos. Trae el gesto fuera de su lugar, como si sus ojos estuvieran más redondos que antes, y su boca más salida hacia afuera, como si algo lo hubiera prensado hasta vencerlo.

Simón toma un largo trago de gaseosa de naranja. Facundo se limpia el sudor de la calva con el repasador otra vez y confirma:
-Traigo el postre.

LA TEORÍA DE LA SERPIENTE

Gina toma un trago largo de café. Podría haberlo cortado con leche, pero solamente tenían en polvo. Se la veía reseca y amarillenta, dentro de un frasco de vidrio que parecía tener muchos años de uso. Por eso Gina no la quiso. El líquido caliente apenas tiene sabor a cafeína, pero aun así genera una especie de comodidad en la garganta de Gina. Hacía mucho tiempo que no veía una expendedora de café por fichas. Algo en esa transición de fichín y producto le trae imágenes de un pasado veraniego, en algún balneario, por ejemplo. Ahí donde una composición familiar clásica parecía tener un verdadero sentido. La playa matutina, la arena entre los dientes o en las pestañas, mojarse los pies –solo los pies– en el mar, atarse las tiras de la malla en la espalda, mirar agua adentro con el terror implícito de que los hijos se ahoguen, ponerle protector solar al cuerpo del hombre con el que convive, cerrar los ojos y aun así dejar que el rayo de sol le achicharre la vista. Pero todo eso se desvanece en el instante en que Gina siente frío. Una especie de estalactita interior, provocada seguramente por la humedad de esa sala de espera, alimentada a puros crucifijos en las paredes, ventiladores de techo, estufas a gas y retratos de comisarios y oficiales. Gina entrecierra los ojos y sabe que las chances de dormirse sentada son muy altas. Contrario a lo que le fue pasando a Aldana, hace dos días que Gina duerme más de nueve horas diarias. El sueño ahora le es una fuga demasiado accesible y acolchonada. Ni bien entrecierra los ojos ya está del otro lado, viendo ese otro mundo a oscuras que trae una realidad que nunca para. Gina viene durmiendo siestas entrecortadas en el cuarto de la planta baja del edificio donde trabaja y también duerme una pequeña siesta en su propio departamento, antes de la cena. Le

sorprende que el impacto de todo esto para ella y para la propietaria del 5.º B haya pasado pura y exclusivamente por la calidad del sueño. Pero la otra dimensión ya la tomó por completo. Incluso está roncando. Ahí en el sueño, Gina es una mujer desenvuelta y liviana, que observa todo lo que hay a su alrededor y lanza comentarios sagaces, incluso hilarantes. Es de esa clase de mujeres de las que se habla a escondidas, acerca de la inteligencia que tienen, de su sentido de la oportunidad, e incluso de lo bien engamadas que suelen estar sus decisiones de vestimenta. Pero algo la extrae rápido de ahí, de una forma casi punzante. Gina abre los ojos y está otra vez en el mundo ordinario. Este mundo que huele a limpiador líquido aromatizante y que tiene a varios agentes de la policía tecleando frente a monitores de computadoras. Es Aldana quien la despierta. Se la queda mirando, preguntándose, quizás, qué es lo que tanto la relaja. Qué es lo que la hace desconectarse así.

—¿Hace mucho que dormía?

Aldana le responde que no, y Gina la invita a sentarse. Le pregunta si quiere un café, que hay una máquina de fichas cerca. Aldana no quiere. Le dice:

—Anoche no pegué un ojo. Me quedé mirando un programa de cocina. Hacían tortas y pasteles. Decían que eran recetas sencillas para salir del paso. Todo mentira. La cantidad de electrodomésticos que usaban para hacer postres fáciles era realmente un derroche.

Gina no le contesta, pero es evidente. El rostro de Aldana denota pocas horas de sueño y retención de líquido.

—Me habré dormido a las cuatro, cinco de la madrugada. La perra no se movió de mi lado, pobrecita, le temblaban las patitas traseras. Me acompaña a sol y a sombra, aunque ya no entienda quién soy, por qué hago lo que hago.

Gina no responde. Solo se limita a mirar a Aldana, la propietaria del 5.º B, que hace un mes que ya es algo así como su colega, su amiga, su confidente.

—¿Te dijeron cuánto van a demorar?

Gina responde que no:

—Estoy acá hace unos veinte minutos. Esperaría un poco para preguntar.

Aldana y Gina se quedan en silencio. Son las siete y media de la mañana y el otoño está empezando a ser parte de las cosas. Tres oficiales, dos mujeres de alrededor de cuarenta años y un joven con cara de adolescente, miran la pantalla de una PC. Hacen gestos con las caras. Arrugan la frente, como si intentaran desentrañar un acertijo milenario, como si la vida de una gran porción de ciudadanos dependiera de que ellos resuelvan eso que están mirando. El joven señala la pantalla y una de las mujeres achina los ojos mientras asiente con la cabeza. ¿Es esto lo que se hace en las comisarías?, se pregunta Aldana. ¿Es este el escuadrón escondido que desentraña los delitos de la zona? Parece demasiado ordinario. Demasiado anodino. Dos mujeres, un joven, tres computadoras con CPU. Mientras, Gina vuelve a entrecerrar los ojos. Con solo mirarla de costado es evidente que ya está quedándose dormida otra vez.

Tres oficiales uniformados llegan desde la calle y saludan al ritmo de: buenos días. Caminan despacio, como si no tuvieran algo que resolver, como sabiendo que, hagan lo que hagan, la comunidad seguirá funcionando igual que siempre. Conversan entre ellos. También miran la pantalla de la computadora que miran todos. Pareciera que todos los oficiales que llegan a la comisaría deben mirarla. ¿Qué habrá?, se pregunta Aldana. ¿Qué parte constitutiva de su historia se está perdiendo por no poder observar ese monitor?

Las únicas ciudadanas sentadas en la sala de espera son ella y Gina. La cita fue estricta: a las siete treinta del lunes. Sin falta. ¿Cuánto tiempo tendrá que padecer el tedio del frío del asiento de cuerina, del sueño plácido de su portera, de la picaresca del aparato policial?

En un instante, un oficial de bigotes anchos y negros, por momentos canosos también, se acerca y las invita a pasar a su oficina. Todo es un gran cliché, piensa Aldana, todo es exactamente igual a lo que vio en películas en las que esta gente toma mate o café y fuma tabaco mientras discute y duerme en general muy poco.

Aldana y Gina entran a una habitación con poca luz en la que el aire no se mueve. El ventilador de techo está al máximo y, aun así, es llamativo que los papeles no se vuelen. Gina ya está despierta del todo otra vez. Es un ejercicio en el que se estuvo destacando el

último tiempo: dormir en las profundidades y volver a la realidad como si fuera todo lo mismo. Se sientan en dos sillas demasiado cómodas. Incluso Gina lo menciona en voz alta para que solo Aldana lo registre.

–Qué cómodas estas sillas.

Les sorprende que algo pueda generarles placer ahí dentro.

El oficial les presenta a Benjamín B., el fiscal asignado del caso Celeste Blum. Las mujeres le dan la mano. Benjamín B. no debe tener más de cincuenta años y lleva una camiseta de manga corta y un pantalón de vestir. Su ropa tiene el mismo color azul que la del oficial. Representan al Estado también en la pigmentación, piensa Aldana. El oficial les ofrece tomar algo y ellas desisten. Necesitan hablar de lo que les prometieron que iban a hablar para poder continuar con sus honorables cotidianos. B. toma la palabra.

–Gracias a las dos por venir tan puntuales, y por haberse puesto este caso al hombro. Si no me equivoco, la señora Aldana es quien encontró el cuerpo.

Aldana asiente en silencio.

–Tuvimos algunos avances en la investigación que todavía no terminamos de entender del todo y que tememos hacer públicos. Como vieron, este caso no tuvo una gran expansión mediática, pero creemos que, si se conoce la variable que estamos meditando, podríamos llegar a tener a toda la prensa acá en la puerta haciéndonos preguntas que ni siquiera sabríamos responder.

Nadie sabe muy bien qué decir. El oficial se toca los bigotes con los dedos. Se los deja largos para eso, piensa Aldana, para tocarlos y fingir seriedad.

–¿Nos está pidiendo que tengamos discreción? –pregunta Gina.

–Sí, exactamente eso. Gracias, señora.

Gina asiente y pregunta:

–¿Es la teoría de la serpiente, entonces?

–Así es –responde B.–. Por todas las vías que indagamos, es la única hipótesis que se mantiene invicta. Hablamos con el Equipo de Especialistas en Herpetología Federal y con aficionados a este tipo de especies, también. No es un ejemplar que habite por lo común este lado del continente, por eso la complejidad, lo descolocados

que estamos. Pero después de reunir más de quince testimonios, todo cuadra.

–¿A qué se refiere? Desarrolle –insiste Gina.

Aldana está sorprendida por la performance de la portera histórica de su edificio. Las preguntas son precisas. Son las que ella querría hacer pero no llega a verbalizar del todo. Compartir este tipo de escenarios con Gina le está salvando un poco los días.

–Normalmente, en unos veinte minutos el veneno de esta serpiente, una neurotoxina que trabaja directamente sobre el sistema nervioso, causa una especie de parálisis cerebral. Algo así como una desactivación total. Si se aplica un antídoto en ese lapso de tiempo, la persona puede sobrevivir, pero en caso de que no se aplique nada en esa ventana temporal la toxina es definitivamente mortal. El antídoto existe, de hecho, algo que yo hasta ayer tampoco sabía. Bueno, hasta ahí, nada que no sepamos o que no hayamos escuchado en algún lugar alrededor de la imagen de una serpiente venenosa. Pero no olvidemos que no estamos hablando de una simple serpiente que puede generar una reacción alérgica: hablamos de la mamba negra.

–Ya no recordaba el nombre. ¿Y por qué se llama así? –pregunta Aldana

–Eso no lo sabemos nosotros, sospecho que por algo del color que tiene –responde el oficial, para poder aportar algo.

Benjamín B. sigue su relato:

–Muñoz, uno de los herpetólogos de mayor trayectoria con los que hablamos, tuvo nuestro permiso para ver el cadáver de Blum y arrojó la hipótesis definitiva, sobre todo por el grado de descomposición que presentaba. *Rigor mortis* de meses en cadáveres de semanas, de días, incluso de horas. Algo que, hasta ahora en su carrera, el especialista solamente había visto en ciertos suburbios del África cuando viajó contadas veces por estudio. Por supuesto que al principio no le dimos cauce a esta posibilidad, ya que suena demasiado inverosímil que algo así suceda en una gran ciudad, en otro continente y en la época moderna. Parece más bien un rito extraño, ciencia ficción.

–Más bien realismo mágico –agrega Aldana.

–Pero la semana siguiente a hablar con Muñoz, entrevistamos a gente cercana a la víctima, más precisamente compañeros y compañeras de cursada de la universidad a la que asistía Blum, a otros vecinos del edificio de ustedes, incluso algunas amistades de otros momentos de su vida. Una de las testimoniante, cuya identidad no podemos revelar, nos habló de un hombre con el que había visto a la víctima el último tiempo. Hablamos de semanas. Blum no tenía amigos, parece, o no se le daba fácil la sociabilidad. En la facultad casi no hablaba con nadie.

–¿Su tía nunca apareció? –pregunta Aldana.

–Está viajando hacia acá –responde el oficial, ahora un poco más acalorado–. ¿Ustedes la conocen?

Gina y Aldana responden que no al unísono. Benjamín B. continúa:

–La testigo manifestó que este hombre pasó a buscar a Blum por la universidad en algunas ocasiones. Un hombre de más edad que la víctima. No especificó cuánta.

–¿Cuántos años más? –pregunta Gina.

–Eso no lo sabemos, señora. Lo importante es que a partir de una investigación hecha con las cámaras urbanas de seguridad de la zona de la universidad, donde hay muchas, dimos con la patente del vehículo de esa persona. Gracias a Dios usaba un auto, en teoría no propio, pero si no hubiera sido mucho más difícil dar con él.

–Me pone nerviosa, va muy lenta la explicación –dice Aldana, mientras abre un chicle de frutilla y se lo mete en la boca.

–Tranquila, señora. ¿Quiere esperar afuera y que le expliquemos a...?

–No, para nada. Sigán. Disculpen. Hace más de un mes que no duermo –dice Aldana, sonrojada. Gina la mira con un poco de pudor. B. sigue:

–Se trata de un hombre de mediana edad, de rasgos caucásicos y estatura media. Por las imágenes notamos que casi siempre usa las mismas zapatillas de entrenamiento y un anillo en el dedo anular, como si estuviera casado, pero nos consta que su estado civil es soltero. Sabemos también que ha trabajado en estudios sobre este tipo de especies en el Museo Nacional de Ciencias Naturales durante algo así como... ¿ocho años?

–Ocho años, sí –confirma el oficial.

–Pero lamentablemente no podemos darles su identidad en este momento –agrega Benjamín.

–¿Y que haya trabajado en ese lugar los lleva a pensar que el tipo sacó un bicho del museo y se lo llevó a la casa de Celeste para hacerle daño?

–No podemos asegurar que tuvieran esta especie en ese museo.

–Bueno, por eso. Me parece muy retorcido. Hay formas más sencillas de matar a una persona, ¿o no? –agrega Aldana, ansiosa–. Quiero decir que es un poco arriesgado, y si nadie lo está mirando no tiene ningún sentido, no es algo memorable o anecdótico, si es que al tipo le daba por ahí la locura. Dejar algún legado, qué sé yo.

–Sí, pero nunca hay que pensar estas decisiones desde la facilidad o desde la economía de las acciones –responde B.–. Hay mentes para todo. Otro herpetólogo, del que no daremos identidad, testificó que una sola vez en su carrera vio un cadáver similar al de nuestra víctima y pertenecía a un civil que había muerto por hacer training en un área boscosa de la meseta de Zimbabue, en donde lo alcanzó una mamba negra que lo devastó en menos de una hora. El civil estaba solo y nadie lo socorrió a tiempo. Vimos fotografías, y la similitud en el tono de la piel, de las uñas, y sobre todo de la planta de los pies de ambos cadáveres es realmente impactante.

–¿Con comparar dos fotos ya les es suficiente para dar rienda a esa hipótesis? –insiste Aldana.

–¿Y encontraron restos de veneno en la autopsia? –pregunta Gina.

–Buena pregunta, todavía no había llegado a eso, pero estaba a punto –dice B.–. La respuesta es que no hay restos de ese tipo de veneno específico en el cuerpo de la víctima. Los crímenes por absorción de veneno suelen ser un poco más complejos en su resolución porque muchas veces no son sustancias reconocibles en sangre, sobre todo teniendo en cuenta el tiempo que pasa entre el deceso y la autopsia. En este caso, sabemos que no se trata de una sustancia que se pueda encontrar fácilmente. No contamos con laboratorios que hayan tratado con este tipo de zootoxinas. En los análisis clínicos solamente dimos con carboxihemoglobina, que se suele encontrar como variación química en sangre a partir de

componentes tóxicos, aunque también es típico en casos de muerte por intoxicación de monóxido de carbono, por ejemplo, y no de veneno de serpiente. Así que hasta el momento no es concluyente, por lo tanto, seguimos sin poder aseverar lo que parece estar a la vista y, al mismo tiempo, ser solamente una gran sospecha. Y lo que se dice pruebas consistentes, tampoco tenemos. Sigue operando en este caso lo que llamamos el principio de presunción de inocencia, lo que quiere decir que toda persona es inocente hasta que se demuestre legalmente su culpabilidad más allá de toda duda razonable.

–O hasta que se vaya del país –insiste Gina.

–Y no dimos con la mordedura de la serpiente tampoco –dice Benjamín–, pero como les decía, esto también tiene que ver pura y exclusivamente con el estado en el que estaba el cadáver en el momento en que...

–Sí, se entiende, se entiende –interrumpe Gina–. No sé si queremos más detalles. Ya se vuelve un poco cíclico el relato.

Aldana mira a Gina con algo de admiración. Nunca se imaginó que ella podría hablarle de esa manera a un investigador forense de la Policía Federal.

–¿Y saben dónde está ese tipo ahora mismo? –pregunta Aldana, levantándose de su silla con el tono oleoso del calor del estrés en la cara.

–Todavía no del todo, estamos en eso, en diálogo con familiares cercanos. En teoría no está en el país ya. Pero no sabemos bien en dónde está específicamente –dice el oficial.

–Ah, fue él entonces –retruca Aldana, moviéndose en el espacio.

–No podemos aseverar nada –responde el oficial–. ¿Se está yendo?

–No, necesito estirar las piernas –dice Aldana, mientras da vueltas, mordiendo los bordes del vaso de plástico del que tomó agua tibia.
B. sigue:

–Tenemos varias pistas conclusas. El problema es que todavía no son consideradas como pruebas para elevar el caso a juicio, entonces por ahora no podemos avanzar más de lo que les estamos contando. Pero bueno, sabíamos de la necesidad que tenían de

conocer el estado del caso y por eso las reunimos hoy acá. Y si tienen algún dato extra para darnos, estamos dispuestos a escuchar lo que sea. Sabemos que son testigos confiables.

–Gracias por el gran acto de consideración. Y sí, está todo el tema de las pruebas y eso. Qué plomo –dice Gina.

–La verdad que sí, un plomo bárbaro –responde Aldana, apoyada contra la pared, de brazos cruzados–. Pero no tenemos más datos para aportar ya. Dijimos todo lo que sabíamos.

Unos instantes después nadie habla. El calor es una gran masa en el aire de la habitación. El ventilador de techo gira cada vez más rápido, cada vez menos efectivo. Como si fuera una ilusión.

CARAS MAQUILLADAS

Hay demasiadas mujeres en el mundo. Un cuerpo humano está compuesto por un setenta por ciento de agua. Algo así, esas mismas proporciones, pero de mujeres. Son parte de nuestra composición física, química, psíquica. No hay forma de estar exento de las mujeres en todas las cosas que hago durante el día. Desayuno cerca de mujeres, converso con mujeres mientras estoy despertando, dialogando brevemente, dándole a mi cuerpo líquidos, sólidos. Hay mujeres que hablan en la radio si la enciendo y también las hay cuando salgo de la habitación de mi hotel, reunidas de uniformes blancos, preguntándome si voy a querer que limpien mi habitación. Hay mujeres a punto de cruzar semáforos, con polleras largas y a veces cortas. Con las piernas tersas o con los tobillos pequeños. Algunos tobillos son muy precisos y le dan sentido armónico al acabado de una pierna.

Desde que nazco hay mujeres mirándome a los ojos. En mamá, por ejemplo, hay muchísimas mujeres. Pero ninguna mujer, nunca, fue mejor que todas las que trae mamá adentro. Nunca. Hasta que conocí a Celeste.

¿Alguien nos enseña a hablarle a las mujeres? Quiero decir, ¿alguien nos dice cómo dejar un señuelo en la memoria de una mujer, desde ese instante en que nos conocen y para siempre? ¿Alguien nos explica cómo no pasar desapercibidos a los ojos de una mujer que nos importa? No es fácil, y mucho menos fácil es empezar a ser invisible cuando en algún momento fuimos un estandarte a los ojos de una de ellas. ¿Alguien habla de esto? ¿Alguien podría, por favor, empezar a hablar de esto?

No me siento cómodo compartiendo paisaje con mujeres a las que no les importe quién soy, cómo estoy vestido, qué pienso sobre la

coyuntura nacional o internacional. No estoy preparado para ser una parte más del entramado puertas adentro o puertas afuera. Alguien debería recordarles que no se puede aminorar la existencia de la fragancia testosterónica. No se la puede empastar con todo lo demás, convertirla en una pieza no fundamental de la escenografía. No hay acto más cruel y silencioso, cada vez más arraigado. Y en este país también se instaló, hace un tiempo ya. En todas partes, asumo. Somos plantas de interior, de plástico verde o polietileno. Económico, duradero y resistente a la intemperie.

Aunque no recuerde la cifra exacta, sé que éramos mínimos. Doris nos bañaba a Facundo y a mí y después nos dejaba envueltos en toallas delante de la pantalla del televisor. Mamá estaba en casa, pero prefería no hacerlo ella. Algo en vernos desnudos la inquietaba, o así le decía a Doris. Y ella sonreía. Todo lo que le dijera mamá, a Doris le parecía digno de sonreír. Muy probablemente porque le pagaba un sueldo y no le quedaba opción. Mirábamos el televisor encendido o apagado mientras se nos iba secando el cuerpo, a mi hermano y a mí, y Doris se quedaba cerca de nosotros. Minutos, horas tal vez. Fue uno de esos anocheceres en donde vi el primer gesto de odio en la cara de mi hermano. Por ningún motivo en apariencia, más bien por la mera presencia de Doris y por nuestros cuerpos desnudos debajo de los toallones. El roce de sus brazos de mujer en la treintena, y algo de sus gestos suaves. Su compañía era tan dulce que podía ser agotadora también. Algo en sus muslos, quizás, en el comienzo de su ombligo, que solía tener al descubierto. Facundo la empezó a mirar a los ojos como si la hubiera reconocido por primera vez, al fin, y quisiera hacerla desaparecer. Nunca le pregunté por qué, y con el paso del tiempo tampoco quise saber si lo recordaba. Pero Facundo tenía una sola mirada para Doris, un gesto nuevo que yo nunca le había visto y que después, con el tiempo también, se le instaló. Algo entre el deseo y la repugnancia. En la cara de mi hermano esos sentimientos se unían. Yo no hacía nada. Buscaba con la mirada a quien me quisiera mirar. A Doris, a Facundo, a mamá. Pero no encontré a nadie. Un martes a la tarde Doris renunció. Todavía éramos chicos y necesitábamos que alguien

nos bañara. Mamá no entendió por qué se quiso ir y creo que ni Doris misma lo supo con claridad tampoco.

El cabello rojo y graso de Soledad despunta con el último rayo del sol. Es evidente que avanzar sobre la arena es uno de sus actos favoritos. Mira hacia atrás y me sonríe, despidiéndome con una mano, como si todo su cuerpo también me dijera: *qué fortuna que nos vemos mañana, a la misma hora, en el mismo lugar*. Y yo le respondo con un gesto similar, pero que más bien esconde cosas como: *esta es la última vez que nos vamos a encontrar por el resto de nuestras vidas*. Soledad desaparece en el horizonte que de a poco se va oscureciendo. Lo único que sigue activo es su pelo, recogido y rojo, como un punto de llegada. Mientras tanto, voy a seguir mirando cómo se les mueven los cuerpos a las otras mujeres que todavía anidan en la playa. Es lo único que se puede hacer acá. Mirar cómo se les reparte la carne al estirar una pierna instantes después de que la otra les regresa a su lugar. Sobre todo, las miro salir del mar. Esa caminata corta. Porque si hay algo en lo que se distinguen es en la forma de entrar y salir airoso de superficies irregulares. ¿Qué diría mi hermano de todo esto? No estoy seguro. O quizás sí, sí lo estoy. Ya sé lo que diría. Puedo seguir mirándolas a todas porque mirar es algo inocuo. Aunque las peores conductas también empiezan por mirar. El núcleo de la mayoría de las cosas terribles o no tan terribles está en esa acción automática. Solo tengo que terminar lo que traigo dentro de mi vaso, volver al hotel, darle de comer a Alicia, ponerme un paño de agua fría –muy fría– en la tapa de la cabeza y llamar a mamá, llamar a mamá, llamar a mamá.

ANIMALITOS RESCATADOS

Hace una semana que Simón y Celeste tienen que hacer silencio en su propia casa. Caminan como si tuvieran atrofiados los dedos de los pies, encogidos como garras, casi rozando la moqueta. Según Simón, hay algo que a Alicia le sienta muy bien, y es la temperatura combinada con la luz del living de Celeste. Sobre todo al costado del ventanal, ahí donde el sol entra de lleno de siete a once de la mañana.

Fue un jueves a la tarde que Simón llegó con la serpiente dentro de una caja especializada. Algo así como una transportadora de gatitos, pero de un material más resistente. Con la tapa transparente, como un túper donde guardar comida, y agujeros para que el bicho pueda respirar. Simón presentó al animal como si se tratara de una atracción del mundo del espectáculo. A Celeste no le pareció algo fuera de lo común. La veía más bien como la caricatura de una víbora típica, larga, gris, movediza, de ojos negros. Celeste tenía la misma capacidad para diferenciar reptiles que tiene una persona sin auto para diferenciar marcas y modelos de vehículos y motores. La serpiente había llegado a la vida de Simón hacía solamente dos días, y el tercero fue el día en que se la presentó a su novia. Apoyó la caja sobre la mesa baja del living y Celeste la miró un largo rato, intentando identificar rasgos, movimientos, animosidades. No encontró nada. Simón, en cambio, significaba todo lo que venía del animal. Encontraba indicios de cariño, de cercanía, y con el tiempo, de preferencia de espacios y lugares.

Una semana después, Simón dictaminó que Alicia –ya la había bautizado así– tenía una declarada devoción por la casa de Celeste, y a ella le gustó un poco que Simón hiciera esa lectura de los hechos. Celeste sentía que Simón se comunicaba a través del

animal, y que cualquier cosa que sintiera y no pudiera pasar por palabras, se la adjudicaba a Alicia. Entonces si Alicia gustaba de la casa de Celeste era porque Simón, si Alicia sentía alguna afinidad especial con Celeste era porque Simón. Fue en ese vaivén que se empezaron a instalar ciertas conductas que la pareja tuvo que adoptar para hacer sentir cómoda a Alicia, bajo los parámetros puros y exclusivos de Simón, que, aunque algo sabía de reptiles, sobre todo, intuía.

Una mañana, Celeste se levantó un poco más tarde de lo habitual para entrar a cursar y Simón le había dejado una nota con indicaciones específicas para que alimentase a la serpiente, que había pasado la noche por primera vez con ellos en el departamento. Celeste todavía no había desarrollado un interés por las conductas de la mascota. Era la primera vez que estaban a solas y eso no la conmovía en absoluto. Solamente había tenido una mascota a lo largo de su vida. Un perro miniatura de pelo gris y ralo que su tía había adoptado.

El perro era mínimo, pero Celeste también, apenas tenía formadas sus opiniones al respecto de qué cosas le gustaban y qué cosas no. El perro era una de ellas. Su tía no era especialmente amorosa con ella ni con el perro, entonces ahí andaban los dos, criándose al viento. Celeste no recordaba haber desarrollado un vínculo particular con el animal, que ladraba largo y tendido por las tardes, como si hacer ruido fuera equivalente a dormir la siesta. Celeste y su tía se habían acostumbrado a sus ladridos y lamentos sin motivo, eran un compás de ciertas horas de la tarde. El perro no tenía nombre, se llamaba *el perro*. No necesitaba tampoco especiales cuidados, no había que pasearlo por lugares específicos porque hacía lo suyo en el patio de la casa, no había que bañarlo porque el perro se lavaba con la lluvia, y su comida era la misma comida que la de ellas. Así que *el perro* era una especie de mueble más, de elemento compositivo del hogar. Celeste no sabía lo que era cuidar a un animal. Apenas recordaba un pequeño placer al acariciarlo, al notar la buena predisposición del animal a recibir una cosa parecida a una caricia.

Después de lavarse los dientes y de tomar un café, Celeste sacó

del freezer una caja de telgopor repleta de planchas de film con ratones blancos minúsculos, muertos, detenidos en un instante. Metió dos en el horno microondas y esperó siete minutos, tal cual indicaba la nota. Cuando los minutos estaban llegando a su tope, un aroma a tostado empezó a inundar el ambiente. Celeste no podía especificar si recordaba a pan o a almidón, era más bien el aroma de algo comestible que se empieza a quemar, pero no carne de ratón, sino un aroma que ella ya había sentido antes, alguna vez, quizás en la infancia. Se le hacía casi imposible adjudicárselo a algo en particular. Una vez que los cadáveres de ratón estuvieron tibios, Celeste abrió la puerta de la transportadora y los arrojó dentro. Un poco urgida y algo atemorizada, tal vez. Tampoco lo tenía en claro. Pero sí sabía que desde que esa caja estaba detenida en su living, había algo en su cotidiano que no circulaba igual. Algo le oprimía el pecho. Después de cerrar la tapa, Celeste vio cómo el animal se acercaba en cámara lenta a los ratones mustios y abría la boca. La mantuvo un instante abierta, como si tuviera algo para decir, y ahí mostró las fauces negras, tan negras como el túnel de un subterráneo. El animal devoró los ratones como si fueran un copetín, como si no hubiera forma alguna de que algo tan minúsculo lo saciara. En ese instante Celeste sintió una incomodidad nueva. Algo que la ponía fuera de su eje, que la desactivaba. Esa misma noche, cuando la pareja se encontró para cenar, Celeste habló.

–Estuve pensando –dijo y tomó una pequeña pausa.

–Me di cuenta. Estás seria –contestó Simón.

–La serpiente es tuya –respondió Celeste.

–Alicia.

–Bueno. Alicia, sí. No sé por qué tengo que calentar ratones, sacarlos del papel film como si fueran reliquias. No sé por qué está en mi casa. Alicia es tuya.

Simón no respondió nada. Sabía que su novia, esa mujer tan anhelada, tenía razón. Pero su razón lo inquietaba. Reconocer que tenía un punto y que esa proclama debía ser atendida le generaba una mezcla de cansancio y estimulación. Muy inquietantes los dos, llenos de un malestar que no entendía del todo.

Y ahí están de nuevo, esta mañana de sábado, después de días enteros conviviendo con Alicia en el departamento de dos ambientes de Celeste. La pareja ya no pasa tanto tiempo en el monoambiente de Simón. Hay allí algo en la falta de luz y de espacio que los adhiere entre sí, y ahora que Alicia se transformó en el centro de las conversaciones, menos aún. Desde la llegada de Alicia, Simón no ofrece caricias ni besos. Tampoco pueden tocarse los cuerpos, pero esa no es una pérdida significativa, tocarse tampoco era un hábito entre ellos. Ahora el foco está sobre el bicho, que parece ser el único cuerpo allí. Se habla, se referencia, y se toca solo a la serpiente. A veces Celeste quiere besar a ese hombre hasta hacerlo desaparecer en un acto de romanticismo y también de aniquilación, pero después esa efervescencia se le pasa, y es mejor así.

Esta mañana están en silencio. Celeste mira a través del ventanal del living. No ve mucho. Solo unos retazos de ciudad a través de los edificios que rodean el pozo de aire. El departamento está lleno de luz, de silencio y de olor a café. El estado óptimo, según Simón. Celeste no se siente del todo bien. Le duele la cabeza, y las sienes también le duelen. Es el dolor propio de haber apretado los dientes durante la noche: aflicción que siempre tuvo, pero que desde que Simón y Alicia conviven con ella, se intensificó. Ya sabe que cuando empieza a salirse de sí misma empiezan esos dolores, después de haberse mordido a sí misma en el acto caótico de bruxar toda la noche. Celeste sabe que cuando deje de mirar el ventanal y se dé la vuelta, encontrará a ese hombre sentado en su sillón, mirando videos sobre adaptación de reptiles en su celular, sin mucha predisposición para nada más. Celeste duda. No entiende cómo llegó hasta acá. Por qué tiene enmarcada en la pared una ilustración de Simón con su mascota y, a la vez, al mismísimo Simón con su mascota viviendo en su departamento hace más de una semana. ¿Por qué no puede decir que no? No es fácil decirle que no a Simón, no es fácil decirle que no a un hombre. Prefiere salir a la calle y caminar un rato hasta encontrar las palabras. Hay algo dentro de ese living que la encapsuló.

Ni bien se da vuelta para buscar un saquito y avisar que se va por un rato, se encuentra con Simón arrodillado en el suelo, mirándola a

los ojos. Celeste no entiende del todo qué es esa acción, ese gesto. Parece una especie de llamado divino. ¿Va a proponerle algo? Celeste intenta preguntarle a su novio qué es lo que pasa, pero, en un instante, siente algo así como un cuchillazo muy finito y agudo en el muslo. Algo despiadado, como un tarascón frío, repleto de hielos diminutos. Algo que nunca sintió antes. Simón está inmóvil, en un destello de admiración, observándola. Pero no es a ella a quien mira, es más bien a su pierna, o más bien a Alicia, fuera de su caja, desplegada totalmente sobre la moqueta, muy cerca de su cuerpo. Simón no saca los ojos de ahí. Ver a Alicia actuar sobre el cuerpo de otro, en este caso de su mujer anhelada, lo impacta tanto que lo deja así. Inmóvil. No quiere hacer ningún movimiento porque interrumpir eso que pasa lo aterrará aún más. Esa acción que tiene a Simón obnubilado conecta con los estratos naturales. Unos existen para ser devorados por otros que calcularon cómo acabar con ellos.

Celeste abre la boca en un grito ahogado de dolor, igual que Alicia, que también la deja abierta, con sus dos colmillos de cinco milímetros de largo al descubierto. El dolor va de menor a mayor, como un trueno. Empieza en un punto minúsculo de la pierna y empieza a crecer hasta tomar la rodilla, el muslo, y la otra pierna también. Después toma su pelvis, la estructura ósea de esa parte del cuerpo, los muslos, la cadera baja. Todo queda detenido y endurecido, como si se hubiese convertido en roca, en la pasta que se usa para preparar cemento. Cae de rodillas porque algo le impide quedarse parada. Lo hace lento, como si se desvaneciera. Pierde la fuerza, del todo. Rebota en la alfombra y no hace ruido porque el material la sostiene. Su cuerpo de mujer joven cae hacia un costado, contorsionado, y sus piernas se doblan entre sí, como si se hubieran quebrado. Lo mismo su cuello, torcido hacia el lado contrario, una posición inaccesible, imposible de llevar a cabo. Celeste ya es parte del suelo y Simón pasea la mirada entre ella y Alicia. Sus ojos suben, bajan, hacen foco, y vuelven. Celeste cae y empieza a temblar, como un verdadero acto seguido, como haría cualquier criatura después de pasar por el dictamen de la mamba negra. Los ojos marrones de Celeste se van hacia arriba, como si detrás de ella hubiera algo muy curioso para ver. Sus ojos están pero no están, navegan en ese

mismísimo término medio. Su cabello rizado se apoya sobre la moqueta generando una fricción, una electricidad que despidе pequeños chispazos dignos de un día de clima seco, un frizz que le otorga una especie de peinado nuevo. La serpiente empieza a circular por la cocina después, como si nada hubiera ocurrido en realidad. Como si esa fuera su verdadera naturaleza –y lo es–. Se lleva algunos objetos por delante porque no conoce el espacio. Cae una silla y se lleva consigo el mantel que estaba doblado sobre la mesa, incluso el ruido del motor de la heladera ahora es un poco más potente. El silencio del ambiente es una presencia también. No hay algo que Simón quiera hacer o decir. No existe una línea de diálogo ideal para este instante. Celeste tiembla sobre la alfombra, como si hubiera recibido una descarga de mucho voltaje. Simón nunca antes había visto algo así. Su novia agitándose tanto, lustrándose, sacándose brillo. Es una especie de noctiluca en el medio del living. Jamás podría desarmar esa imagen. No hay mayores circunstancias que eso que está pasando. Verlo todo con sus propios ojos es el verdadero tesoro del que alguna vez alguien le habló. Alicia sigue circulando por el departamento como si pudiera marcar el territorio. Ahora va hacia la habitación, un ambiente predilecto por su conservación de la temperatura. Avanza lento, como si tuviera tiempo de sobra para recorrer todos esos metros cuadrados que no le pertenecen. Se enrosca sobre sí, y también se desenrosca. Una gimnasia reptil.

Celeste se paraliza, al fin, por primera vez en esa tarde. Sus ojos se quedan mirando el techo y su camisa de mangas cortas sigue almidonada. Su nariz perfecta se queda así, igual que sus pómulos jóvenes, sus orejas mínimas, el escote corrido que deja al descubierto sus tetas dentro de la copa de un corpiño blanco, de broderie. Parece el silencio entre canción y canción, mientras suena un disco a todo volumen, ese espacio netamente vacío. Simón también se queda quieto, todo el tiempo estuvo en la misma posición. Arrodillado, con los jeans sobre el suelo, cómodo, como si así pudiera permanecer. Alicia parece ser lo único que está vivo en ese instante. Lo único que tiene un mecanismo activado y que genera algún ruido, al rozar la alfombra, al ir y venir entre la

habitación, los placares, la cocina, el baño. Alicia dispone. Simón mira un punto fijo hasta que empieza, lentamente, a evaporarse.

GRANDES DESCUENTOS

Esa mujer vestida de colores primarios que sube hacia el primer piso del centro comercial en un ascensor es Aldana. Lleva abrigo porque el otoño se está desvaneciendo ante sus ojos. Los primeros fríos llegan a la ciudad y generan nuevos movimientos en la gente. Aldana avanza sobre un pasillo de porcelanato blanco. Mira las vidrieras. A simple vista, su mirada luce descansada. No hay rojeces ni inflamación. Solo las líneas de expresión típicas de la cincuentena. Mira atentamente las vidrieras de las primeras marcas. Las nuevas composiciones que anidan ahí. La tendencia a los pantalones ceñidos, los vestidos tan cortos y adheridos al maniquí, los stiletos celestes, naranjas. Por primera vez en mucho tiempo, Aldana tiene motivos para comprarse un vestido o un pantalón. Avanza y se mira a sí misma, también, en el reflejo que le devuelve todo ese vidrio junto. Nunca le gusta lo que ve, pero igualmente se mira. Hay algo placentero en buscarse en lugares muy ajenos. Avanza hasta que levanta un brazo para saludar a alguien que vio, allá a lo lejos. Alguien que la espera hace un rato, mirando la pantalla de su teléfono celular. Esa persona está abrigada y lleva el pelo recogido de manera improvisada. Hay algo en ese desorden que le sienta bien. Es Gina, que también levanta la mano para saludar a la propietaria del 5.º B, ahora su amiga, su colega, o su confidente. A Gina le duelen las piernas de esperar parada tan cerca del patio de comidas, hay un principio de osteoporosis que le está impidiendo hacer algunas cosas que parecerían imperiosas, como estar parada, esperando, pero ahora mismo no importa, ese dolor se desvanecerá. Aldana llega hasta Gina y la abraza, como si no se hubieran visto hace poco, como si no se cruzaran muy seguido en la puerta del edificio para preguntarse cuál es el viento que sopla hoy. Es que el

vínculo de ellas por fuera de las coordenadas del edificio se transforma inmediatamente en otra cosa. Se encuentran y se abrazan. Se huelen los aromas artificiales, un perfume nacional, una colonia clásica. Una le pregunta algo a la otra. La otra le cuenta. Cosas intrascendentes, en principio, en relación con las decisiones que tomaron hasta llegar acá, las demoras urbanas. Enlazan sus brazos y caminan como dos adolescentes, como si temieran perderse la una de la otra si avanzan separadas. Hay algo que las une. Una especie de acuerdo tácito en el que tendrán que estar en contacto. Aldana tiene dinero para comprarse ropa y quiere que Gina la acompañe. Le sugiere que puede comprarle algo si quiere también, pero Gina no accede. Hace años que no cambia su vestuario y prefiere alzar esa causa. Atraviesan el patio de comidas como si fuera la representación de una época. Niños en el suelo, jóvenes arrojándose papas fritas, adultos discutiendo sin probar bocado. Todo envuelto en una esfera de ruido espesa, con contorno. Aldana sugiere entrar a un local impoluto. Gris por fuera y por dentro, con maniquíes negros, sin rostro, con apenas dos piernas y sin brazos. Prendas blancas y beige, diseños de invierno, texturas que simulan liviandad. Si Gina fuera una prenda de ropa, piensa Aldana, sería de hilo.

Aldana queda impactada frente a la vidriera. Hace años que no se prueba ropa con aroma a nuevo y toma decisiones al respecto. Gina la convence y finalmente entran. Revuelven el perchero con cautela. El local podría ser también un hospital, un sector ultrahigienizado. Aldana le pregunta a Gina qué le parece esto o aquello. Gina dice a todo que sí. Entonces Aldana entra al probador. Gina se sienta en un sillón pequeño al lado. Espera. Oye el cric cric que hacen las perchas metálicas al moverse dentro del probador. Le gusta ese sonido. La despeja. En ese instante, ve entrar al local a una chica joven con una mujer mayor que podría ser su madre. Gina lo sospecha así por cierto parecido entre las dos, no tanto físico, sino más bien gestual. Miran la ropa colgada como si estuvieran acostumbradas a mirar. Como si no se les fuera la vida en eso. La chica, de alrededor de quince años, piensa Gina, trae puesta una camiseta de manga larga negra con una estampa muy estridente en el pecho. Esa imagen

impacta a Gina. La absorbe como un túnel repleto de pensamientos. Es la ilustración de una serpiente entre gris, verde y rosa flúor, con la boca abierta. Deja a la vista dos colmillos filosos, en los que trae pegadas unas lentejuelas que simulan cierto brillo. Gina mira la camiseta con mucha atención, olvidándose de disimular. La chica de quince mira a Gina, a esa señora sentada en un silloncito, mirándole su remera. No entiende del todo por qué la observa así. La inquieta. Ahí nomás Aldana sale del probador y nota que Gina tiene la mirada perdida. Le pregunta si está bien y Gina vuelve en sí.

–¿Supiste algo más de Simón? –pregunta Gina. Aldana no entiende de dónde viene ese comentario justo en ese momento.

La quinceañera y la supuesta madre salen del local y Aldana también las ve irse. Se acaba de probar un vestido celeste de algodón, sencillo y algo elegante a la vez. Le pregunta a Gina si le gusta y ella apenas le responde que parece una tenista y que eso no estaría en los planes de nadie. Aldana se desanima porque, por supuesto, qué sentido tiene preguntar si una prenda le sienta bien después de haber vivido lo que vivieron. Aldana se queda mirando a Gina y ella le responde con la mirada. Nota que está irritada de una manera particular, algo que hacía más de un mes que no veía en su cara. Pero ahí está, todo de nuevo desparramado. Entonces Aldana cuenta.

–Sé poco. Yo también estoy haciendo la desintoxicación. Pero el hombre con el que finalmente estoy emparejada, y no hace falta que me felicites...

–No iba a hacerlo –interrumpe Gina.

–Bueno. El hombre de los dientes chiquititos siempre me pide que le narre. Lo hago más por él que por mí. Su devoción por el relato es algo que trae adherido. Y yo le narro como si fuera un chico que se quiere ir a dormir eternamente así. Le hago el favor, ¿por qué no lo haría? Bueno, no me respondas. No me tenés que responder a todo lo que diga.

–No iba a hacerlo –dice Gina otra vez, con una sonrisa.

–Llamé al fiscal la semana pasada. Me atendió enseguida el tipo. Pensó que tenía algo más para decirle, pero yo no tenía nada. Solamente le hice algunas preguntas que me respondió con

monosílabos. Cuando notó que yo no tenía nada y que, en cambio, quería más información, se deprimió y fue evidente que ya no quería seguir hablándome. Pero a duras penas logré sonsacarle que el hombre se llama Simón Sanders. Que sus siglas son SS.

–Eso ya lo sabía –responde Gina, igual de irritada que antes o tal vez un poco más.

–¡No sabía que ya lo sabías!

–Sí lo sabías, Aldana. Tengo la capacidad de recordar qué sabías y qué te olvidaste.

–Bueno... ¿Querés que siga?

–Sí, por favor.

–Confirmaron que Simón estaba o está en las costas de Brasil. El país del mar transparente y del cielo con casi la misma tonalidad. Y un clima irregular también, que puede vaticinar lluvia muchos días seguidos y aun así no desalentar. Por su hermano supieron que Simón Sanders ya estaba del otro lado de la frontera. ¿Y lo del hermano mayor lo sabías?

–No, eso no. ¿Qué cosa?

–Que este Simón tiene un hermano más grande que lidera una agrupación que se llama Unidos por los Derechos Masculinos o por los derechos del hombre, algo así. Facundo Sanders.

–¿En dónde?

–Acá. Es una agrupación que protege, según ellos, la perspectiva masculina en tiempos en los que el rol del hombre, así dicen, *el rol del hombre*, está doblegado. No sé cómo se llama específicamente el espacio que los vincula a todos ellos, pero el hermano de Simón tiene un papel fundamental ahí. Incluso parece que fue el que lo creó de alguna manera.

–Bueno, tampoco tuvo una idea muy original.

–No sé, no te creas. O bueno, al menos la llevó a cabo. Parece que al principio era una agrupación solamente virtual que se juntaba una vez por semana, pero que al año triplicó la cantidad de inscriptos y empezaron a reunirse presencialmente. Todos tipos de mediana edad, digamos, de entre veintilargos y cuarentilargos. Lleno, lleno de tipos.

–Qué locura –dice Gina, abstraída en el relato y dándose cuenta

también de que Aldana es realmente una gran narradora.

–De esas reuniones en el barrio parece que derivaron a algunos encuentros en países limítrofes, tipo congresos que fueron organizando en hoteles. Todo a una velocidad ridícula. ¿No sabías todo esto?

–No. ¿Quién te lo contó?

–Parte el fiscal y parte Guadalupe Montes, la vecina del otro quinto.

–No sabía que Guadalupe estaba en tema.

–Sí, sí. Parece que este hombre, Facundo Sanders, se fue enriqueciendo de a poco. O bueno, fue haciendo un buen dinero. Que entiendo que no lo necesitaba tanto porque ya de por sí ellos vienen de una familia de plata. Parece que lo llaman de todas partes porque lo que empezó como una idea terminó siendo algo así como un microemprendimiento con muchísima demanda. Entonces el tipo viaja, mucho, viaja, y va conociendo gente influyente en distintos países sudamericanos en los que también hay mucha demanda para esto. Dicen que lleva con él a algunos que considera su mano derecha. Pero son varios, eh. Muchas manos derechas. Y todos estos tipos conversan en congresos que se hacen en general en salas de conferencia de hoteles, sentados en sillones retapizados, con aire acondicionado de buena calidad. Van bien vestidos, bien peinados, muy perfumados. Hablan los que están en el escenario, si es que hay, y después les dan la palabra a los del auditorio. Y todos se descargan ahí. Y parece que les sirve un montón. Incluso hasta llegaron a redactar leyes que van a intentar elevar a la Cámara de Diputados.

–Eso ya no es creíble.

–Te lo juro.

–Me parece un delirio, Aldana. ¿La Cámara?

–Hasta donde yo sé, ninguna llegó a ningún lado por ahora. Te digo leyes que exigen, más que nada, la igualdad de la figura del hombre como víctima de violencia física y verbal al lado de la violencia que recibe la mujer. Leyes que igualen, que equilibren esta idea de que la violencia es violencia, que no es que la figura del femicidio sea un plus condenatorio, ¿me entendés?

–Sí, te entiendo.

–Alguien lo engañó a Facundo. Le hicieron creer que querían abogar por la integridad de su hermano menor, que parece que siempre fue de perspectiva frágil comparado con él. Y Facundo se ve que cayó, porque aunque es un tipo muy perspicaz, su hermano menor siempre fue algo así como su templo, su talón de Aquiles. Su pequeño hermano varón. Creo que ellos crecieron muy juntos además, como en una especie de autoabastecimiento emocional y con una madre viuda que los crio absolutamente sola, una mujer de una herencia descomunal y sin muchas preocupaciones, igual, vale decir.

–¿Herencia de qué?

–Eso no lo sé. ¿Sigo?

Gina responde que sí con la mirada.

–Parece que Facundo terminó regalando la ubicación en espacio y tiempo de su hermano menor. Así, lisa y llanamente. Y otra cosa que ayudó muchísimo parece que fue la investigación que hicieron en migraciones sanitarias internacionales para dar con la especie de víbora que transportaba Simón cuando llegó al país hace ya casi un mes. Una especie que en ese momento llamó la atención porque resultó no ser tan habitual en la región. Y ni bien supieron que Simón estaba en ese otro país desplegaron una captura internacional oficial, que quiere decir que empiezan a trabajar codo a codo con el cuerpo policial extranjero, que la mayoría de las veces opera más rápido. La parte en la que me explicaron por qué, no la entendí.

–Seguí por favor –dice Gina, en un raptó de ansiedad.

–Tenían que buscar a un tipo que ya sabían cómo se ve y que, además, llevaba con él uno de los pocos ejemplares de una especie que está en extinción de este lado del continente. Si me preguntás a mí, que estoy acá probándome un vestido de algodón en un shopping, me parece un caso demasiado fácil. Pero vas a ver que no.

Gina no saca la mirada de Aldana. No puede creer lo vasto del relato que va armando mientras se mira a sí misma en el espejo del probador, cómo intenta conectar oraciones mientras dilucida si debe o no debe comprar las prendas que eligió. Las vendedoras del

negocio conversan entre ellas sin parar como si nada estuviera fuera de sí. Es evidente que están tremendamente aburridas, que todo lo que ven hacia adelante es tedio y más tedio hasta que llegue el horario de cerrar el local y de volver a casa.

—Y entonces, no sé cómo, dieron con una mujer que lo conoció allá en Brasil. Una de cabello teñido de rojo muy rojo de unos cuarenta y pico de años. Me quedó el dato del rojo del pelo, no sé por qué. Parece que conoció a Simón hace unas semanas, según entendí. La citaron para declarar la semana pasada y la tuvieron que repatriar. Le pagaron todo. Además de su testimonio, le hicieron jurar que no se comunicaría con él ni con nadie que lo rodeara en un determinado lapso de tiempo. Porque además iba a ser peligroso para ella.

—¿Y qué dijo la mujer?

—Creo que no mucho. Dio algunas pistas sobre posibles paraderos, pero casi nada. Pero contó de un lugar en el que pasó la noche con él. Creo que un hotel. Y que fueron pocos días los que compartieron, parece que casi nada, uno, dos. Cuando fueron a ese mismo hotel, el tipo ya se había ido de Argentina hace rato. Dicen que ella hizo énfasis en el terror que tiene él de volar.

—¿En avión?

—Sí, de volar en avión.

—¿Hicieron énfasis en algo más?

—Sí. Creo que sí.

—¿En qué?

—En que a Simón Sanders no le gustan las mujeres.

—¿Le gustan los hombres?

—No. No le gustan las mujeres.

—¿Y entonces? —insiste Gina.

—Eso. Parece que la mujer de pelo rojo no aportó mucho más, pero igualmente sirvió su declaración. Parece que no quiso volver a Brasil. Después ya no sé qué habrá hecho con su vida. Pero me dijeron que no quiso volver porque había algo de ese otro país que la ponía melancólica, que le daba miedo. Que ahora que sabía que Simón era sospechoso de algo terrible, temía por su vida. Así que

por ahí se quedó pululando entre este país y algún otro. Y a partir de ahí no sé mucho más. Solo habladurías.

–Me gustan las habladurías.

–Que lo vieron caminando por playas inmensas y vacías, tipo desiertos, bajo el rayo del sol del mediodía, el peor sol, con su valija y con la caja transportadora de reptiles. Una caja moderada, no demasiado llamativa. Que lo vieron sentado en bares nocturnos, porque en ese otro país las discotecas nunca cierran. Son como negocios abiertos las veinticuatro horas. Lo vieron sentado fumando un cigarrillo detrás de otro, tomando una cerveza tras otra. Cada vez más tibias. Lo vieron peinándose con los dedos, sin peine, tirándose hacia atrás la humedad del ambiente. Porque Brasil es un país permanentemente mojado. Lo vieron escuchando a músicos amateur cantar, tocar la guitarra o distintos tipos de percusión, la cabasa, el berimbau, el agogó. Lo vieron intentando cantar con ellos, más familiarizado con el idioma, intentando camuflarse en la región como un habitante más. Como un bicho que se arrastra tanto que toma el color del paisaje y se lo apropia. Incluso algunos dicen que lo vieron bailar, mover los brazos como en un acto de liberación. Lo vieron acercarse a los cuellos de hombres que también bailaban y transpiraban al ritmo de melodías reconocibles. Hombres que bailan solos, para sí mismos. Simón se acercó sobre todo a los hombres ensimismados, intentó comunicarse con ellos, pero no con palabras. Los animales no tienen palabras y se comunican igual. ¿O no es así? Dicen que bailó aferrado a hombres extranjeros y lloró la muerte de la única mujer que quiso. También dicen que lo vieron subir y bajar cuestras para ir a comprar mercadería a lugares más baratos. Siempre con su serpiente. Dentro de su caja, o fuera de ella. Como los piratas con sus loros sobre el hombro, como una caricatura de algo que ya no existe. Eso. Lo vieron como si fuera un hombre que ya no existe. Pero lo vieron. Muchas veces lo vieron. Y también dicen que les pareció verlo llorar en los zaguanes de los edificios, o incluso en las playas, sobre todo cuando baja el sol. Lo vieron hablar solo, o con su criatura en extinción, y lagrimear después. Pero los delitos no se resuelven con rumores, por eso es que todavía no lo atraparon. Hay algo que es llamativo, y es que nadie más aseguró haber

hablado con él. Solamente la mujer del cabello rojo, que dijo que era un hombre de pocas palabras, cada vez menos, como si se estuviera desvaneciendo en él algo que le había llevado años encontrar.

–¿La mujer habló de Celeste?

–No. Sobre ella no dijo nada. Parece que Simón nunca le dijo nada sobre Celeste.

–¿Y la familia de él?

–Sobre su madre se sabe muy poco. Solo de su hermano, que, como te dije antes, en un acto de pura melancolía, lo entregó. Y hay algunos que dicen que su madre viajó para encontrarse con él, con Simón, porque no lograron dar con ella acá, ni en su casa, ni en el barrio, ni en los alrededores. Nadie asegura haberla visto en este último tiempo. Pero no está comprobado. Nada de lo que te estoy diciendo está realmente comprobado.

–¿Y entonces qué hacemos? –insiste Gina.

–Y... –responde Aldana—. Yo creo que ya hicimos bastante.

Después hay un silencio que se estira. Las cabezas de ellas están llenas de imágenes que no tienen palabras, entonces no dicen ninguna hasta que Gina vuelve a preguntar:

–¿Vas a llevarte ese vestido?

Aldana le responde que le parece que sí y que le gusta cómo le queda. Que hacía mucho tiempo que algo no le gustaba así, con tanto énfasis.

Aldana y Gina se miran entre sí a través del espejo del probador. Sobre ellas, y alrededor de ellas, suenan dos cosas: una música techno sin letra que viene de los parlantes del local y el murmullo de la gente que pasea liviana por los pasillos del shopping, totalmente absuelta.

Al principio es una sola. Se desliza con total naturalidad por la casa. Incluso la perra corre detrás de ella, como queriendo atraparla. No con intenciones de jugar, sino más bien de cazarla y arruinarla para siempre. Aunque se trata de una perra vieja, con algunas tumoraciones y el corazón debilitado, igualmente en ella sobrevive el instinto. Pero la serpiente es más que veloz. Es el superlativo de todo lo relacionado con correr y ganar. Se mueve entre las cuatro sillas de mimbre del living, debajo de las patas de la mesa de madera peteribí. Hay unos instantes en los que se la pierde de vista, sí. Generalmente ahí es cuando está metida debajo de la cama. Tiene algunos breves períodos de reposo ahí debajo. Entre cajas de ropa de invierno, un teclado que no funciona, el monitor de un televisor de veinte pulgadas. La serpiente anida instantes ahí, cuando quiere detenerse a pensar. Pero después vuelve a salir a la luz. Su movimiento es constante, avanza y vuelve, rodea, circula. Y como es algo que evidentemente no se detendrá, Aldana no insiste y la perra tampoco. La dejan hacer. Es como tener un videojuego encendido, una luz que titila. La serpiente está viva, entonces tiene que circular. Pero eso no es lo más llamativo de todo. La cosa se enrarece después, al caer la tarde. Porque después ya no es una sola serpiente, sino que son dos. La segunda se mueve con menos diligencia. Sus serpenteos son evidentemente más pesados, y su lentitud supone algún tipo de cálculo mayor. Este segundo ejemplar es igual al primero, pero mucho más gordo y abultado. Incluso Aldana no sabía que podía existir algo así. Nunca había visto, en vivo, un reptil de esas dimensiones, ¿o quizás lo vio en algún documental sobre la vida en la naturaleza? No está segura. Una serpiente preñada tal vez, a punto de dar a luz, o una boa

constrictora que acaba de comerse un animal que la triplica en tamaño y entonces se deforma. Algo así alguna vez vio en National Geographic, está segura. Pero esto que recorre su casa en cámara lenta es otra cosa. Es una espesura que no tiene justificación. Es simplemente una serpiente con una existencia de tales dimensiones, sin contexto. Esta segunda serpiente también avanza, porque reptar es todo lo contrario a quedarse detenido. Avanza detrás de la primera, pero sin perseguirla. Avanza nomás como si buscara algo dentro del departamento de Aldana, algo que no sabe bien qué es. Algo que la primera serpiente tampoco tiene en claro. La perra le teme a la segunda serpiente. Teme su parsimonia, esa latencia que da la sensación de que ha estado elucubrando algo. Un plan macabro como punto de partida, nada menos que eso. No es posible que una serpiente se mueva así, al ritmo de una cadena de pensamientos. Pero eso es lo que pasa en el living de Aldana. Y también en el baño, y en la habitación, y por momentos también en la cocina. La perra abandona. Ya ha visto demasiado. Si alguien le hubiera avisado que sus últimos días los viviría así, ¿hubiera aceptado? ¿Hubiera escapado sin rumbo fijo? La serpiente gorda avanza como si fuera una babosa triplicada y deja una estela a su paso. Una presencia líquida y espesa. Hay algo de Aldana que no le gusta a esta segunda serpiente. Queda claro en su entrecejo, en su forma de mirar. Aldana está sentada en su sillón de tres cuerpos, retapizado hace un tiempo. Está sentada y mira a los ejemplares pasar, como quien mira un acuario en tres dimensiones. Peceras infinitas que están sobre los techos, a los costados, y también en el suelo por donde camina. Aldana las mira sin mirar, como si estuviera dormida, como si hace meses nada la hubiera despertado realmente. Pero en el fondo sabe que la segunda serpiente está ensañada con ella. Que algo se trae entre manos. Un plan maligno, una forma de exterminación que no guarda relación alguna con el contacto físico. Algo que va más allá. Que ni ella, ni nadie, puede imaginarse bien por dónde va. La serpiente avanza, remolona, como despertando de una siesta de verano. Con el cuerpo pesado y caliente, húmedo y tropical. La primera serpiente da varias vueltas alrededor de la segunda hasta que se encuentran las dos en el mismo punto del

living. Aldana las ve acercarse. Sabe que están llegando hacia ella. Aldana no tiene la más mínima garantía de que no pueda aparecer otro ejemplar más. No hay nada que le asegure que no se estén contagiando entre sí, duplicándose como una fotocopia, como una idea novedosa. Esa noción la aterra. ¿Tres serpientes? Quizás es por eso que no se mueve. Sus piernas finitas y blancas están detenidas dentro de dos zapatillas, también blancas, de lona y cuerina. Y sus pantalones cortos acompañan la posición de su cuerpo, inclinado hacia adelante. Todo en Aldana hace juego en ese instante, todo excepto la primera serpiente, y mucho menos la segunda. ¿Habrà una tercera, entonces? ¿Estará girando sobre sí en la bañadera? ¿Simulando hacer reconocimiento del terreno alrededor de los barrotes del balcón?

Aldana bosteza y pega un grito inesperado. Sin haber enviado la fuerza para que se produzca, llena el ambiente del living de un sonido envolvente y oscuro, incluso prolongado. El cansancio de Aldana pone cierto énfasis en el instante. El bostezo se corta y después ya no hay más sonidos. La serpiente uno se vuelve a encontrar en el mismo punto con la serpiente dos. Pareciera que se miran. Sostienen la mirada un rato, otra vez, y siguen su camino. La serpiente dos todavía no hizo un recorrido completo por los rincones de la casa, entonces se le permite un tiempo más. Y circula. La perra dejó de ladrarles hace rato. Ahora se apoya sobre las piernas dobladas de su dueña y cierra los ojos. También se cansó.

Y al rato, sí: como las cáscaras de una naranja que caen circulares sobre un platito, las serpientes se encuentran otra vez en un mismo punto del living y una tercera se abre paso. A esta altura, Aldana solo puede subir más los pies sobre el sillón y enrollarse sobre sí, mientras su perra empieza a ladrar de nuevo.

Aldana enciende el televisor, por si acaso el sonido del mundo real ayudara a tamizar la escena. Y mientras mira las figuras que se mueven ahí, recuerda que olvidó comprar el ingrediente esencial para la cena. Ese que podría cambiar rotundamente el rumbo de las cosas. Entonces sin pensarlo demasiado, ayudada por el rubor que le imprime la televisión digital en la cara, baja al unísono las piernas del sillón, alza en andas a su perra y pide permiso para pasar. Las

serpientes, una, dos, tres, la cantidad que sean en ese momento, le abren paso. Aldana agradece. Tiene que salir con urgencia al minimercado antes de que cierre.

AGRADECIMIENTOS

A los herpetólogos Gustavo Scrocchi, Alfredo Sabaliauskas y Andrés Sehinkman por contarme todo lo que pregunté y más.

A Rodrigo Fresán, por la lectura más veloz del Oeste.

A la Residencia Literaria Finestres.

A las pintoras y visionarias Ana Montes y Brenda Erdei.

Y a Brenda Erdei, de nuevo, por las imágenes que hablan.

A Nicolás Baintrub y a Miguel Baintrub, que respondieron preguntas del mundo concreto.

A Benjamín Ellenberger, por lo compartido.

A Liliana Divita, por el relato.

A Telma, socia infalible.

A Hernán Confino, por el mismo idioma con distinto acento.

Ilustración: «Retrato de Simonetta Vespucci», Piero di Cosimo, c. 1480,

© RMN-Grand Palais (Domaine de Chantilly) / Adrien Didierjean

Primera edición: octubre 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Camila Fabbri, 2026

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U., 2026

Pau Claris, 172

08037 Barcelona

ISBN: 9788433951724

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es